

La historiografía oficial de 1968

POR

PABLO TASSO

POSGRADO EN HISTORIOGRAFÍA, DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES,
de la UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA / AZCAPOZALCO,
Tesis del para obtener el grado de DOCTOR EN HISTORIOGRAFÍA.

ASESOR:

ARIEL RODRÍGUEZ KURI

LECTORES:

ARIEL RODRÍGUEZ KURI, VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA, ÁLVARO VÁZQUEZ
MANTECÓN y SAÚL JERÓNIMO ROMERO.

Distrito Federal, México

Febrero 2014

Abstract

Este trabajo explora un momento narrativo del gobierno mexicano, sus ideas sobre la propaganda y cómo renovar sus estrategias comunicacionales a mediados de la década del sesenta. Es un análisis de la voz oficial en manos del Partido Revolucionario Institucional a propósito de la eficacia del movimiento estudiantil en captar adhesiones durante el año 1968. También es un trabajo que gira en torno al uso que en la historiografía contemporánea se le han dado a los documentos oficiales de esos años, desclasificados en el Archivo General de la Nación o pertenecientes a fondos privados.

El trabajo se basa en tres grupo de textos que se corresponden con los capítulos principales. El primer grupo de documentos analizados contienen críticas al modelo de comunicación gubernamental y del partido, y hablan de la necesidad y las posibilidades de cambiar el modo de hablar del aparato oficial y del grupo en el poder. El segundo está formado por textos sobre el movimiento estudiantil y la llamada *trampa, batalla o sacapela* de Tlatelolco, publicados inmediatamente después del 2 de octubre y que constituyen la historiografía *oficial* sobre 1968. El tercer grupo de textos se publicó hacia el cuarenta aniversario de Tlatelolco, y se caracterizan por hacer un análisis del 2 de octubre a partir de los archivos gubernamentales.

A través del estudio de libelos, fotografías, croquis, proyectos de libros y otros dispositivos narrativos oficiales, el trabajo da cuenta de la evolución de las prácticas de representación política de una elite política empeñada en sostenerse en el gobierno, mostrando cuán difícil es para la sociedad hacer historia apoyándose en los archivos represivos.

a Tziri y Selva

Índice

Agradecimientos	/ 6
Introducción	/ 8
Capítulo 1	
Comunicación, política y sociedad: un debate en el grupo en el poder	/ 19
Efectos de la propaganda en la historia	/ 19
Crítica de la comunicación priísta	/ 23
La renovación de las herramientas discursivas	/ 27
Residencia artificiosa, tiranía invisible	/ 29
Las lecturas de José Luis Mejías	/ 32
Un nuevo oficio para las oficinas: la artesanía de la emoción	/ 35
Contexto literario	/ 40
La víspera de 1968	/ 44
Capítulo 2	
La historiografía oficial de 1968	/ 47
De la revolución a la obediencia: una introducción	/ 47
La confrontación como ensalada de palabras	/ 55
¿Una literatura oficial?	/ 60
Una novela popular	/ 65
Un libro de historia	/ 71
Un ensayo sobre el futuro estudiantil	/ 76
Un Dante y una nueva Divina Comedia	/ 78
Enfermos, destructores e inmaduros: el retrato del enemigo	/ 80
Cultura política, ideología y adhesión	/ 87
Cosas que pasarían después	/ 93

Capítulo 3

1968: Hacer historia con la voz oficial	/ 97
Cuando los horizontes se confunden	/ 97
El archivo como texto	/ 99
Los <i>dibujos ilustrativos</i> de la trampa del 2 de octubre	/110
Las versiones oficiales de 1968	/114
La fotografía oficial de 1968: fascinación, identificación y estigma	/121
Las fotografías de <i>¡El móndrigo!</i>	/125
El archivo oficial de 1968	/132
El ejército ‘filtra’ su archivo	/137
Las cronologías de 1968	/144
Tlatelolco en vísperas del desenlace: aprendizajes de septiembre	/147
La batalla ganada de García Barragán	/152
 Epílogo	 /157
 <i>Bibliografía</i>	 /164

Agradecimientos

Empecé a estudiar el 1968 mexicano en el año 2004 por pedido de José Sotelo Marbán, quién dirigía el equipo de investigación histórica en la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP). La primera formulación de este trabajo llegó un año después, como una crítica a los efectos de varios libros publicados hacia 1998 que utilizaban documentos oficiales. En esta primera etapa fue crucial la interlocución y amistad de Luis Ponce, Claudia Hernández Cuevas y Edgar González Ruiz. Agradezco también a Jonathan Girón, Urania Chavarría, Erik Flores, Ángela Mondragón, Héctor Zarauz y Sergio Pliego, quienes también investigaron los papeles existentes sobre el movimiento estudiantil en el Archivo General de la Nación, y con quienes, para mí, se originó este pequeño debate. En estos años tuve la suerte de visitar a Carlos Monsiváis, Carlos Montemayor y Raúl Álvarez Garín, y en nombre de la generosidad con que ellos me regalaron su tiempo, agradezco a quienes me permitieron aventurarme en ésta, la historia de su generación.

Luego, con las primeras páginas de este trabajo, fui aceptado en 2007 en el posgrado en Historiografía. Fui becario de la universidad, y luego del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), y gracias a ello, pude concentrarme en una disciplina nueva para mí, y en la organización de los materiales que se reseñan en este trabajo. En esta etapa recibí las valiosas enseñanzas de un grupo de maestros notables, parte de un programa de estudios que recoge críticamente la frondosa tradición de estudios históricos mexicanos. Agradezco a Silvia Pappe Willenegger y Danna Levin el apoyo para que pudiera ingresar y egresar del programa. En éste obtuve opiniones de maestros y colegas, entre los que agradezco especialmente a Álvaro Vázquez Mantecón, Saúl Jerónimo Romero y Víctor Díaz Arciniega quienes leyeron mis manuscritos en varias ocasiones y formularon siempre comentarios críticos, y por lo tanto, enriquecedores. Estoy especialmente en deuda con Ariel Rodríguez Kuri, profesor del Colegio de México que aceptó guiarme en este proceso.

Su ejemplo como historiador ha dejado en mí una huella que este trabajo no logra honrar, pero aún así, sin su aliento no hubiera terminado este manuscrito.

En este largo tiempo, también la amistad fue un sostén. Agradezco a José Manuel Zamorano, Nancy Espinoza, Paula del Cioppo, Guillermo Lescano, Gabriela Castillo, Ernesto Olguín, Carla del Río, Mónica Maristain, Jorge Rivas, Alba Ruibal, Andrés Dapuez, Daniel Saur, Luis Jiménez, Jorge Morales, Paula Porras, Hugo Zemelman y Pilar Calveiro, con quienes compartí largas conversaciones sobre los problemas de este trabajo. La familia da lo más, su tiempo, su afecto con el hombre de la silla: mi amada Eva y mis hijas Tziri y Selva.

Introducción

Este trabajo tiene por objeto analizar un momento de la retórica gubernamental mexicana. Se trata del momento en que se empiezan a renovar las prácticas discursivas de una época, en el contexto del nacimiento de la televisión, las teorías de la opinión pública y la comunicación social. Es un análisis de las reflexiones y prácticas que se produjeron en una élite política latinoamericana específica, alrededor del estado de las herramientas narrativas gubernamentales, y de las posibilidades y necesidades de incorporar cambios técnicos para obtener un apoyo social a sus políticas. En este marco, la historiografía *oficial* de 1968, es el escenario narrativo que escogí para vislumbrar cómo estos debates en torno a la intervención y el dominio del imaginario público se plasmaron en la necesidad de estabilizar una interpretación, y un tipo de recuerdo colectivo para 1968. He ahí un conjunto de trabajos oficiales que revela un cúmulo de prácticas discursivas concretas por instalar percepciones sobre un episodio que se ve adverso: el movimiento estudiantil y la masacre que marcó su fin el 2 de octubre de 1968.

Este momento de la política mexicana -el episodio y su historiografía-, le exigió a los hombres del gobierno debatir, y por supuesto asentar su visión sobre la ciudadanía, los modos del mexicano de concebir su presente, y aún más específicamente, el modo de concebir aquella coyuntura. Les exigió una reconstrucción del discurso del partido y un posicionamiento ante un escenario político que desafiaba el uso de su vocabulario institucional, ya para esa época, tradicional y un tanto vacío de sentido. Lo que se observa en la historiografía oficial de 1968 es una interpretación de los procesos revolucionarios orbitantes (el estalinismo, el peronismo, el castrismo, el maoísmo), la toma de una posición sobre los procesos conservadores del momento (especialmente del franquismo), siempre en tensión con el discurso propio del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Supuse que era trascendente considerar que parte de estos debates estarían engarzados con los mecanismos de exposición de las ideas en el marco de esa otra revolución, en el terreno de las llamadas comunicaciones. O más bien, que no hacerlo debilitaba mucho la comprensión de toda la historiografía de 1968, y de la historiografía política nacional, y podemos decir también, de la latinoamericana. Era necesario estudiar cómo esta faceta, aparentemente secundaria del escenario político, se combinó con una renovación de los mecanismos de control social, con la *modernización* de las tecnologías de gobierno. En ese marco, este trabajo busca producir una ampliación de lo que, incluso hoy, consideraríamos la *voz oficial*... con las antiguas ideas sobre el llamado *aparato cultural* oficial, sobre el que se montaría luego el actual esquema de medios.

El análisis busca ir más allá de lo que podríamos considerar las alocuciones gubernamentales oficiales: el discurso de las autoridades en ejercicio, la propaganda institucional, digamos; incorporando los discursos que pueden considerarse gubernamentales pero no completamente *oficiales*. Me refiero a los debates en torno a la forma de construir discurso político o del arte de gobernar con los medios de comunicación, a las nuevas artes de la propaganda, a los documentos de trabajo u operación gubernamental, y a los proyectos que aún sostenidos anónima o camuflageadamente, responden a las expectativas del campo gubernamental. También a los posicionamientos civiles subvencionados sobre un fin específico, así como a los discursos aparentemente contragubernamentales que, siendo alocuciones insertadas en la retórica del campo opositor, también responden a los intereses de la élite gubernamental.

Algunos de los principales instrumentos del llamado sistema de comunicación de estas décadas, habían sido caracterizados por muchos estudiosos de esos años como problemas esenciales para el pensamiento político de una sociedad. Me atrae, por la cercanía temporal y espacial al momento de estudio, el pensamiento de Charles Wright Mills. Especialmente su ensayo *Un hombre en medio de los demás: el diseñador*, escrito en 1958 y publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1964, dentro de *Poder, política, pueblo*.¹ Este trabajo de

¹ Aunque había ya publicado *White Collar, the american middle class*, en 1951, en el que analizaba a “The managerial demiurge” y las burocracias, *Poder, política, pueblo* circularía en la ciudad de México en 1964, en la editorial del estado, que vivía con publicaciones como ésta, sus últimos momentos de independencia de las políticas presidenciales.

Wright Mills buscaba crear conciencia del tamaño de la cosecha que las burocracias y las élites obtenían de la masificación de los mensajes. Fue de los primeros en denunciar como los medios imponían “modelos de carácter, estilos de sentimiento, matices de ánimo y vocabularios de motivos” en la sociedad.² No era el único que veía en las prácticas de la industria cultural-gubernamental, la ingeniería del consentimiento, como habían acuñado Walter Lippman y Edward Bernays.³ Lo interesante en él era su lectura de los objetivos de los medios, especialmente sobre su capacidad de lograr regulaciones políticas, para “atomizar aquellas áreas que no son dóciles”, y sobre todo de “fragmentar al público, con el fin de que cada individuo aparezca desnudo de relaciones sociales”.⁴

Los estudios sobre la propaganda y las *public relations* –como se renombraría tras el uso en la experiencia germana– han ido caracterizando esta renovación de mecanismos que durante estos años, y los siguientes, serían fundamentales para la decoración de gobiernos y, a la vez, para deslucir a las más variadas formas de oposición política, cultural o económica. Para muchos ciudadanos -y los historiadores no son excepción-, entender una situación política del pasado o contemporánea, suele ser proporcional a la capacidad de navegar en una trama de significados balizada por los proyectos de las élites.⁵ Otros han observado que en momentos de alta toxicidad lingüística, la sociedad parece dialogar con una serie de molinos de viento que le impiden las sinapsis necesarias para autoproducirse un consenso sobre un rumbo específico.⁶ Se sabe que aún las acciones propagandísticas

² El sociólogo cree que al hombre contemporáneo se le imponen “visiones susurradas mucho antes de la edad del consentimiento”, por supuesto, que ahora se combinan con “imágenes recibidas en el relajamiento de la oscuridad, lemas reiterados en la casa y en la clase”. Pensaba que el nuevo aparato era tan potente que a través de él se “ordena y prohíbe; asusta y asegura”. El nuevo escenario de los medios coloca al ciudadano ante un mundo codificado “en lema, en relato, en diagrama, en noticiario, en sueño, en hecho, en melodía, en esquema, en fórmula” cuyos efectos y objetivos le son incomprensibles. Para “casi todo lo que llama hechos sólidos, interpretación sólida, formulaciones adecuadas, cada hombre depende progresivamente de los puestos de observación, los centros de interpretación y los depósitos de información que se establecen en la sociedad contemporánea...”, Wright Mills, en *Poder, política, pueblo*, pp. 295-297 y 336-337.

³ Sobre Bernays y Lippman, cfr. Curtis, *El siglo del yo*, 2002. Entre sus textos: Lippman, *The phantom public*, 1927, y *A cold war, a study in US. foreign policy*, 1947; y Bernays, *Crystallizing Public Opinion*, 1923 y *Propaganda*, 1928. Luego de Wright Mills, Noam Chomsky y Edward Herman, retomaron esta conceptualización en *Manufacturing consent: the political economy of mass media*, 1988.

⁴ Wright Mills, *op. cit.*, pp. 336-337.

⁵ En estos términos piensa el campo discursivo Vicente Romano en *La intoxicación lingüística. El uso perverso de la lengua*, 2007. Además, por supuesto hace unos años, Ignacio Ramonet acuñó el término ‘censura democrática’, en *La tiranía de la comunicación*, 1998.

⁶ Manuel Castells, *Communication power*, 2009, p. 137.

menos visibles funcionan como actos de perturbación de las condiciones de conocimiento entorno a un episodio o un tema,⁷ y, por tanto, son herramientas eficientes para impedir la toma de ciertas decisiones políticas o de la construcción de una conciencia histórica propia. Todos estos son aspectos determinantes tanto para cifrar articulaciones colectivas o personales, como para entender una época que no es la nuestra. El análisis de la historiografía política contemporánea, sobre todo la que se aboca a procesos de autoritarismos gubernamentales, debería permitir observar algunos de estos fenómenos. Fue de la crítica historiográfica que adopté la preocupación por analizar los horizontes de experiencia y de expectativas de los narradores oficiales puestos en juego en uno de los episodios más estudiados del pasado mexicano reciente, el año de 1968. Recién después traté de pensar en sus efectos en la historiografía política contemporánea.

He aquí el orden general del trabajo: dividí el análisis en tres momentos y objetos distintos. Traté de construir un *corpus* del discurso de la élite política mexicana, incluyendo algunas ideas que podrían considerarse importantes desde el problema de la narratividad de la élite política. El derrotero me llevó a ser flexible con las teorías y análisis existentes sobre las prácticas gubernamentales. Así, dediqué el primer capítulo al análisis de dos textos que señalizan para mí, todo un campo de investigación, de prácticas inherentes a varias disciplinas, incluidas las artísticas, en torno de la representación del presente. Se trata de un intento de reproducir, aunque más no fuera parcialmente, el debate que estaba dándose en escenario político de la Secretaría de Gobernación, por ejemplo. Quise aquí mostrar la naturaleza de las ideas en torno a las posibilidades, formas, funciones y operación del discurso gubernamental, en unos años que fueron claves y críticos para la institucionalización del Partido Revolucionario Institucional (PRI) -exactamente a la mitad de su primer gran periodo en el gobierno de México-. Quise conocer qué saberes de la propaganda moderna y los medios de comunicación existían al interior de la cúpula gobernante. El análisis se centró en dos trabajos editados entre 1963 y 1965: un mimeo anónimo encontrado en las oficinas de gobernación, conocido como *La tiranía invisible* y un libro titulado *Métodos de publicidad política*, de un periodista llamado José Luis Mejías. Ambos tuvieron lectores entre los funcionarios de la Secretaría de Gobernación de Luis Echeverría, y me sirvieron para contextualizar los proyectos “del grupo en el poder”, sus

⁷ Guy Durandin, *La información, la desinformación y la realidad*, 1990.

ideas, términos y creencias, como representativas del pensamiento político de esa élite, y en esos años.⁸

Estos trabajos contienen definiciones sobre la sociedad, no a través de los indicadores a los que nos hemos acostumbrado, sino a partir de la enunciación de concepciones sobre fenómenos tan diferentes como la naturaleza psicológica, y los mecanismos culturales que se creían operaban en los ciudadanos a la hora de formarse una opinión sobre su propia situación, la del país y el mundo. A la manera de una pequeña historia de las ideas, analicé las creencias en el seno del gobierno sobre aspectos como las debilidades perceptivas de la gente, el modo irracional en que las imágenes, lo *legal* y lo *oficial* obtenían el prestigio de lo bueno y lo verdadero para la sociedad. Estos debates incluyen interpretaciones sobre los usos de los principales formatos de presentación de la información, así como valoraciones sobre los diferentes niveles de penetración que se consideraban tenían los medios.

Especialmente, se pone en tela de juicio cuáles eran los medios más aptos para incidir en los sectores letrados o informados, que se consideraban ya el verdadero desafío para la élite política del PRI en ese momento. En un punto, estos trabajos son la contracara de “la crítica de la pirámide” publicada en *El laberinto de la soledad* por Octavio Paz; son una suerte de crítica *en* la pirámide, y al modo en que desde ahí se proyectaban pasado, presente y futuro de México. Por otro lado, son textos que -pese a haber tenido funciones específicas en su contexto- hoy nos revelan que más allá de las ramas de estudios sociopolíticos que se desarrollarían demográfica, estadística y hasta antropológicamente, en esos años las élites había abierto un espacio de reflexión, tanto para optimizar el uso de los “diferentes dispositivos” de la retórica oficial, como para crear nuevos modos para incidir en la aprobación, o el consentimiento social de la práctica de gobierno.⁹

⁸ El primer documento fue llamado “La tiranía invisible” por Jacinto Rodríguez Munguía en 2007, y se encuentra localizado en el Archivo General de la Nación (AGN), entre los papeles de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS) caja 2988 A, fojas 1-41: “Sin título, fecha ni firma, en una caja que contiene documentos de la secretaría particular de Echeverría (según la única referencia de fecha que contiene el texto, éste debió elaborarse en 1964 ó 1965)”. Cfr. *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, pp. 37-38. El otro texto es el de José Luis Mejías, *Métodos de publicidad política*, México, 1963. Cita de p. 27.

⁹ Una metáfora sobre este problema la puso Louis Marin al describirnos el proyecto de libro de Pelisson Fontanier, que como historiador de la corte había preparado para Luis XIV como propuesta de interpretación de su reinado. El dilema propuesto por Marin consiste en no olvidar que la historia del rey, fue en este y otros casos, un trabajo del rey, Luis Marin, *Le portrait du roi*, 1981. Desde Luis XIV, diría por otro lado Roger

En el segundo momento he colocado el análisis mismo de esta historiografía oficial, que refiere al vasto cuerpo de textos que hicieron a la narración priísta sobre la revuelta, y con ella, a la descripción de las dinámicas políticas nacionales e internacionales según la interpretación deseada por el gobierno de esos años. Así, el debate sobre los modos de narrar sirve de introducción para el trabajo de las oficinas de gobierno en la construcción de una aprobación social a la *solución* de 1968. Tal es el marco desde el cuál consideramos apropiado un análisis de lo que desde el gobierno se escribió sobre el movimiento estudiantil de 1968 y la fatídica tarde de Tlatelolco, como una forma de mostrar cómo el debate sobre las nuevas formas de hacer propaganda se proyectan sobre el manejo de esta situación crítica.

Este es entonces un capítulo alrededor de un grupo de dispositivos literarios del relato gubernamental que hacen a esta historiografía, y que suponen una clasificación de documento un tanto compleja. Pues entre estos materiales incluí aquellos que van del apoyo sincero, a la invención de opiniones a través de la difusión y creación de panfletos y libelos desde las oficinas de gobierno. De entre los libelos, en este trabajo se analizan, por supuesto, *¡El móndrigo! Bitácora del Consejo General de Huelga*, una novela preparada con los materiales de espionaje de la Dirección Federal de Seguridad (DFS); y el más ensayístico *Nuevo movimiento estudiantil*, firmado bajo el seudónimo de Antonio Caminante. Del gran número de posturas institucionales he escogido *Trampa en Tlatelolco, síntesis de una felonía contra México*. Este último, un libro de pulso periodístico, pero elaborado por el general Manuel Urrutia Castro con documentación e información preparada en las oficinas del ejército, es poco analizado, y representa el modo oficial de hacer historia con sus propias reproducciones documentales y sistema de citas. También he querido incluir en este capítulo otros trabajos que, resultado de apoyos del régimen, fueron parte de la interpretación oficial, como *Tlatelolco, historia de una infamia*, de Roberto

Chartier, había que considerar un intrincado esquema de “representaciones del poder” provenientes y al servicio del aparato de “persuasión monárquica”. Entre esas representaciones operaban los “différents dispositifs”, tales como las “lettres royales annonçant la victoire, le texte des articles de la paix, des relations du siege et de la reddition, des egloges, des poemes, des libelles qui louent le roi”. Chartier, “Culture populaire et culture politique dans l’Ancien Régime: quelques réflexions”, en Keith Michael Baker (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture I, The Political Culture of the Old Regime*, 1987, p. 247. Por último, el propio problema de la desaprobación está ligado a la prohibición de la circulación de ideas o memorias. O como advierte Ricoeur, desde la Grecia del siglo V se conocen los edictos para “prohibir el recuerdo” de acontecimientos. Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, 2003, pp. 588-589.

Blanco Moheno, o *La plaza*, de Luis Spota. Con estos materiales como referentes quiero abordar algunos problemas de ese campo difuso que hace a la adquisición de talentos y prestigios –que incluyó al periodismo–, y que complementan el escenario narrativo que desplegaba el proyecto gubernamental en México alrededor del año de 1968.

Sin aspirar a ser totalizante, quise representar con estos materiales el gran número de géneros literarios en que se codificó el mensaje gubernamental en aquellos años, así como los ejes agumentativos que sostuvieron su mensaje. Este es un grupo de textos que constituyen en el entramado de la cultura política de la élite mexicana, algo más que la versión oficial de 1968. Pues presentan en conjunto, un nuevo modo de intervenir sobre la opinión pública de aquel gobierno. Un modo polifónico de producir un relato para obtener el consentimiento público para la represión estudiantil y hasta para explicar la manera como el PRI enfrentaría a las disidencias durante los años siguientes. No es entonces, ésta una historia sobre cómo el PRI asesinó estudiantes o persiguió a los movimientos sociales en el pasado, sino una historia sobre los formatos de justificación de sus prácticas. Formatos, por cierto, absolutamente imbrincados con el aparato de inteligencia. Más allá de eso, estos formatos son en sí un momento de evolución en la práctica del poder político priista, que amén de ser la más larga experiencia gubernamental de una élite latinoamericana, fue la primera formación política en la región que desarrolló un sector económico dedicado a esparcir su versión de los hechos. Por eso este recorte.

Al ser esta una clave de análisis del relato, propongo pensar con estos dispositivos, en el sistema de ideas subyacentes al relato oficial, sus términos dominantes, así como en los perfiles profesionales de quienes construyeron esta visión sobre 1968 y... en general, sobre su propia visión del 2 de octubre como una piedra angular del escenario político contemporáneo. Confieso que en un inicio me interesaba hacer un análisis de la versión oficial sobre la revuelta estudiantil de 1968, porque me incomodó la lectura poco crítica del trabajo de Julio Scherer, *Parte de Guerra*, con la documentación del general Marcelino García Barragán, realizado en la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP). Pensaba que había que hacer lecturas que superaran las contradicciones de la fuente oficial en el tiempo, explicándolas, sin colaborar en la construcción del palimpsesto deseado desde el campo gubernamental. En este caso, quería

partir de las enunciaciones iniciales, y luego ir describiendo sus transformaciones al calor del debate político, para demostrar que sus aparentes contradicciones eran un efecto de la transformación de los horizontes de la narrativa colectiva. Quería con ello producir un análisis del funcionamiento del campo oficial ante los desafíos del relato estudiantil. Es decir, describir las reinterpretaciones del discurso oficial, para analizar cuánto le afectaba la crítica social, periodística o estudiantil.¹⁰ Advertí sin embargo, que ese recorte, circunscripto a un episodio –como la masacre estudiantil del 2 de octubre de 1968– no permitiría un análisis de dinámicas representativas de una época, lo que finalmente encontré en la descripción misma del aparato de producción narrativa.¹¹ Además, a través de la observación de otros esfuerzos,¹² opté por aprovechar la distancia de los hechos para contextualizar esta versión oficial como momento de un proyecto narrativo que no iba a desaparecer tras la enunciación de los hechos del año de 1968. Por ello, no se trata de una versión sobre el 2 de octubre, sino de un análisis del discurso oficial, no en cuanto criterios de verdad, sino en términos de su esfuerzo literario.

El tercer capítulo ofrece una mirada sobre uno de los muchos problemas que se derivan del análisis de los horizontes de la escritura oficial, y el que creo presenta un desafío a la historiografía general de 1968, así como para la historiografía política de periodos autoritarios en general. Se trata del problema de los usos para la escritura histórica, de la documentación de las secretarías de Gobernación y Defensa Nacional, actualmente depositadas en las galerías I y II del Archivo General de la Nación (AGN). En este apartado espero aportar algunas ideas sobre las distancias y los dilemas existentes entre la operación política de un gobierno autoritario, la enunciación que busca la aprobación, y la creencia de los historiadores sobre el carácter de las fuentes oficiales.¹³ Lo que allí se presenta es un

¹⁰ Esta es una cuestión que derivada del trabajo de Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 1993, dónde propone una hermenéutica de horizontes de enunciación, atendiendo a las expectativas y experiencias de los actores que se analizan.

¹¹ La cercanía con el pensamiento de Hugo Zemelman influyó en la preocupación por el movimiento, entre otras posibilidades, como categoría para la visualización de actores y acontecimientos, en lógicas de secuencia o momentos encadenados. Ideas que tomé su extenso trabajo *Horizontes de la razón I, II, y III*, 1992-2011.

¹² Eduardo Luis Duhalde había hecho este ejercicio de desmontar las diferentes versiones del ejército argentino para ocultar un fusilamiento de presos en 1972, un momento que suele considerarse como el inicio del terrorismo de Estado en Argentina. Cfr. Duhalde, *La masacre de Trelew*, 1984.

¹³ Cuestionando incluso esa idea de las fuentes, como el manantial en el que el historiador recoge el nutriente

análisis de versiones no publicadas y propias de un archivo político contemporáneo, como el mexicano sobre 1968, que incluye informes, resúmenes, bocetos, entrevistas imaginarias, borradores, y hasta largos intentos de libros. Me interesa debatir cuán difícil puede ser para una sociedad, hacer historia con estos materiales. Entre los trabajos analizados se encuentra *Apuntes de Tlatelolco...* -y su última versión, *Tlatelolco*-, un documento coordinado por la Procuraduría General de la República (PGR), con informes de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA).¹⁴ Acompaño su análisis con otros sobre trabajos periodísticos e históricos que utilizan documentación oficial, y a los que dedico varias páginas, como *Parte de Guerra*, de Julio Scherer, y *Rehacer la historia*, de Carlos Montemayor, o *1968*, *Los archivos de la violencia*, de Sergio Aguayo, que se citan en extenso.

Anoté al final algunos problemas de cómo las divergencias de las versiones sociales y oficiales también suponen intersecciones y formas de convivencia complejas, y que con el tiempo no resulta tan sencillo como pareciera, discernir a una de la otra. Este podría parecer un análisis de historiadores, pero en definitiva, es una interpretación de los efectos de las versiones oficiales en la historia... lo que va más allá de ellos. Entonces, se plantea el problema del éxito o fracaso de lo que podría llamarse la versión social de 1968, por sobre la trama de la oficial. Los textos analizados en este capítulo se corresponden con el crecimiento literario de 1968 a propósito de “la conmemoración” de los “40 años del 2 de octubre”. Como tal, creo que el debate alrededor de la documentación del ejército y de la Dirección Federal de Seguridad constituyeron, más que el triunfo de la memoria, la muestra de la persistencia y efectividad, a cuarenta años de un episodio, de la voz oficial. ¿Acaso la documentación militar, conocida a través de varios libros, no volvería a plantear la discusión sobre el movimiento estudiantil en la tarde del 2 de octubre, y en el supuesto ataque al ejército como clave de la explicación de la masacre? Es algo para discutir, y lo que este trabajo presenta es esta interpretación como posibilidad.

para los frutos de su apuesta literaria. Parafraseando a Lucien Febvre: ni “la sumisión pura y simple a los hechos...” ni las fuentes. Cfr. *Combates por la historia*, 1975, p. 180.

¹⁴ Se trata de dos versiones, *Apuntes sobre Tlatelolco* que está menos desarrollada que *Tlatelolco*, que sería la segunda versión. La primera en AGN DIPS Caja 2865 (50 páginas) y la segunda en AGN DIPS Caja 2688-A (130 páginas).

Por otro lado, y aunque no se espera un relato cronológico de una tesis historiográfica, no quiero atribuir al descuido el haber realizado aproximaciones que parecen subvertir, no sólo el orden de los episodios, sino también la naturaleza de los objetos de interés. Me ampara la idea de que lo que hice es atenerme al orden de aparición de los discursos, atendiendo al hecho de que esta temporalidad cambia constantemente las condiciones de interpretación de actores y episodios. He privilegiado esta descomposición pues quise analizar estos efectos teniendo en cuenta a los usos de la documentación mexicana. No es mi intención cuestionar a quienes han trabajado con las fuentes policiales y gubernamentales, pues sin ellos este análisis sería imposible. Se trata de debatir nuestros propios horizontes para con los materiales documentales, sin olvidar el complejo problema de los usos y horizontes originales de estos. Finalmente, el papel que en el relato adquieren las ideas sobre los medios y la comunicación, es propio de la época. He aprovechado que los textos oficiales de 1968 necesitaran una explicación de época. Los historiadores deberemos renovar una vez más el instrumental, a la hora de narrar sobre episodios que se interpretan en imágenes y repeticiones televisivas, por decirlo de algún modo.

Capítulo 1

Comunicación, política y sociedad: un debate en el grupo en el poder (1963-1965)

Efectos de la propaganda en la historia

Hace unos años se afirmaba que resultaba contrastante la velocidad en que crecía el nuevo sector info-comunicacional en cada economía nacional, con la lentitud con que crecían los estudios que se hacían sobre ellos.¹ Las fechas de la revolución de la industria de los *mass media* son variables, pero ésta se encuentra indisolublemente asociada al momento de la masificación del llamado televisor en América Latina, en los años setenta y ochenta. Los relatos de que trata este texto son de mediados de los años sesenta, y por tanto, responden a la hipótesis de que en esos años se da, entre las élites políticas y económicas de la región, una reconceptualización del arte de sostener un discurso político en los nuevos *mass media*, y sobre todo, de la naturaleza de su influencia en la población. Este capítulo busca contextualizar ese proceso de resignificación y, a la manera de un estudio cultural, adentrarnos en el espacio microsocioal en que se dieron en México estos procesos, específicamente entre los miembros del grupo gobernante.

En este sentido, comparto la hipótesis de que nuestra historiografía arrastra un déficit en el análisis de las mentalidades de las élites, pese a ser ellas fundamentales en el desarrollo de las ideas dominantes de la época, como dijera Gramsci.² El primer problema, entonces, es el de la existencia de una red de materiales y documentos operativos en torno a la concepción de un sistema de voces implicados en ese sector, pero fundamentalmente en el escenario que se supone se circunscribe con la noción de opinión pública. En este sentido,

¹ Al menos era una idea clave en el Heriberto Muraro que escribió *Invasión cultural, economía y comunicación* en 1987.

² También al evaluar los avances de cuatro décadas de estudios de cultura política, un campo en constitución desde el señero *Culture civic*, de Almond y Verba en 1963. Ronald Formisano cree que aún en esta perspectiva existe un “shortfall in comprehending power”. Cfr. “The Concept of Political Culture”, 2001, p. 425.

no debe llamarnos la atención de que en estos mismos años de comienzos de la década del sesenta existiera un debate que lo mismo alcanzaría a los hombres del PRI, que a los que estaban en la función pública.

Este debate se daba a cierta distancia de los temas que se proponían en el espacio de la opinión pública.³ Era fogoneado por voces críticas del modelo de comunicación y propaganda de los gobiernos predecesores que, en general, consideraban que el proyecto narrativo de esos años constituía un sistema hecho “al vapor”. Al menos así se asentaba en una de las propuestas más integrales que había recibido hasta el momento un secretario de gobernación para “crear y dirigir la opinión pública”. Uno de los aspectos más trascendentes de este trabajo es haber propuesto –a tono con los principios norteamericanos para la llamada guerra fría- un modelo mucho más activo de propaganda política. Lo hizo como una crítica al uso intermitente o discontinuado que hacía el “Partido Revolucionario Institucional, que utiliza la propaganda cuando se enfrenta a una crisis o problemas incidentales”. Por oposición, el documento se propone “acentuar la necesidad de que el PRI disponga de un instrumento organizado técnicamente que desarrolle en su favor una propaganda institucional y no incidental”.⁴

Por diversas razones –muchas de ellas derivadas de la experiencia americana en Estados Unidos y en la Europea del Plan Marshall–,⁵ el modelo de opinión basado en las políticas *reactivas*, es decir restrictivas, había cumplido su ciclo. La elite norteamericana se había volcado, como un modo de salir del proyecto Macarty, hacia un esquema de circulación de mensajes y opiniones *activo*, es decir no incidental–.⁶ Estas ideas circulaban en la élite

³ No es simple determinar los grados de autonomía de una sociedad para definir sus discusiones. Puede decirse que buena parte del debate existente en 1968 era tributario de

⁴ Tomado de un documento sin título, que Jacinto Rodríguez Munguía llamaría *La tiranía invisible*. A éste le parece un texto sorprendente por su “fina elaboración de teorías y conceptos”, una “obra de arte de filosofía y estrategia política mediática”. Lamentablemente, “ni un nombre, ni una firma, ni una fecha ni firma” explican su procedencia. Rodríguez Munguía, *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder* 2007, pp. 36-40.

⁵ Sobre este aspecto es revelador el trabajo de Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural* [1999] 2001. La autora hace un análisis sobre muchas facetas del proyecto cultural del Plan Marshall en Europa, lo que implicó el control de sectores ligados a la cultura (escritores, músicos y pintores) para los que habría nuevos espacios de significación en el también nuevo equilibrio ideológico.

⁶ El paso del modelo de control social reactivo al activo lo habían planteado teóricamente Scott Parsons y Edwin Lemert muchos años antes con estos términos. Cfr. Melossi, *El estado del control social*, 1992, p. 194. Puede pensarse en este momento como una larga transición de la incapacidad de producir un control absoluto sobre la circulación y el sentido de las ideas de una sociedad, a la práctica decidida de la creación de

norteamericana desde que Edward Bernays, el sobrino y difusor de la obra de Sigmund Freud en Estados Unidos expresara en *Propaganda*, de 1928, que no era tan complicado obtener “el regimiento de la mente colectiva”. Claro, esto implicaba un trabajo de símbolos y mensajes desde “varias áreas, incluidas la política, el arte, la ciencia y la educación”. Bernays debatió con aquel Walter Lippman que sostenía que una sociedad podía ser gobernada por una minoría administrativa, logrando no el consenso, sino el consentimiento para las políticas de una élite. Con Bernays, las ideas de Freud sobre el lugar que los miedos y las emociones ocupaban en el inconsciente individual, comenzaron a utilizarse en el escenario político. Estos hombres serían los primeros en importar de la Alemania derrotada que sólo podía fabricarse consentimiento en las grandes sociedades como Estados Unidos, Europa y América Latina, a través de una industria, de una ingeniería del consentimiento.⁷

Quizá con menos llegada a las oficinas de gobierno que a las del partido, José Luis Mejías publicó en 1963, *Métodos de publicidad política*, en los que también era crítico sobre las capacidades del sistema del gobierno mexicano, al punto que advertía que “la misma voz del grupo en el poder parece ser incapaz de hablar durante largo tiempo con la misma finalidad”.⁸ Mejías, como pasa con las ideas ya instaladas, coincidía en que la voz oficial hablaba espasmódicamente. Y argumentaba que al reducir sus discursos a episodios de interés, la voz oficial producía un déficit de relato para como funcionaba el entramado tecnológico de esos años. Ya que existían muchos medios, y en esos baches del discurso del

mensajes, como un modo de obturar las opiniones discordantes o de llenar de sentidos y significados funcionales a una o más élites.

⁷ Bernays fue el difusor de Freud en Estados Unidos, y autor de *Propaganda*, uno de los libros que Goebbels reconocía haber leído. Fue el creador del término *public relations*, convencido de que la palabra propaganda había quedado desprestigiada luego del uso nazi. Al igual que Edgar Hoover, Bernays trabajó para presidentes demócratas y republicanos, desde 1913 a 1961. Suele considerársele como el arquitecto de las técnicas modernas de persuasión. Además de sus tareas como asesor, Bernays también trabajó para Procter & Gamble, la cadena CBS, las automotrices General Motors, Dodge, Ford, para Rockefeller, Cartier y la empresa Fruit Of The Loom Company. Para ilustrar los usos políticos de la propaganda de Bernays en América Latina, basta pensar en el montaje que realizó para la empresa Fruit Of The Loom en Guatemala. La compañía buscaba crear la animadversión de los políticos norteamericanos contra Jacobo Arbenz. Bernays se esforzó por presentarlo como comunista y antinorteamericano, produciendo uno de los *happenings* políticos más llamativos y menos estudiados de la historia política de la región. Para una visión general de Bernays, revisar el documental de Curtis, *El siglo del yo*, de 2002 o *Introducción a Propaganda*, de Miller, 2004.

⁸ Mejías, *Métodos de publicidad política*, 1963, p. 38.

gobierno, era imposible que pudiera sostener una única versión sobre los hechos.⁹ Lo grave del caso, decía, era que pese a los largos años de experiencia en el gobierno del PRI, en ese momento, había que hacer muchos cambios para “lograr una coordinación verdadera entre los departamentos que proyectan la política, aquellos que la llevan a cabo y aquellos cuya labor es justificar la política y su ejecución”.¹⁰ Según Mejías, las evidencias de esta crisis estaban a la vista de todos los que quisieran verla:

Dos actos recientes del gobierno mexicano ilustran la tesis: la ley que ordenó el impuesto del 1 % sobre los sueldos y salarios, para el incremento de la educación media y superior, no fue debidamente explicada y promovida.

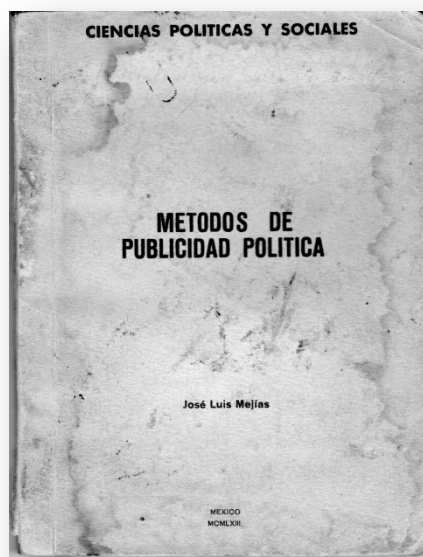
Consecuencia inmediata: dicha ley, a pesar de la nobleza de sus fines... encontró fuerte oposición, aún por parte de los sectores beneficiados por ella. Cuando el gobierno reaccionó ante la avalancha de amparos y de censuras, ya era tarde; el mal estaba hecho y los partidos políticos opositores capitalizaron los hechos.

Por el contrario, el convenio internacional que puso fin a la disputa sobre límites y devolución de El Chamizal, fue explicado, debatido y promovido con la debida antelación. Todo el pueblo recibió el convenio con beneplácito y aún con aplausos. Los aislados gritos, proferidos en contra por grupos extremistas, no hallaron eco, a pesar de que una parte del territorio nacional del cual se muestra tan celoso el mexicano, quedaba en poder de los Estados Unidos.¹¹

⁹ Mejías decía que “se debe tener en cuenta que en México no puede haber una versión única, oficial y unilateral sobre ningún problema político, con todas las declaraciones contrarias suprimidas. Por lo menos se escuchan dos voces: la del grupo en el poder y la de la oposición, por lo general, la oposición no tiene una voz sino varias.” Y, por supuesto, hacía una precisa estimación del ámbito de circulación de mensajes: “Existen en la república 197 publicaciones diarias; 378 semanarios; 185 quincenales; 856 mensuales y 234 con una periodicidad no determinada. Un total de 1,850 periódicos y revistas, con cerca de 4 millones de lectores, que forman la parte más ilustrada de la población. 396 radiodifusoras y 24 televisoras llevan sus programas a 2,5 millones de aparatos, las primeras, y a 700 mil las segundas, con un auditorio que puede calcularse en 15 millones de personas.” *Ibid.*, pp. 38 y 44,

¹⁰ *Ibid.*, p. 38.

¹¹ *Ibid.*, pp. 9-10.



Tapa de *Métodos de publicidad política*, José Luis Mejías, 1963.

Crítica de la comunicación priísta

Una de las críticas más extendidas al interior del grupo en el poder, según el testimonio de Mejías era sobre su manejo del sistema informativo existente, es decir, sobre la relación del gobierno con los periodistas. Según Mejías, los responsables de la propaganda política mexicana –recordemos que lo decía en los últimos años del gobierno de Adolfo López Mateos–, vivían “enamorados del aforismo de Mussolini: ...controla a los periodistas y controlarás a los periódicos”.¹² Lo cual se hacía evidente a partir de las diferentes técnicas de colaboración y sujeción que el gobierno producía entre directivos periodísticos y periodistas en general.¹³ En su visión, el hecho de que el régimen tuviera a muchos periodistas asalariados producía un daño intrínseco al proyecto gobernante, lo envilecía, y a la vez le impedía hacerse de argumentos nuevos que produjeran adhesión.

¹² *Ibid.*, p. 41.

¹³ Sobre este aspecto existe una abundante bibliografía. Rodríguez Munguía trabaja sobre el endeudamiento de los aportes jubilatorios patronales como forma de condicionar a los empresarios periodísticos, y existe bastante conciencia sobre la práctica del *chayote*, el doble sueldo de periodistas claves.

En primer lugar, un periodista controlado puede producir escritos no controlados. Después, el periodista sentirá frustración... en el subconsciente, se despreciará a sí mismo y despreciará más aún a una política [por la] que debe mentir en sus exposiciones, pues necesita comprar el apoyo y la creencia en ellas. Por consiguiente, estará listo, psicológicamente hablando, para traslucir en sus escritos ese desprecio. O, por el contrario, si es venal y no ama a su profesión, tratará de exagerar en sus escritos, mintiendo sin orden ni concierto, para obtener una mayor aprobación de sus corruptores y disfrutar de mayores prebendas.¹⁴

Es curioso que el problema del sujeto controlado que se descontrola —que advertía Mejías—, también le había preocupado a Charles Wright Mills, que en su lectura se formulaba como una crítica a los fenómenos de la nueva industria comunicacional. En la nueva burocracia de *diseñadores*, él notó su “frecuente sentimiento de culpa”, expresado en cierta “inseguridad... acerca de su oficio” y en una “frustración” que les impedía “considerar su posición ni formular su credo”.¹⁵ Como el control de la opinión mexicana se alcanzaba, según Mejías, con dinero, esto producía tantos seres despreciables, como falsos argumentos, y en definitiva: caos. Un caos que podía ser letal porque era lo que mediaba entre la elite y el principal sector de la vida política nacional, que eran los grupos que tenían cierta ilustración. Pero, especialmente, amenazaba con la desintegración del propio sistema de circulación de ideas, puesto que ya no lograba construir ni reproducir prestigios. Y Mejías lo explicaba del siguiente modo:

Todo esto tiende a quitarle a la prensa mexicana su prestigio y autoridad y cuando ese prestigio y esa autoridad se pierdan permanentemente, no habrá medio alguno para lograr una comunicación con el más inteligente y preparado sector del pueblo: el lector de periódicos de revistas.¹⁶

Mejías veía, en el aparato priísta, que cuando el trabajo del propagandista se hacía mal, la reputación de los medios se perjudicaba y se perdían así sitios desde los cuales llevar adelante la tarea. El ejemplo paradigmático era *El Nacional*, que “desde un punto de vista técnico, no es ni mejor ni peor que otros” pero que gracias a la afinidad con el gobierno, ya “nadie lo lee, nadie cree en él y ya no tiene razón de ser. Ha perdido el prestigio...”. Según Mejías, con el prestigio del diario, también se había perdido el de aquellos “informadores,

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ Wright Mills, “Un hombre en medio de los demás: el diseñador” [1958], en *Poder, política, pueblo*, 1963, pp. 294-296.

¹⁶ *Ibid.*

comentaristas, propagandistas” que “en el ánimo del público están o estuvieron identificados con dicho órgano”.¹⁷

El diagnóstico del proyecto de la Secretaría de Gobernación era muy similar y apuntaba a la vejez del sistema de representación existente. Para el autor anónimo de aquél trabajo, la retórica oficial debía considerarse “todo un racimo de efectos tan estériles como gastados”, proyectos narrativos que al materializarse lo hacían “arriesgando el éxito y, acaso, acentuando más el conflicto” que pretendían resolver. Veía que el discurso del partido como el de las “organizaciones de todo calibre” que lo apoyan, producía “textos complicados y exaltada fraseología” que iban “de lo folklórico a lo barroco en una gama insistente —obreros vistiendo *overall*, con puños cerrados, banderas al viento, imágenes de surcos, turbinas y engranes, torres petroleras, apuntes abstractos de rostros campesinos, etcétera— y fastidiosa”.¹⁸

En contraste, el abanico de posibilidades del nuevo modelo técnico contenía espacios de la vida cotidiana de la nación que estaban inexplorados. Esa era una de las grandes críticas del documento de Gobernación, que al no adaptarse el discurso oficial a los nuevos mecanismos de comunicación, se perdían del nuevo espacio público que configuraban los medios, la lectura solitaria, la mesa del almuerzo familiar, la mañana laboral con la compañía del radio, etcétera. Este era momento de salir del claustro del espacio público - hecho de buenas esquinas, y grandes concentraciones y discursos- para entrar en el prodigioso ámbito de la “vida privada”: “lecturas —prensa, libros, folletos, impresos en general—, TV, radio...”, pero claro, asociando todo e incluyendo “espectáculos, reuniones, perspectiva urbana, carteles, *displays*, banderolas, murales, etcétera”, junto con la televisión, que aún debería esperar un tiempo para obtener su residencia en la casa del pobre.¹⁹

¹⁷ *Idem.*, p. 42.

¹⁸ Rodríguez Mungía, *op. cit.*, pp. 40-42.

¹⁹ *Idem.*

"HACER" propaganda es, sustancialmente, crear y dirigir la opinión pública; penetrar la indiferencia del sujeto y motivarle las reacciones convenientes; llevarlo a que adopte la conducta prevista sin que busque en sí mismo ninguna razón del porqué actúa "DE ESTE MODO". Es, pues, un método de conducir razonadamente --se utiliza el adjetivo porque el-- caudillaje de las masas cuando éstas se violentan y trasgreden las normas habituales de la comunidad "Revueltas ó revoluciones, motines, disturbios de magnitudes diferentes", no puede entenderse como conducción razonada sino, obediencia a la voluntad de la mayoría y por ésa esclavitud y sujeción a su mandato--, de llevar a un vértice común el pensamiento político de la sociedad.

De las formas que la Propaganda toma en el mundo moderno, la más importante desde el punto de vista histórico es la PROPAGANDA POLITICA, toda vez que su uso hace posible "fabricar" generaciones obedientes a un estilo, a una filosofía, a una moral adecuados a los intereses del Estado.

ES PRUDENTE DISTINGUIR LOS TERMINOS "PROPAGANDA" Y PUBLICIDAD: Publicidad es el conjunto de técnicas de efecto colectivo utilizadas en beneficio lucrativo de una empresa. La propaganda, ya se dijo, intenta la adhesión, la concurrencia simpática de la ciudadanía a un sistema de gobierno.



La renovación de las herramientas discursivas

Es difícil reproducir este debate con más voces, como impreciso es pensar en los efectos de estas críticas. Sin embargo, el caso mexicano, como otros de la región, muestran que las políticas comunicacionales de esta época –forjadas al tambor de la beligerancia anticomunista– se volverían políticas de un Estado “en guerra”. Un Estado que, por la naturaleza de su vínculo con la sociedad, en pocas ocasiones podrá ya abandonar esta condición. En los años siguientes habrá síntomas de una transformación, muestras de la adopción de algunas ideas fundamentales de este debate. Entre ellos, el crecimiento de una industria de la opinión y muchas acciones que hacen evidente que en este momento nacía una nueva forma de interpretar la sociedad, la política y las funciones del gobierno también, según esta prioridad de hacer un relato para la acción política.

Como se ha escrito de este periodo, las intenciones de nuestros propagandistas ya están cargadas de la promesa *técnica*, *científica* y de *calidad*, muy de la época. Así, en el documento de gobernación se expresa “la necesidad de que la propaganda política se tecnifique”, “con la mayor urgencia”, que logre “alcanzar la calidad de arte”, cosa que no se obtendría sino a través de una “elevada especialización técnica”.²⁰ De “la ciencia” por otro lado, provenían estas “tantas armas nuevas y poderosas en manos del propagandista”.²¹

Entre los aportes de este debate, sin duda se encuentra el de una nueva conceptualización de la vida social, hacia la formación de una idea sobre la “la cultura social y mental” –como dice Mejías–, como elemento fundamental de la administración de lo público y de lo político. Entre estos, como ya dijimos, la centralidad de la relación de la ciudadanía con los prestigios, así como con los modos en que se formulan y reproducen sus creencias. Los *Métodos...* de Mejías y los del documento de gobernación, coinciden en el hecho inconstrastable de que las antiguas figuras de la autoridad han sido sustituidas por las representaciones de los medios, adhiriendo con ello a las tesis de la asombrosa influenciabilidad del individuo moderno, que pasaría de admirar a funcionarios para extasiarse ante los actos de un ciudadano común como él.

²⁰ *Ibid.*, pp. 41 y 42.

²¹ Mejías, *op. cit.*, p. 23.

Así, exponía Mejías este problema de las nuevas autoridades: que “la palabra impresa ha establecido una autoridad institucional [...] el arte pictórico impreso, como el cartel, la fotografía o el cine, tiene autoridad incuestionable [...] y lo que se fotografía se acepta como verdadero, [así como] la radio y la televisión están estableciendo rápidamente su autoridad”.²² También la ciencia se había vuelto irrefutable, y todo lo que mostrara un hálito de ella o de sus métodos, se transformaba en verdad. Por ello advertía que lo que “se emplea cada vez más es el uso de figuras y estadísticas, aparentemente concretas”, dice Mejías. El avance de la ciencia en “la vida popular, hacen que el individuo se incline a favor de los números”, pues “existe la creencia generalizada de que los números no mienten”.²³

Con ello, el sujeto social moderno era redefinido por su adaptación a los nuevos totens. Las creencias de la ilustración se fusionaban aquí con la interpretación propagandística de Freud. Conciente de que el debate tiene su tiempo, Mejías expone las dos visiones sobre el “hombre masa”: la de quienes le atribuían una “inteligencia infantil y primitiva, inferior, pobre y despreciable”; frente a la de quienes veían “un ser eminentemente racional que se mueve sólo por consideraciones inteligentes”.²⁴ Contra las teorías del sistema democrático basadas en el consenso como síntesis de la acción política, estos autores proponen una interpretación intermedia: “el hombre moderno está asombrosamente dispuesto a creer”, como afirmaba Mussolini,²⁵ sin que sea completamente cierto que el hombre sea sólo una criatura infantil.

²² *Ibid.*, p. 27.

²³ *Ibid.*, pp. 35-36.

²⁴ *Ibid.*, p. 24.

²⁵ Rodríguez Munguía, *op. cit.*, p. 44. Aunque el texto toma la frase de Mussolini, ésta era una de las tomas de conciencia de la élite de esos años. En 1963 se había comenzado el conocido experimento de Stanley Milgram sobre los efectos de la autoridad en la sociedad moderna; era un asunto que el propio Wright Mills descontaba como sociólogo. Su análisis refiere a una interpretación del momento acerca de las posibilidades o condicionamientos del hombre moderno para tener, por ejemplo, una “experiencia prístina”. Wright Mills, *op. cit.*, pp. 295-297. Es cierto que estos problemas habían sido planteados una y otra vez. Por ejemplo, analíticamente decía Maurice Halbwachs: “the dream is based only upon itself, whereas our recollection depend on those of all our fellows, and on the great frameworks of the memory of society”. En *On collective memory*, [1941] 1993, p. 42.

En las ideas de estos proyectos también se hacen presentes las de antropólogos como Herbert Mead, en torno a la idea del “otro generalizado”; o la de Wright Mills acerca del “punto de vista socialmente constituido” que formaba el aparato cultural oficial; o la de Walter Lippman, sobre el carácter ilusorio de la opinión pública frente a la construcción más real y operativa de un *público fantasma*.²⁶ El documento de Gobernación suponía también que el hombre moderno deambulaba en una red de conformismos determinados:

La mayoría de los hombres desean ante todo, armonizar con sus semejantes. Rara vez quieren perturbar la armonía que reina entre ellos, expresando una idea contraria a la de la generalidad. De lo que se desprende que una gran cantidad de opiniones públicas son, en realidad, conformismos determinados porque el sujeto cree que su opinión está también unánimemente sostenida por quienes lo rodean. La tarea de la propaganda debe ser, reforzar esta unanimidad o crearla artificialmente”.²⁷

Residencia artificiosa, tiranía invisible

Dijimos que estos proyectos presentan una serie de creencias gubernamentales de época, y es un viaje por los tópicos que en esos años se imponían sobre los *mass media* en las élites de la región. Se trata de visiones por cierto algo diferentes a las que se popularizarían en los propios medios acerca de las sociedad y los modos en que funcionaría la llamada opinión pública. En esos mismos años de inicios de la revolución cubana y la guerra de vietnam, los tipos humanos del cine, y hasta las propias creencias que tenían los jóvenes estudiantes que se rebelarían en 1968 sobre sí mismos y el mexicano en general, parecen en contraste referirse a dos épocas distintas y distantes. Mientras los acontecimientos hacían pensar que en las sociedades nacía un nuevo hombre que se rebelaba a las guerras, que creaba sus propias modas e incluso desafiaba las prohibiciones y los tabúes, en las oficinas de gobierno se concebía a la vida social más cerca de las teorías del interés y las debilidades pasionales. También eran otros los temas y los términos en que se concebirían en las academias los fenómenos asociados a la llamada ciencias de la comunicación. La mayor de las diferencias estaba dada por las perspectivas de los debates: en las academias de

²⁶ *Ibid.*, p. 337 y Walter Lippman, *The phantom public*, 1927.

²⁷ Rodríguez Munguía, *op. cit.*, p. 44.

comunicación privaron las ideas acerca del funcionamiento de los consensos sociales vehiculizados más por líderes de opinión que por los medios de comunicación.

Por supuesto, los textos al interior de la élite política también poseen sus discrepancias. Por ejemplo, mientras la apuesta de Mejías es hacia la creación de mensajes como una fórmula de solución del control político, el documento de Gobernación propone un equilibrio que necesita del control de los periódicos –como aquellos que hacen a los pagos a periodistas y al endeudamiento de los periódicos-.²⁸ En este sentido, la propuesta de Mejías es más teórica y revela menos experiencia sobre el vínculo entre el periodismo político y el gobierno. Sobre todo porque traza allí una especie de círculo perverso que no aporta al proyecto político. También se diferenciarán sobre el uso de la mentira, sobre el que el documento de Gobernación parece ser más cauto que Mejías.²⁹

Sin embargo, también son muchas las coincidencias que tienen estos trabajos, como las que resultan de la evaluación de las posibilidades de la élite del partido. Entre ellos, los argumentos generales de que “el grupo en el poder tiene la posibilidad” de acelerar la marcha de su proyecto de gobierno, obteniendo la “colaboración activa de las masas”, cosa que lamentablemente no estaría haciendo.³⁰ Y que así como “el mundo moderno ofrece una variante generosa de instrumentos” para la propaganda,³¹ el grupo los podría utilizar para “*fabricar* generaciones obedientes a un estilo, a una filosofía, a una moral adecuados al Estado”.³²

²⁸ Decía que “la propaganda que se discute es la mitad de eficaz... Por eso, su acción integral obliga al control de la prensa... para que ninguno de estos vehículos de difusión discrepen con el sentido que se le impuso”, *ibid.*, p. 39.

²⁹ El problema de la mentira había cobrado permiso de residencia en la discusión política cuando en 1947, George Kennan –considerado el arquitecto del Plan Marshall– dijo en la Academia Militar Nacional de los Estados Unidos, que consideraba en algunas situaciones demandaban una “mentira necesaria”, la que se volvía así un “componente esencial de la diplomacia norteamericana”. Frances Stonor Saunders, *op. cit.*, p. 63. Mejías tampoco tenía pliegues en estos aspectos. Aseguraba que “la supresión premeditada, la deformación de los hechos y la invención, son tan necesarias al propagandista como a cualquier otra persona... El propagandista debe mentir, psicológicamente hablando, si produce los resultados que desea; si acelera esos resultados o hace que produzcan un efecto más duradero del que se pueden alcanzar por otros medios”. Mejías, *op. cit.*, pp. 34-35.

³⁰ *Ibid.*, p. 27.

³¹ *Ibid.*, p. 45.

³² *Ibid.*, p. 38.

El término “obediencia” es poco estudiado en la historiografía política mexicana. Al interior de la élite política, en este susurrar de temas y problemas discutidos, muchas palabras adquirieron una centralidad en la configuración de las prácticas deseadas. No sólo “para someter a la empresas petroleras a la obediencia y la sumisión”, dijo Lázaro Cárdenas en su célebre discurso del 18 de marzo de 1938, fue el decreto de expropiación petrolera. ¿Cuándo comenzaría este término a utilizarse para referirse a la conducta deseable los ciudadanos? Hay aquí un trabajo pendiente que hacer alrededor de las claves del pensamiento político mexicano. Pero más allá de esta acotación, estos trabajos también muestran un momento de análisis de la sociedad en términos de su diversidad. Y por tanto, se aboga por la elaboración de mensajes acordes a esa multiplicidad cultural, partiendo de que “ya no es suficiente controlar la opinión aislada de una elite, sino la opinión aislada y colectiva de la ciudadanía toda.” Esa aseveración abría todo un nuevo campo de investigación para la definición de públicos que permitieran replantear los mensajes según perfiles sociales definidos. Seguir, como un precepto narrativo, que “la propaganda tiene que adoptar *el lenguaje* del grupo que quiere controlar”,³³ le costaría mucho al PRI de los años siguientes, pero sería una iniciativa que se volvería dominante.

Sobre todo el documento de Gobernación es insistente en el hecho de que “no es posible que un sólo tipo de propaganda afecte por igual a todos los grupos sociales”, todos ellos se encontrarían “constituidos por individuos de cultura y sensibilidades diferentes”. Según la tesis, una vez que el nuevo sistema narrativo ha logrado caracterizar al grupo al que quiere influir, los mensajes deberán “condicionarse a la mentalidad, el *lenguaje* de los grupos dominantes en ese sector”.³⁴ En una suerte de delirio técnico, el documento de Gobernación anunciaba la posibilidad de un sistema que lograra incorporarle al mexicano “una reacción

³³ *Ibid.*, p. 42.

³⁴ Nacen los estudios de mercado (“¿Quiénes viven –obreros, empleados, intelectuales, estudiantes, etcétera– en la zona donde va a ser fijado el cartel?”), el discurso adaptado al público (“Los textos de éste deben condicionarse a la mentalidad, el lenguaje de los grupos dominantes en ese sector”), la identidad corporativa y el diseño para los espacios exteriores (“el cartel debe adoptar un tamaño específico, horizontal o vertical”, según dónde se coloque), los perfiles (“hay grupos que leen”, otros que no lo hacen por “incultura o falta del tiempo”... y a esos elementos se “deben condicionar” los mensajes). El proyecto considera importante admitir que “no se puede influir lo mismo a un hombre maduro que a un joven de incipiente ciudadanía; a una mujer dedicada a las labores hogareñas que a otra que se desempeña laboralmente bajo condiciones contractuales”. *Ibid.*, pp. 40-41.

subconsciente; conducirlo al encuentro de un juicio prefabricado”,³⁵ y no sólo para instalar una interpretación sino también para “motivarle reacciones convenientes”. Sostenido el proyecto mediando incisiones permanentes, aquél sería capaz de adoptar “la conducta prevista sin que busque en sí mismo ninguna razón del por qué actúa de ese modo”.³⁶

El problema mayor deviene de cómo se establecerá una relación entre el mensaje y la sociedad, dado que aquél no dependerá de acontecimientos como las elecciones o el día del informe de gobierno, sino que hablará apoyándose en hechos y realidades. Así, “advertida la temporalidad que tiene”, una de las dificultades mayores del proyecto, será la tarea de obtenerle a la propaganda “una residencia artificiosa, sutil” en el entramado de voces y medios.³⁷

Las lecturas de José Luis Mejías

El documento de gobernación no tenía bibliografía, pero los *Métodos...* de José Luis Mejías, de algún modo sí. Lejos de considerarse un iniciador en la materia, aunque sin duda podría serlo en México, reconocía a la propaganda como un arte “que se pierde en la noche de los tiempos”.³⁸ Y esgrimía una conciencia y un conocimiento, aunque no fuera más que superficial, de las técnicas de diversos pueblos antiguos sobre la necesidad de la exaltación política, que a mi modo de ver lo diferencia del trabajo de Gobernación.³⁹ Mejías no imagina como si estuviera solo ante la realidad de México, sino que nos dice que muchas de sus reflexiones provienen de “los estudios de publicidad política realizados por el profesor de la Universidad de Princeton, Harwood L. Childs, por el profesor William Albig y por el célebre psicólogo y profesor de la Universidad de Cambridge, F. C. Bartlett”.⁴⁰ Ha seguido también, otros trabajos “sobre el tema de la propaganda política publicadas en el III

³⁵ *Ibid.*, pp. 39 y 42.

³⁶ *Ibid.*, p. 38.

³⁷ *Ibid.*, p. 39.

³⁸ Mejías, *op. cit.*, p. 9.

³⁹ Y especialmente de la interpretación de Rodríguez Munguía del hombre que imagina creando en solitario una teoría del control político.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 5.

Reich y en la Rusia Soviética”.⁴¹ Ya en el interior del texto, no habrá referencias puntuales a las obras que ha leído, ni siquiera de los autores mencionados. Sin embargo, la mención de Albigh, Bartlett y Childs, puede considerarse un arribo de las tradiciones sajonas de estudios sobre la propaganda a México y América Latina. Y por supuesto, produce una invitación a pensar sobre estos problemas, revelándonos que aun cuando estos asuntos no fueran parte de los debates que se le presentaban a la opinión pública, existían, y respondían a preocupaciones de las elites de varios países, aunque analizamos a la de México.

William Albigh fue uno de los académicos norteamericanos que, a partir del folklore y las formas tradicionales de la memoria colectiva –como los refranes y proverbios– se propuso una teoría general de la *opinión pública*. Trató de caracterizar a las principales fuerzas configuradoras de los mensajes, tradicionales y modernos, intervinientes en los procesos psicológicos sociales. Había querido captar la relación entre los refranes y las conductas, pues advertía sus funciones de regulación en el sentido común. También le interesaron métodos institucionales, como los libros escolares alemanes, por su capacidad para producir cambios de actitudes en los infantes. Los periódicos, la radio, *the movies*, y hasta la televisión... eran objeto de un análisis más bien configurador del campo de los *mass media*. Pero quizá algo llamativo del tipo de análisis que representa Albigh, probablemente tomado de la antropología, fue su inclinación a la visualización de la narración popular, y sus efectos en el imaginario social. Entre esas formas de expresión, la caricatura o el muralismo –de Mickey Mouse a Diego Rivera–, le parecían sitios de análisis por su capacidad de condensar adhesiones, simpatías y, especialmente, por permitir la organización del pensamiento colectivo, pese a la proverbial volatilidad de los discursos populares. Su trabajo más general tenía más de veinte años al momento de publicación del libro de Mejías.⁴²

⁴¹ *Ibid.*, p. 9.

⁴² Uno de los trabajos centrales de Albigh es *Public Opinion*, de 1939. Entre sus artículos, se encuentran “Proverbs and control social”, de 1931; “The content of radio programs. 1925-1935” de 1938; y “Two decades of opinion study. 1936-1956”, de 1956. La teorización se expresa en acontecimientos concretos y de la época, como el de la censura de Diego Rivera en el centro Rockefeller, a quien en palabras de E. Ross, se nos presenta cómo “such art can be powerfully influential providing social symbols, emphatizing types, kindling simpaty and arousing emotional response”. Su censura, dice el autor, es comparable a la que los “autoritarismos modernos” hacen de Mickey Mouse. Cfr. Albigh, 1939, p. 414.

Frederik Charles Bartlett, en cambio, es un ejemplo de la profundidad de los estudios interdisciplinarios de la primera mitad del siglo. En este caso, el de la fusión de la mirada psicológica con las situaciones de corte antropológico y, especialmente, los efectos de los esquemas, convenciones y creencias en la comprensión de las personas. Las preocupaciones de Bartlett –el único que había sido traducido en México–,⁴³ iban desde las ilusiones perceptivas, producidas por el folklore y el cuento popular, hasta la producción sofisticada y técnica de la propaganda política. Precursor de los estudios sobre la memoria –como recuperación, reconocimiento y recuerdo– Bartlett también suele ser considerado como uno de los primeros exponentes de la *filosofía mental*. Sus preocupaciones parecen haber empezado en el complejo proceso de convencionalización cultural, ya que luego fueron centrándose en la función de las imágenes, los efectos de la repetición, las emociones y los sentimientos en el pensamiento social.⁴⁴

Los trabajos de Harwood Laurence Childs, por último, habían girado alrededor de la idea de grupo político, burocracia y departamentos gubernamentales y, por supuesto, atravesados por el problema de las relaciones públicas y la comunicación. También estudió el uso que el gobierno alemán le había dado a los textos escolares gratuitos y, en los mismos años que Albig, se ocupó de definir todo aquello que intervenía en la formación de la opinión pública: prensa, radio y *cinemascope*. Fue fundador y director de la revista *Public Opinion Quarterly*, que desde 1937 la universidad de Oxford publica sobre el tema, y en la que Harold Laswell era una de las figuras convocantes.⁴⁵

⁴³ Bartlett, *La propaganda política*, 1941.

⁴⁴ Entre los trabajos de Bartlett, se encuentran *Transformation arising from repeated representation: a contribution toward an experimental study of process of conventionalization*, 1916; *Psychology and primitive culture*, 1923; *Remembering: a study in experimental and social psychology*, 1932 [traducción al español, 1995]; *The problem of noise*, 1934; y *Thinking*, de 1958. En estos análisis se observan las diferentes aproximaciones sobre las percepciones y las naturalizaciones –del primer Bartlett, muy ligado a la antropología, y cerca de su maestro William Rivers–. Un análisis de la obra de Bartlett explica la relación con Rivers, el primero en teorizar sobre los procesos de convencionalización primitiva. Cfr. Rosa y Brescó, “F. C. Bartlett, una antropología desde la psicología experimental”, 2005. Luego aparece el Bartlett dedicado a temas dilectos de la epistemología y la historiografía, pues le interesan la memoria y las imágenes en los modos de construcción de conocimiento y creación de parámetros de pensamiento. En búsquedas en bases de datos académicas he localizado algunos artículos que pueden dar más luz a los temas de interés que pudieron haber estado en manos de Mejías: “Is thinking merely the action of language mechanism?”, 1920; “The functions of images”, 1921; “Feeling, imaging and thinking”, 1925; y “The relevance of visual imagery to the process of thinking”, 1927.

⁴⁵ Algunos de los trabajos de Childs son: *Politics and people*, *The order of self-government in America*, 1898; *Guide to the study of public opinion*, 1934; *Propaganda and Dictatorship, a collection papers*, 1936; *A nazi*

Un nuevo oficio para las oficinas: la artesanía de la emoción

Sin mayores alusiones contextuales, Mejías advertía que si bien “el partido político en el poder (PRI) destaca como un gigante entre pigmeos”,⁴⁶ es cierto que “el grupo en el poder sabe...” que allí donde son numerosas las probabilidades de división, la posibilidad de un rompimiento serio es mínimo, y que en cambio “donde las posibles líneas de división son pocas, puede el grupo estar en verdadero peligro de un deterioro completo”.⁴⁷ El análisis más crítico sobre las amenazas al régimen, las hace Mejías, sobre todo por el hecho de que los cambios tecnológicos ya afectan a la población, pues también “los grupos sociales que componen una nación” tuvieron, hasta “hace poco tiempo todavía, medios de comunicaciones escasos, incómodos y lentos”. Por lo que habrá que considerar que también las sociedades sacan provecho de los medios tecnológicos, y si el aislamiento era una fortaleza para su control, hoy se ha vuelto “virtualmente imposible mantener las barreras que antaño separaban a los grupos de hombres”.

Al incrementarse el contacto y el intercambio de ideas entre diferentes grupos de la sociedad contemporánea, ningún cambio político, social, económico o cultural de importancia puede tener lugar en un sitio, entre un grupo, sin que inmediatamente influya en el pensamiento y en los actos de grupos lejanos.⁴⁸

Además, hay muchas razones por las que la población o bien produce sus interpretaciones, o no acepta las que se le busca imponer. Dada la naturaleza de los cambios tecnológicos y, sobre todo, de la aparición de nuevas tecnologías, el documento de gobernación alertaba sobre las dificultades que implicaría “penetrar la indiferencia del sujeto”.⁴⁹ Cualquiera sea la situación, decía Mejías, es vital que las comunicaciones usen herramientas diferentes a las que se han venido utilizando, la explicación racional, la exposición de las ideas de los miembros del gobierno... habrá que adaptar los mensajes según los conocimientos de “la psicología de las emociones”. Y así como es necesario que se aprovechen los “muchos

primer, official handbook for schooling the Hitler youth, 1938; y An introduction to public opinion, 1940.

⁴⁶ Mejías, *op. cit.*, p. 18. Cuando Mejías escribe esto, el PRI ha vivido varios conflictos sindicales (ferrocarrileros, campesinos), y enfrenta la gestación de nuevos partidos locales.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 20.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 9-10.

⁴⁹ Rodríguez Munguía, *op. cit.*, pp. 38.

trucos para estimular la emoción popular”, también habrá que comprender que la sociedad tiene una subjetividad que puede volverse un territorio inexpugnable. Para esos casos, será necesario *naturalizar* alguna interpretación alternativa.

La psicología de las emociones, es algo que se encuentra todavía en su fase inicial, pero está perfectamente comprobado que las emociones violentas aparecen cuando un acto que es natural, que se considera natural, es reprimido o amenazado.

Vaya un ejemplo: el Departamento del Distrito Federal ordenó acabar con todos los vendedores ambulantes, aún en las colonias más apartadas.

Pero resulta que, justamente...

El comercio es considerado como natural por la mayoría de la gente...

Si el Departamento del Distrito Federal hubiera condicionado al pueblo, por medio de una campaña publicitaria, pero que tuviera como antinatural el vender mercancía en la vía pública, tal y como lo hizo en el caso del comercio ambulante del primer cuadro, la medida no hubiera encontrado oposición por parte del pueblo.⁵⁰

Para Mejías, la naturaleza como estado activo, expresa dinámicas que pueden ser orientadas en tanto se movilizan los “afectos, lealtades e impulsos constructivos que tienen su origen en sucesos contemporáneos”.⁵¹ En este sentido, los hechos concretos adquieren una nueva dimensión, pues la sugestión, y esto es clave en la argumentación, no se construye sólo a partir de una retórica positiva. Pues “sin actos que la apoyen, la propaganda política no pasa de ser un simple verbalismo que crea ilusiones peligrosas en la masa”, se aceptaba en el documento de gobernación.⁵² Ambos proponían entonces que se constituyera un sistema de comunicaciones creíbles, y por ello Mejías aconseja la creación de “un servicio de noticias digno de confianza”, pues según su visión, “sólo las noticias pueden dar a la propaganda su carácter concreto”.⁵³

Mejías considera fundamental que el sistema de propaganda se distancie de la idea de que debe producir la interpretación junto con las noticias. Pensaba que “la eficiencia” del mensaje dependía “más que nada, de la oportunidad y capacidad del propagandista para prever el futuro y prepararse con tiempo”, narrando sobre la información veraz. En este sentido, el modo en que Mejías también apoya el concepto de propaganda no incidental, es a través de la consideración de que la propaganda a “largo plazo es más fácil”. Pues

⁵⁰ Mejías, *op. cit.*, pp. 28-29.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 7 y 25.

⁵² Rodríguez Munguía, *op. cit.*, p. 38.

⁵³ Mejías, *op. cit.*, p. 43.

consideraba que el “arte y el secreto de su éxito reside en colocarse un poco por encima de las formas populares de expresión”, así como sobre acontecimientos reales, probablemente a través de un andamiaje conceptual.⁵⁴ Según Mejías el discurso de adhesión debe estar donde están los destellos emocionales de la sociedad, su propio lenguaje artístico, sus problemáticas dilectas, incluso las diferentes formas de oposición real, etcétera.

Además, puesto que las emociones, para lograr efectos prácticos, tienen que relacionarse con objetos concretos, no se sugerirá simplemente una oposición, sino la oposición de ciertos grupos o determinadas personas. “Ved lo que hemos hecho. Qué más habríamos podido hacer si no hubiéramos tenido que enfrentarnos a fulano”.

Para cada tópico positivo hay, declarado o implícito, otro negativo. El propagandista político debe destacar el aspecto negativo. Por varias razones. Hay en el pensamiento social una preferencia inherente por los aspectos negativos... Los psicólogos aseguran que es más fácil rechazar una declaración positiva que una negativa. Además, la crítica negativa considerada simplemente como un ataque de alguna autoridad constituida, puede considerarse como una diversión que encierra en su fondo una serie de motivos oscuros relacionados con un antagonismo a la autoridad.⁵⁵

A partir de estos años, seguramente podrían hacerse muchos estudios sobre los procesos de tecnificación de la tarea de gobierno. Mejías hace una propuesta de una rama entera del proyecto político, que implicaba cientos de personas contratadas con fines específicos y con cualidades técnicas diversas. Esto implicaba, además, un desplazamiento de quienes no podían desempeñar la tarea, porque “ni su inteligencia, ni su cultura, ni sus conocimientos en la materia los hacen deseables”. En este sentido, se proponía un cambio que implicaba deshacerse de aquellos que “no comprenden ni la teoría, ni la dialéctica, ni la dinámica de la política del grupo en el poder”, sobre todo aquellos que al ser “partidarios tibios”, aprovechan el lugar en el que están para sus propios intereses, lo que parece ser esa una de las características de los propagandistas de ese momento: “intrigan, hacen componendas y se tornan políticos convenencieros”.

En ese nuevo escenario también debía redefinirse el ideal del buen propagandista del régimen: debían aceptar la premisa de que la política le es “dada”, y que su única tarea es la de “decidir cuál de los medios de que dispone es mejor para lograr los resultados”. No decidir ni intervenir según su propio criterio o necesidades. Su destreza sería la del “uso diario del lenguaje y de las otras formas o diferencias de cultura práctica que comprendan

⁵⁴ *Ibid.*, p. 35.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 29-30.

ese uso diario”, y a la vez, profuso en el dominio de géneros literarios y tonalidades discursivas:

El propagandista debe ser capaz de tomar un tema y escribir sobre él: 1) como si estuviera escribiendo un libro; 2) como si estuviera escribiendo un artículo para el periódico especializado; 3) como si estuviera escribiendo un editorial, para un periódico muy autorizado o para un periódico popular; 4) como si estuviera preparando un discurso ante un público muy numeroso; 5) como si fuera a decirlo por radio; 6) como si estuviera dando cuenta de una conversación real. Cuanto más pueda variar su técnica con éxito, siguiendo la transmisión de la misma idea, será mejor...⁵⁶

Así como las posibilidades eran inmensas y el panorama prometedor, también parecía difícil poner en marcha este proyecto. Mejías advierte, que por supuesto faltan “hombres debidamente preparados en el arte de la publicidad política”, lo que puede hacer fracasar el intento de renovación de la imagen del gobierno.⁵⁷ No dice cuántos hombres se deberían preparar, pero sí que el proyecto político es más importante que el de la publicidad comercial, y que “según un estudio del Banco de México, en 1961 se gastaron mil 500 millones de pesos –1,2 % de la renta nacional– en anuncios comerciales, utilizando los servicios de más de tres mil personas, muchas de ellas perfectamente adiestradas”.⁵⁸ Con la seguridad que tenía sobre la pertinencia de su proyecto, repetía con sarcasmo: “1,500 millones gastados en tratar de convencer al público para que prefiera tal o cual cerveza”. Recursos que sirvieron, al menos, para la contratación de los “dirigentes propagandistas, técnicos y profesionales en la materia, que utilizaron a pintores, dibujantes, periodistas, artistas que los ayudaron en su labor de convencimiento”.⁵⁹ Pero cuánto más debería invertirse para la sublime tarea de “despertar la conciencia social, en obtener la participación activa del pueblo” en el presente, en apoyo al proyecto del grupo en el poder. Cuánto más habría que invertir “en combatir a las facciones que intentan llevar a la nación a extremos inconvenientes”.⁶⁰

⁵⁶ *Ibid.*, p. 40.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 39.

⁵⁸ A su vez, nada comparable con los “más de 450 millones de pesos gastados en Venezuela [durante ese mismo año]: 60 pesos, aproximadamente, por habitante”, Mejías, *op. cit.*, pp. 37 y 13.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 37.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 38.

Cómo lo que sucedería en los años siguientes sería el enfrentamiento entre el gobierno y estudiantes, me gustaría dedicar unas líneas finales acerca de lo que Mejías consideraba vital para que las comunicaciones tuvieran un efecto en el tiempo, es decir, “un marco de emoción”.⁶¹ Ese marco de emoción podría ser el año de 1968, aunque deberemos comprobar si habría un proyecto narrativo en curso que implicara aquella recomendación de Mejías de *prepararse con tiempo*. Por lo menos, adelantándose a los dilemas específicos de la revuelta estudiantil. Por ello, quizá una clave del documento de gobernación estuviera en la descripción de cómo controlar a los sectores ilustrados.

Este documento ya había planteado su estrategia de que el mensaje alcanzara “calidad de arte”, aún más cuando se propone “manejar ciudadanos libres, capaces de resistirse”, como podían ser los sectores ilustrados y urbanos que en esos años disientían con el rumbo político. El autor consideraba uno de los desafíos mayores el de impactar en “sectores antagónicos en cultura, ámbito moral, economía”. Su principio era que “todo hombre es sujeto de propaganda”, pero los mensajes para los sectores más ilustrados deberían especialmente adaptar su lenguaje y, por supuesto, priorizar para “los núcleos mejor capacitados... todas las formas de la palabra escrita”.⁶²

Mejías piensa que se trata de un sector al que el régimen le tiene un temor irracional y que, por el contrario, debe atreverse a trabajar con él: “empezar por atraerse un núcleo de intelectuales, de pensadores, de periodistas, que crean sinceramente en la bondad de las doctrinas que sustenta la revolución mexicana”. Cree que el partido debe aprender de la experiencia rusa, cuando los líderes de la revolución comprendieron que en lugar de hacer del círculo politizado una arena de debates, debía asignársele una tarea de concientización nacional “a través de la minoría ilustrada”. Aprender del hecho de que aquellos lograron que esa “pequeña masa de los intelectuales, de los educados”, se encargara de “inculcar en la gran multitud de analfabetas, los nuevos hábitos y las opiniones nuevas”.⁶³ Es decir, el

⁶¹ *Idem.*

⁶² Rodríguez Munguía, *op. cit.*, p. 43.

⁶³ “Sobre todo, los propagandistas han de ser personas convencidas y con fe en su destino. Un pequeño número de discípulos de Jesús de Nazaret, sin contar con los más rudimentarios medios de difusión que existen en el mundo moderno propaló la buena nueva de boca en boca y las ideas sociales y la doctrina de Cristo se expandió incontenible por el mundo [...]”. Mejías, *op. cit.*, pp. 42 y 43.

aprendizaje suponía encontrar también un plan de inserción para los jóvenes y sectores rebeldes.

Contexto literario

El libro *Métodos de publicidad política* consta de apenas 48 páginas, incluida su portada y contratapa. Además del título y el nombre del autor, aparece como posible editorial el nombre de Ciencias Políticas y Sociales. Ante la posibilidad de que se tratara de una monografía o tesis universitaria, acudí a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, pero no encontré rastros de Mejías ni de su producción. Lo analizaré entonces, como si fuera su primer lector. *Métodos de publicidad política*, nos ofrece, a mi entender, una muestra de las nuevas ideas que circulaban hacia 1963 en la ciudad de México acerca de la naturaleza de los públicos de la radio y la televisión, y de sus poderosos efectos.

Posiblemente no fueran ideas nuevas, pero Mejías creían que lo eran. Ideas novedosas en términos de que las transmisiones eran técnicamente nuevas –sobre todo la televisión–, como nueva era la perspectiva de uso que se ofrecía para regular las opiniones, predisposiciones y actitudes de los ciudadanos. Para la poco estudiada tradición de la propaganda en México, el trabajo de Mejías puede ser una ilustración de las apropiaciones o, cuando menos, de la circulación de las ideas sobre la opinión pública, que empezaban a aparecer entre el grupo en el poder.

Encontré a *Métodos de publicidad política* en la ciudad de México, entre libros viejos de comunicación.⁶⁴ Buscaba algo que me permitiera distanciarme de la idea que Jacinto Rodríguez Munguía se había formado sobre el documento de gobernación que llamó *La tiranía invisible*, como un trabajo único. Sobre todo porque eso significaba poner en tela de juicio la hipótesis sobre esta coyuntura en el marco de una época de transformación de la narrativa política, y como un momento de reconceptualización de los medios y los

⁶⁴ Encontré el texto en la librería de libros usados, *In tlili in tlapalli*, a media cuadra del sitio donde escribo estas líneas. Eso me lleva a pensar que debe haber muchos otros textos similares. Sin embargo, aunque busqué una copia en las grandes bibliotecas de la ciudad de México, entre ellas la biblioteca Cossío Villegas, e incluso en la de la facultad de ciencias políticas de la UNAM, no encontré otro ejemplar.

ciudadanos, desde la política.⁶⁵ La presencia de Mejías en esas librerías me permitía mostrar que en el caso mexicano, cuando menos, en esos años proliferaban los jóvenes que trataban de fundar un oficio en el presupuesto gubernamental a partir de la práctica de la propaganda o las relaciones públicas. Su visión era clara, casi como advertencia: “el grupo en el poder tiene la posibilidad de hacer de la publicidad política” un arma, puede obtener con ella “una mayor colaboración activa de las masas... pero no lo hace”.⁶⁶

De José Luis Mejías se sabe que trabajó en periódicos y publicó varios libros, siempre cerca de los gobiernos priistas de esos años, aunque no tengo evidencias de que trabajara para la Secretaría de Gobernación, aunque sí que generó polémicas y trabajos de diferente tipo.⁶⁷ Es interesante advertir que, en el mismo momento que Mejías publicó su trabajo, salió el primer libro del publicista español en México, Eulalio Ferrer: *Enfoques sobre publicidad, un tema de nuestro tiempo*. A diferencia de la edición privada, engrapada y cuasi secreta de Mejías, la de Ferrer proviene de una editorial de prestigio, tiene tapas duras, y un prólogo de Salvador Novo que contribuye a su posicionamiento en la élite comercial de México. Mientras un discurso necesita moverse con sigilo y en penumbras, el otro necesita de la difusión masiva. Y por supuesto, con los años, Ferrer sería considerado

⁶⁵ Rodríguez Munguía dice que “ya había tenido encuentros con textos que me sorprendían, ensayos y estrategias desde el poder sobre y de los medios, pero un texto que delatara esa posibilidad a un nivel más allá de la práctica, y más cercano a la inteligencia a partir de la fina elaboración de teorías y conceptos, nunca creí que aparecería”. *Op. cit.*, p. 37. Ante estas argumentaciones creí necesario contextualizar las teorías sobre el poder y los medios como un debate que tiene un largo recorrido. En este sentido, la segunda idea tiene que ver con la autoría de estos textos, y se expresa en el hecho de que quizá funciona bien como metáfora su imagen de un “personaje sin rostro, sin nombre” que “hurga en su mente” y “escribe, solo”. *Ibid.*, p. 35. Esto me parecía históricamente cuestionable, pues el autor de este texto estaba para mí más cerca del copista que del escritor que “destroza la oración”, tal como podría ser yo mismo, o el propio Rodríguez Munguía.

⁶⁶ Mejías, *op. cit.*, p. 27.

⁶⁷ Entre sus publicaciones cabe mencionar *El nuevo rostro de la revolución*, 1969; *¿A dónde vamos? Siete entrevistas reveladoras*, (Jesús Reyes Heróles, Fidel Velázquez, Robert Kennedy, Heriberto Jara, Amado Sócrates Campus Lemus, Alfredo Navarrete, José Thiago), 1972; *Los EUA contra la política exterior de Luis Echeverría. Habla con rudeza el líder del senado yanqui Mike Mansfield*, 1975. En la década del ochenta escribió en el periódico Excelsior la columna Los Intocables. Héctor Aguilar Camín, que algo sabe sobre estos círculos periodísticos ligados al poder, se quejó amargamente de un ataque de aquél a Alfredo del Mazo, entonces gobernador del Estado de México. Para Aguilar Camín, en ese entonces, Mejías era una especie de difamador. Además, consigna, había aceptado públicamente haber recibido una gasolinera del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Cfr. Aguilar Camín, “José Luis Mejías: la profesión y la bajeza”, revista Nexos 1/11/1981 (versión electrónica: <http://www.nexos.com.mx/?p=3938>, consulta enero 2014).

el introductor de la publicidad en México, mientras que sobre Mejías existe un cuidadoso olvido.⁶⁸

Separan a estos textos los universos que pretenden abarcar (publicidad comercial y política), sus ideas sobre la naturaleza del oficio que quieren fundar en México y obviamente, los métodos que reseñan. Los une el hecho de que ambos se preguntan por la subjetividad social mexicana desde la preocupación por encontrar fórmulas de aceptación. Los diferencia el tipo de servicio que brindarían cada una de estas herramientas, el tipo de cliente. Mientras uno se presenta como un “instrumento natural de la expansión económica”,⁶⁹ el otro serviría para “influir en la opinión y en las conductas sociales”, para que “una gran masa” de la población “se interese, apruebe y apoye”.⁷⁰

Mientras uno parece provenir de la “fuente de renovación de las actividades al servicio del hombre”, en “la salvaguardia de la libertad” colectiva, como cree Ferrer; el otro pretende la continuidad política del régimen. De esta visión proviene la esperanza de Novo de dar con una publicidad “que convenga a un país cuya raíz indígena aflora en singularidades de carácter.”⁷¹ Mejías se propone un uso diferente, puesto que considera que la propaganda “despierta el orgullo, la lealtad y el amor para su partido;” que a través de ella, el grupo en el poder “esparce su versión de la historia”.⁷² Mientras Novo y Ferrer creen que el individuo tiene un sector inexpugnable y libre de su ser, cultural o pasional, por ejemplo; Mejías piensa lo contrario, que la propaganda vuelve a la gente accesible y gobernable.

El debate sobre la autonomía o dependencia de los individuos de los mensajes publicitarios, y en última instancia, de los mensajes sobre la entelequia de la cultura nacional, nos muestra una diferencia de criterios interesante. Es cierto que era común que los estudios de la publicidad afirmaran aquello que Novo defiende en Ferrer cuando ve en él a un hispano culturalmente más cercano que aquello que viene de los Estados Unidos. Como si

⁶⁸ Eulalio Ferrer, *Enfoques sobre publicidad, un tema de nuestro tiempo*, 1964. Al menos eso demuestran trabajos sobre la trayectoria de Ferrer, como el de Marta Rizo y Tanius Karam: “Eulalio Ferrer y sus aportaciones a la comunicología mexicana”, 2005.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 11 y 90.

⁷⁰ Mejías, *op. cit.*, p. 7.

⁷¹ Eulalio Ferrer, “Prólogo” de Salvador Novo, p. 11.

⁷² Mejías, *op. cit.*, p. 29.

suavizaran el efecto de la guía que caracterizaba al proyecto publicitario. En todo caso, se defendían ambos, la publicidad “se redujo a tecnificar” lo que “ya era función de la naturaleza: seducir, lucir, convencer, siempre en un marco cultural establecido”.⁷³ Más allá del “halo mágico” de los efectos publicitarios, agrega Ferrer que existen “principios y bases que demuestran el carácter incontrolable, en su mayor parte, de los impulsos que llevan a la gente a comprar y preferir”.⁷⁴ Como se ha dicho antes, Mejías creía que no se pueden violentar percepciones, que serían por supuesto incontrolables en ciertas situaciones, pero si naturalizar interpretaciones.

Otras diferencias devendrán de los instrumentos, problemas y dinámicas fundamentales de los asuntos que les interesan. Por ejemplo, a Mejías le preocuparían algunas de las “cuestiones más debatidas”, que para él era el problema del empleo “para fines publicitarios, de la verdad y de la mentira”. Advierte que en este tema, el debate se polariza entre quienes defienden la verdad como esencial y los que avalan el uso de la mentira con el argumento de que “sólo aquellos métodos que ayudan a asegurar la dignidad y la libertad de la nación son buenos y hermosos”. Y agrega, como revelando que para el publicista la dificultad no es moral sino siempre técnica, pues entre una posición y la otra “la diferencia no es ética, sino estrictamente psicológica”.⁷⁵ Así, es un problema narrativo construirle a una mentira un sistema de símbolos estables y apropiados para lograr efectos. La complejidad del arte de engañar supone estar “razonablemente seguro” de que “no descubrirán su mentira”. Puesto que si se descubre, “es seguro que se desacredite, hasta cierto punto, la futura propaganda de ese origen”, haciendo tambalear el sistema de propaganda y hasta tener que cambiar los medios empleados.

Una mentira que nunca se descubre tiene el efecto de la verdad. Una mentira que no se descubre durante un largo tiempo es posible que pueda tener el mismo efecto que la verdad [...] Si la mentira se utiliza en su aspecto más negativo, la calumnia, servirá para desacreditar a aquél o aquellos en contra de quien está dirigida, en la misma medida en que las masas estén predisuestas, por detalles ya conocidos y ajenos a la calumnia, a creer en ella.⁷⁶

⁷³ Eulalio Ferrer, *op. cit.*, pp. 10 y 90.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 66.

⁷⁵ Mejías, *op.cit.*, pp. 34-35.

⁷⁶ *Idem.*

La víspera de 1968

Hasta aquí el pequeño debate sobre la utilidad de los medios de comunicación desde la política y desde el Estado, un momento en que la sociología y los textos académicos impactaban en los círculos políticos. Me propuse cambiar los antecedentes de los episodios y textos que analizaremos en el capítulo siguiente, que giran alrededor de la construcción del movimiento estudiantil como el enemigo interno de la nación. La elección de los elementos que se incluyen aquí, de algún modo, suponen mi interpretación de las enseñanzas de 1968. Debo disculparme ante el lector por haberlo hecho tropezar con debates anteriores a 1968, para pensar este momento como hecho literario. Pero el “debate” del que forman parte aquél escritor anónimo y Mejías, es una buena forma de acceder al 1968 que tan hábilmente trataría la narración gubernamental. De alguna manera, este recorte aísla mi interpretación sobre algunas claves del pasado mexicano posteriores a él, según la tarea de gobierno específica de representar los actos políticos. El movimiento estudiantil, la masacre de Tlatelolco del 2 de octubre, la disidencia existente frente a los gobiernos de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez, principalmente; todos podían ser parte de esos acontecimientos que se le imponían al sector gubernamental, y que le demandaban poner en práctica las principales recomendaciones surgidas en este debate. Mi interés de introducir de este modo al problema de *la historiografía oficial de 1968*, supone un cambio en la manera de concebir los modos para construir consensos circunstanciales o de obtener consentimiento a las acciones de gobierno. Sobre todo porque se trata de un momento en que los llamados medios electrónicos no habían logrado instalarse tanto como los debates que les precedían, pese a que la televisión en color había nacido en 1963 y en 1968 se haría en México por primera vez una transmisión satelital con motivo de las Olimpiadas.

Mejías representa una visión de época, una mentalidad, que hace al surgimiento en la región de la comunicación política.⁷⁷ Quizá la palabra nacimiento no sea tan imprecisa si

⁷⁷ Cuando digo mentalidad, evidentemente, tengo presente la discusión de historiadores como Le Goff, Duby o Ariès, que defendieron la necesidad de ampliar las historias económicas y sociales hacia las atmósferas mentales, pese a todas las ambigüedades e inestabilidades existentes en ellas. En el caso mexicano, existe por

consideramos que todos sus antecedentes –comparados con la fuerza que desarrollaría después– pueden considerarse gestacionales... al menos en México. Más allá de las referencias que el propio Mejías se construyó, hay que considerar que la implantación de un nuevo modelo de comunicación política estaba siendo la gran transformación del momento y, sin duda, sería la práctica que más espacios técnicos en el gobierno consolidaría en el tiempo. Y lo haría en la dirección que nos advirtiera Wright Mills, en la consolidación de una maquinaria capaz de atomizar a través del uso de los símbolos áreas poco dóciles, fragmentando al público y desmontando del imaginario los vínculos sociales. Una maquinaria que a partir del uso del arte, la ciencia y el conocimiento, no sólo sería capaz de moldear los términos del debate público, sino también incidir en la elección de los comportamientos políticos.

El año de 1968 no el único momento en que la élite mexicana se propone definir la naturaleza de los actores y de las circunstancias políticas nacionales. Sin embargo, éste constituye una suerte de eslabón perdido de la historia de la comunicación política en el país. La extraordinaria cantidad de dispositivos del discurso oficial, sus rudimentos y hechuras, muestran el grado de importancia que la comunicación tuvo para aquél régimen hoy antiguo. Por añadidura, estos hechan luz sobre las prácticas policiales, militares y burocráticas implicadas en el arte de la representación historiadora. Y alertan sobre las dificultades de interpretación del pasado en tanto los horizontes de enunciación de los actores no se identifican. La presencia de estos dispositivos, por supuesto, revela un espacio técnico que resulta poco visible, pese al volumen de recursos humanos y financieros implicados en ellos.

otro lado un debate acerca de las *mentalidades* en pugna en 1968, y las ideas que dejó el conflicto. En 1968 “la vieja mentalidad permanece”, dice Eduardo Valle, el régimen está anclado en la explicación de la “conspiración comunista”. Cfr. Valle, *El año de la rebelión por la democracia*, p. 197. Espero demostrar aquí por qué no creo que existiera una mentalidad del régimen en esos términos, aunque sí, es importante el recorte de los actores propuesto por Valle.

Capítulo 2

La historiografía oficial de 1968

De la revolución a la obediencia, una introducción

La institucionalidad del México político de los últimos años destaca entre las historias de los países latinoamericanos contemporáneos. Mientras otros vivieron sangrientas interrupciones militares en las décadas de los sesenta y setenta, México mantuvo su traspaso de poder sexenal, civil, con un sistema de elección directa, no exenta de conflictos, pero que generó en las mayorías la idea de que el sistema funcionaba con sus reglas políticas. Esta diferencia histórica en la organización del poder formal no alcanza para ocultar similitudes de época; entre ellas, el de un sistema represivo en esos mismos años. Quizá por esta extraordinaria institucionalidad, en muchos momentos autoritaria, el modelo mexicano -como en los últimos años el chileno-, se ha transformado en objeto de estudios de las organizaciones internacionales. Creemos que esto se debe al éxito de funcionamiento de sus mecanismos de control social, una de las hipótesis explicativas de la continuidad de la élite política priísta. Los oficios narrativos que describiremos aquí son parte de este momento del gobierno, que por la consolidación de la tecnología de las oficinas, me gusta llamar *oficinal*.¹

Para 1968, la familia revolucionaria priísta, especialmente el grupo en el poder, ya había sofocado con éxito varios conflictos sociales. Creo que está muy difundida la idea de que la mayoría de ellos adquirió dimensiones policiales cuando los mecanismos de control existentes se volvieron ineficaces. Por supuesto, y como corresponde a una historia de predominancia política autoritaria, la suma de los controles se sentían ineficaces mucho antes de que los grupos disidentes se acercaban a la toma del poder real, o por lo menos

¹ Uso el término para explicar la palabra *oficial* en tanto proveniente de oficinas, forzando una lectura literal de la palabra *bureaucratie*, como el gobierno de los escritorios.

cuando aquél los veía como una amenaza. Para 1968, la llamada guerra fría impulsada por los gobiernos republicanos norteamericanos había logrado instalar un discurso anticomunista que varias élites seguirían, lo que le ofrecía a los gobiernos de México –y en general a otros gobiernos conservadores de la región– un escenario narrativo para explicar la presencia de enemigos internos y la necesidad de su eliminación. Lo que nos interesa, es que para 1968 –año considerado por unos como del nacimiento de la conciencia democrática– México estaba gobernado por una élite que había ensayado muchas maneras de contener a la disidencia, pero aún iba a vivir la guerra de esquinas y palabras más grande de la segunda mitad del siglo.

El conflicto ferrocarrilero en los primeros años del gobierno de Miguel Alemán, veinte años después, produjo algún grado de comprensión por parte de los obreros sobre los mecanismos de control gubernamental. Dicho conflicto, junto con el que vivió en el mismo momento el sindicato petrolero, marcan el nacimiento del sindicalismo charro, la creación de nuevos sindicatos y el estreno de la oficina de seguridad recomendada por los Estados Unidos: la Dirección Federal de Seguridad.² Además, este conflicto trajo la aplicación de una ley creada bajo el auspicio norteamericano y su idea de un sistema de defensa continental para encarcelar a los dirigentes que, en ese momento, desafiaran al gobierno, promoviendo “programas o normas de acción de cualquier gobierno extranjero”.³

Ea posible que los cambios en las políticas sociales a partir del gobierno de Manuel Ávila Camacho despertaran malestares de casi todos los sectores a los que Lázaro Cárdenas había dado esperanzas o algo que pudieran perder. Campesinos, obreros y estudiantes de todo el país comenzaron una etapa de enfrentamiento y descontento. Las décadas de los cincuenta y setenta estuvieron marcadas por luchas que, en su mayoría, mantuvieron cierta

² Un buen retrato de estos conflictos obreros puede leerse en Jorge Basurto, *La clase obrera en la historia de México. Del avalacamachismo al alemanismo (1940-1952)*, 2004. Sobre la aparición de la DFS, véase p. 221.

³ El delito de disolución social, conocido por su redacción en los artículos 145 y 145 bis, fue promulgado en 1941, tras una recomendación norteamericana del Segundo Congreso de Criminología Latinoamericana, realizado en Santiago de Chile ese mismo año. Estados Unidos empezó a presionar para a promulgación de leyes que en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, tal como lo haría durante la guerra fría, para que se castigara lo que se llamaba el *quintacolumnismo*. De la misma manera, “la práctica por agentes o simples individuos al servicio de potencias totalitarias” que atentaran contra la vida nacional o sus instituciones. La creación del delito de disolución atendiendo a lo discutido en dicho congreso, buscó “procurar una rápida solución represiva o preventiva y asimismo recomendó que al fijar la noción del delito político se observara un criterio subjetivo”, según Jorge Reyes Tayabas, en su *Estudio sobre los artículos 145 y 145 bis del Código Penal*, noviembre de 1968, apartado III.

independencia entre ellas. Algunas, como la del movimiento estudiantil, parecieron detonarse a partir del fin del apoyo al modelo de educación socialista, especialmente resistido en los planteles educativos más populares, como las escuelas rurales y los politécnicos. Otras tuvieron su origen en la cancelación de las promesas y, en algunos casos, los derechos rurales adquiridos, con el inicio de la burocratización del reparto de tierras. La mayoría de estos embates eran contra un Estado que ya era visto por el uso coercitivo de su aparato legal, la cooptación de dirigentes, la implementación de estructuras de mediación y el uso de la prensa.⁴

Había también otros sectores en crisis, o en los que ésta era inminente. En 1951, miles de mineros mexicanos se lanzaron en una caminata desde Coahuila hasta la ciudad de México, reclamando por el maltrato laboral de que eran objeto por la empresa American Smelting and Refining Company. Esta marcha se llamó, la “caravana del hambre”. Ese año nace la Federación de Partidos del Pueblo (FPP), que en seguida nutrirá las filas de un movimiento social que se conocería como *henriquismo*. En 1954, la operación *wetbach* de los Estados Unidos, regresa a un millón de *braseros* a un campo que agoniza. En 1955, una reforma de la ley de Crédito Agrario volvió ilegales a las Uniones de Sociedades Locales de Crédito Colectivo Ejidal. Esta reforma obligó a miles de ejidatarios a rentar sus tierras. El colapso algodonerero de 1956 dejó a 60 mil recolectores sin trabajo. La invasión de tierras se volvió habitual. En Chihuahua, la toma de tierras y la lucha contra caciques locales, son organizadas por la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), una de las tantas organizaciones civiles independientes.

En 1956, dos huelgas de estudiantes técnicos terminan con la intervención del ejército mexicano y la toma de las instalaciones del Politécnico Nacional. Con la toma del Politécnico el gobierno pudo presentar una acción represiva como un acto de justicia aclamado por la sociedad. La prensa oficial festejó la clausura del internado del Politécnico y el ingreso de mil 800 soldados en sus instalaciones.⁵ En 1960, Rubén Jaramillo organiza las invasiones de tierras usurpadas por “fraccionadores y acaparadores”, y ese año toma un

⁴ Pablo González Casanova era uno de los que se quejaban del “proceso de absorción permanente de los dirigentes campesinos y obreros a la dirección política de la burguesía”. Incluso creía que eso conduciría seguramente “al país al fascismo”. *La democracia en México*, 1965, p. 200.

⁵ Salvador Martínez Della Rocca, *Estado, educación y hegemonía: 1920-1956*, 1983, p. 207.

latifundio de más de 24 mil hectáreas que serán defendidas por seis mil campesinos.⁶ Ese será el año, además, de la creación de la Central Campesina Independiente (CCI), que produciría una transformación de las relaciones de los campesinos con el gobierno de la revolución institucional.

En esos años ya, el fraude electoral debía acompañarse de una serie de acciones para controlar el inmediato descontento posterior. Para las organizaciones que participaran en elecciones, los fraudes traían desmovilización, cooptación y, en ocasiones, reagrupamientos. En los casos que sucediera esto último, los gobiernos mexicanos optaron por una represión proporcional al éxito de las reorganizaciones. En 1961, el general Celestino Gasca encabeza un movimiento armado y debe considerársele uno de los resultados de la elección de Adolfo Ruiz Cortines a la presidencia de la República. El movimiento, enraizado en los conflictos campesinos, había apoyado por segunda vez a Henríquez Guzmán como candidato a la presidencia. Una ola de conflictos campesinos se desató en Veracruz, Chiapas, Oaxaca y Puebla, antes de la asunción del nuevo presidente. Adolfo López Mateos minimizaba ese levantamiento diciendo que era de ““algunas gentes que no llegaron a un centenar en todo el ámbito del país”; pero la revista Time, del 29 de septiembre de 1961, habla de 100 muertos y más del doble de heridos, así como de mil encarcelados provenientes de 50 ciudades de la República”.⁷

En 1962, una elección estatal marca el inicio de una de las etapas más violentas del país. La derrota electoral en el estado de Guerrero para los candidatos del PRI, fue para sus triunfadores, la Asociación Cívica Guerrerense, el comienzo de la represión sistemática. Su candidato a gobernador fue detenido la misma noche de la elección, junto a algunos simpatizantes y, unos días después, una manifestación en repudio a la crisis electoral, será tiroteada en Iguala, el 30 de diciembre. La Asociación Cívica Guerrerense comenzaría a

⁶ En Jaramillo se expresa –paradigmáticamente– el impacto que una contrarreforma puede tener en los individuos. Jaramillo luchó en la revolución, fue mentor y director de un ingenio, con el apoyo de Cárdenas, pero inmediatamente asume Ávila Camacho, es perseguido por su intransigencia en el manejo financiero del ingenio. Toma las armas, y tras una amnistía del propio Ávila Camacho, regresa a la vida civil. No obstante sigue siendo perseguido. Después de una larga vida de lucha es asesinado, en un momento de “buenas relaciones y diálogo” con el presidente Adolfo López Mateos. Es el creador del Partido Agrario Obrero Morelense (PAOM). Además, puede decirse que “representa la continuidad del zapatismo en condiciones sociopolíticas de la posrevolución”. Armando Bartra, *Guerrero bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande*, 1996, p. 90.

⁷ *Ibid.*, p. 89.

mutar: por un lado, en una efímera Alianza Revolucionaria Guerrerense Pro Gustavo Díaz Ordaz (AGR);⁸ y con el tiempo, en una asociación nacional.

En 1963, varios dirigentes de la UGOCM se entrevistan con Ruiz Cortines en la ciudad de Chihuahua. En dicho encuentro, campesinos y maestros rurales manifiestan los problemas del agro y denuncian la violencia con que los trata el gobernador del estado, el general Práxedes Giner Durán. Unos días después, uno de los dirigentes que había participado en el encuentro, Arturo Gámiz García, es detenido y encarcelado por la Policía Judicial del Estado, pero liberado a causa de la presión popular. Ese año, Salvador Gaytán Aguirre, también miembro a la UGOCM, gana la presidencia municipal de Cebadilla de Dolores como candidato del Partido Popular Socialista (PPS). Pablo Gómez Ramírez es candidato a diputado por el mismo partido. Gámiz decide apoyar la toma de tierras y la lucha electoral del PPS, que no tarda en decepcionar a muchos: Lombardo Toledano se decide por apoyar tácticamente a Díaz Ordaz. El 23 de septiembre de 1965, Arturo Gámiz y Pablo Gómez Ramírez mueren en el Asalto al Cuartel Madera, y se transforman en un símbolo del agotamiento de la lucha política pacífica, y como el inicio de la lucha armada para las organizaciones guerrilleras que se formarían después.

En 1967, dos masacres en el Estado de Guerrero complementan, para otros sectores, esta idea del fin de la lucha electoral. El 18 de mayo, un comando de la Policía Judicial del Estado intenta asesinar a Lucio Cabañas que estaba dirigiendo un mitin magisterial en Atoyac. A partir de ese momento, Cabañas formaría dos organizaciones, el Partido de los Pobres y la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, ya desde la sierra de Atoyac. El 20 de agosto en Acapulco, un tiroteo contra 800 campesinos que querían ingresar al local de la Unión de Productores de Copra de Guerrero, termina con 23 muertos. La masacre de los copreros coincide temporalmente con la decisión de Genaro Vázquez –que acaba de huir de la cárcel– de transformar la Asociación Cívica Guerrerense, en la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR).⁹

Para 1968 entonces, el PRI había vivido una serie de enfrentamientos y conflictos políticos. Y una y otra vez, ensayó respuestas para ese México –*impolítico*– que se organizaba contra

⁸ *PGR FEMOSPP*, capítulo V, p. 280.

⁹ *Idem*, pp. 287, 288 y 294.

las decisiones del partido. La mayoría de las veces, el grupo en el poder –como le gustaba decir a Mejías-, o el primer círculo del poder –como le llamaría Daniel Cosío Villegas-,¹⁰ logró hacer retroceder a los opositores. Sin embargo, muchas de éstas acciones –como lo sería la solución a la revuelta estudiantil- aumentaron el malestar social; e incluso, dotaron de nuevas banderas a los grupos que buscaba diluir. Lo que sucede en 1968, es que los estudiantes representan -por su grado de apoyo y visibilidad-, ese esperado choque de dos méxicos.

Antes que el poder político, los estudiantes le disputan al gobierno espacios sagrados. Pero eso acaba siendo más grave, pues le disputa la interpretación de los hechos, de los símbolos políticos del presente. Héroe y palabras cambian de usos y sentidos al caer en manos estudiantiles. Sucederá esto con la palabra revolución, con el zócalo como espacio prohibido, con Villa, Zapata y Morelos, con la paloma emblema de las Olimpiadas... Por eso el grupo en el poder sintió, quizá más que en los desafíos de las calles, que su oponente le vencía en la *guerra de ideas*, que perdía en el *feroz combate de palabras*, como escribió Urrutia.¹¹

Se enfrenta a una revuelta en el territorio de la naciente idea de la opinión pública nacional, aunque expresada en el torrente habitual de la vida política desde antaño: las paredes de la ciudad, los periódicos y panfletos de las esquinas, los carteles, el aire de los megáfonos y parlantes. Por muchas razones, esos años, son la historia de esa élite amenazada que al menos tiene un plan de representación del presente. Quizá por esto, este grupo se mantendría erguido en el control de la trama gubernamental. Sólo por esto, este grupo verdaderamente pequeño, mayoritariamente de hombres, lograría imponer sus reglas sobre el pulso político y sobre estos enfrentamientos. Ninguno de los episodios anteriores había minado su reputación a gran escala; al menos como lo haría la revuelta estudiantil. La descalificación que supusieron las marchas de julio a septiembre y la mancha de la masacre de Tlatelolco, fueron quizá uno de los momentos políticamente más difíciles para el grupo presidencial. Y aún en estos momentos, su capacidad para producir una interpretación, quizá no histórica sino en el corto plazo, de las decisiones... se mantuvo.

¹⁰ Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, 1974.

¹¹ Manuel Urrutia, *Trampa en Tlatelolco*, 1969, pp. 10-11.

Fueron días en los que el gobierno perdió, no el aval de la sociedad, sino el de un grupo de intelectuales entre los que hasta el momento se sentía relativamente seguro: embajadores, profesores universitarios, periodistas, artistas. La respuesta social a favor del movimiento estudiantil trajo consigo una manifestación novedosa, la corporización de una nueva ciudadanía en la capital del país. Formada por jóvenes preparatorianos de los ya grandes barrios del Distrito Federal, por padres y estudiantes universitarios. Esta nueva configuración colectiva, representó un desafío superior al de las oposiciones estatales o sectoriales a los que el PRI estaba acostumbrado.

Aunque parece haber cierto consenso de que el significado político de ese año está ligado al nacimiento de una ciudadanía más participativa, si se pone el foco en el grupo en el poder que logró continuar tras 1968, lo que resulta significativo son los grandes cambios que el 2 de octubre le provoca. Este momento le exigió una conceptualización de esa nueva sociedad, en la búsqueda de los mejores modos para intervenir sobre ella. Su análisis de la coyuntura política fue tal, que más allá del pánico y las reacciones de control en las calles de la ciudad de México, después de Tlatelolco se producirían medidas políticas que dan una idea de un cambio de visión de la sociedad. Se diseñan políticas para los jóvenes, para los nuevos profesionales, para los artistas y se actualizan los modos de dirigirse a ellos.

Este momento refleja una evolución de las formas y prácticas del control político, y entre ellas, la conciencia de la necesidad de construir una interpretación compleja, completa -y, por momentos monolítica- de la vida política; utilizando especialmente a Tlatelolco y al movimiento estudiantil, como una metáfora del presente. Es decir, que más allá de los tanques de los granaderos y las ballonetas de los soldados, más allá de la “guerra de maniobras” -como pensaba el grupo en el poder a través de *El Mándrigo*- que produjo el descabezamiento del movimiento en Tlatelolco,¹² al grupo en el poder se le volvió fundamental -como escribió el general Urrutia-, “hacer historia de esa fecha que marcó.”¹³

La decisión oficial pudo estar orientada por el temor de perder la credibilidad política. También pudo serlo por una creciente fe en la propaganda; quizá menos basadas en las gigantescas posibilidades de controlar la memoria social, sino en la necesidad de producir

¹² *¡El mándrigo! Bitácora del Consejo Nacional de Huelga*, s/f, p. 139.

¹³ Manuel Urrutia, *Trampa en Tlatelolco*, p. 11.

explicaciones plausibles de sus prácticas. Hay muchas razones para que esta fecha ocupe una centralidad que le reste reflectores historiográficos a otros momentos; ésta es una más. La decisión oficial de dibujar, escribir -también se puede decir: filmar-, y sobre todo, de utilizar la propaganda para esparcir su versión de este episodio, hacen de él un hecho especial tanto para los historiadores contemporáneos, como para los estudiosos de la comunicación política. Los trabajos oficiales sobre la llamada opinión pública -muy cerca de los términos en los que hablaba Mejías-, harían del año de 1968 un escenario para producirle a los mexicanos una explicación sobre la naturaleza de la lucha política de esos años. Por supuesto, aún si el grupo encargado de la política interior del gobierno hubiera mantenido un silencio sobre Tlatelolco existiría un soberbio caudal de textos; sin embargo, el caudal existente no puede entenderse sin el proyecto oficial.

Pese a las preocupaciones de comunicación de esos años, el grupo no pudo evitar el deterioro de su imagen, así como en el crecimiento de las organizaciones opositoras. Sin embargo, fue desarrollando un aparato narrativo único en la región, que le sería útil al menos, en la preservación de su logro máximo: la reducción por muchos años de la batalla de la continuidad del régimen a las oficinas de la presidencia. Carlos A. Madrazo, político del partido, pero de una línea diferente a la del grupo gobernante, pagaría el precio de su proyecto de ampliar el espectro de estas decisiones.¹⁴ En eso, no habría apertura, ni incidencia de la sociedad civil que representaban los estudiantes.

Haría mella la crítica a los métodos históricos de la comunicación política mexicana que pusimos en boca de Mejías en el capítulo anterior. En medio del movimiento estudiantil, y luego de la masacre, el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz utiliza a las principales oficinas de gobierno en el relato del 1968 político. La secretaría de gobernación, la oficina de prensa y televisión, la dirección federal de seguridad, el ejército y la procuraduría, todos participan en la construcción de una historiografía fantástica, que abarca todos los géneros literarios de la época. Es tan rica esta experimentación narrativa, que aún la referida a 1968 debe declararse, pese a esta auscultación, insuficientemente conocida. Los miles de jóvenes que Mejías quería ver trabajando en el relato oficial empezarían a formarse. Trabajadores que entregarían sus dibujos de la Plaza de Tlatelolco, tomarían fotografías, harían bases de

¹⁴ Sobre el caso de Madrazo, muerto en un accidente de avión en este contexto, ver Ricardo Pozas Horcasitas, “La democracia fallida: la batalla de Carlos A. Madrazo por cambiar al PRI”, 2008.

datos, y largas transcripciones que igualmente aportarían a la trama novelística como a la crónica fundamentada. La batalla de las calles iba a seguirse en papel y celuloide, y el gobierno quiso estar preparado para una eventual “ensalada de palabras”.¹⁵

En los hechos, este relato se materializó como un largo discurso sobre la juventud y la política, sobre la naturaleza de los actores internacionales, así como sobre las razones de Estado para producir soluciones ante los conflictos sociales. Los métodos de difusión fueron los de la propaganda. Muy a tono con la guerra fría, el consentimiento social a la masacre de Tlatelolco –y los de la llamada guerra sucia después- se obtendría con métodos de *guerra*. Acaso puede decirse con proponía Mejías, los métodos más hermosos, serían los exitosos: en este caso, los que cambiaran el parecer de los sectores más ilustrados o preparados de la sociedad. El aumento de medios, modos y número de mensajes para sostener su relato se multiplicaría incontrolablemente. Por ello 1968 como descontento, más que los episodios anteriores, permite analizar el pensamiento político de la élite gubernamental. Sobre todo aquellas ideas que se refieren a los modos de controlar las posiciones adversas, en este caso, el del primer gran movimiento social urbano de México y la adhesión que habría de generar en pocos días.

La confrontación como ensalada de palabras

Una de las características de este momento, es el modo en que la prensa es discutido. El movimiento estudiantil no sólo se lanzó a una interpretación de las instituciones, sino que hizo una crítica sobre los mismos mecanismos de narración del régimen. Hizo del combate a la versión oficial una de sus banderas iniciales. Una lectura de los volantes estudiantiles de aquella época, agrupados por Luis Olivera presenta esa alerta permanente sobre la desinformación. Se ponía énfasis en la “actitud de la prensa por desvirtuar la verdad desde el inicio”. Se definía a un “periodismo sumiso al dinero y al poder”, una especie de “pseudoprensa”, cargada de “calumnias”. En el movimiento se alertaba una y otra vez sobre el hecho de que el gobierno buscaba “distorsionar los hechos por medio de los órganos de

¹⁵ Urrutia, *ob. cit.*, p. 131.

información y no permitir que la verdad fuera conocida”. En cambio, al escuchar “al verdadero estudiantado por medio de sus boletines y no por los medios de comunicación”, al informarse por ese “único medio”, la ciudadanía podría conocer “la realidad”.¹⁶

Las cronologías muestran las tempranas caracterizaciones que desde las oficinas de gobierno se hacían de la disidencia estudiantil; con lo que se entiende el desencuentro entre el incipiente movimiento estudiantil y la versión oficial. La tarde del 26 de julio de 1968, cuando aún no ha sucedido nada, el jefe de la policía preventiva de la ciudad -el general Luis Cueto Ramírez-, ya tiene en su boca las palabras que separan al verdadero estudiante del enemigo de la patria. Con sus palabras define una interpretación de las buenas y malas conductas que no serán abandonadas durante toda la revuelta. Dice que las manifestaciones callejeras provienen de “agitadores profesionales, mezclados” entre los estudiantes, que al fin “pudieron lograr un enfrentamiento con la policía”.¹⁷ Por supuesto, esto se reflejaría en la prensa inmediatamente.

En la asamblea del primero de agosto, momento en el que estudiantes movilizados de las principales instituciones educativas diseñan lo que sería el Consejo Nacional de Huelga (CNH), se proponen, nada menos que, “contrarrestar la propaganda en la prensa nacional” por “la forma en que se ha desvirtuado el movimiento”. Unos días después, en la UNAM se organiza una “quema de la prensa vendida” a la que asiste un agente de gobernación. Éste anota que “todos los asistentes llevaron periódicos y revistas a los que prendieron fuego”, y que el orador de la facultad de Economía, Alejandro Valle, dijo que “es preciso que la prensa sea desenmascarada”, que era prioritario “enterar al pueblo por medio de las brigadas políticas” de lo que sucede, pues “es visible que los periódicos defienden el subsidio del gobierno y distorsionan”.¹⁸

¹⁶ Luis Olivera, *Impresos sueltos del movimiento estudiantil mexicano, 1968, 1992*. Volantes 55, 407, 579, 605, 619, 633, y 992.

¹⁷ *El Universal*. México, 28 de julio de 1968, citado por Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México*, 1998, p. 153.

¹⁸ AGN DFS 11-4-68, Legajo 30, pp. 1-16, 16 de agosto. Debiéramos hacer una buena investigación sobre las nociones de verdad de los hechos, versión exacta, versión oficial, verdad jurídica y verdad histórica, antónimos y sucedáneos incluidos. Sería un atrevido diagnóstico de las creencias populares contemporáneas que permean a la escritura historiográfica.

Le informaban al secretario de gobernación que en la asamblea del 13 de agosto, “a la prensa la llamaron vendida, antipatriótica y provocadora.” Y le anunciaron los acuerdos para contrarrestar los efectos del aparato de gobierno: “a partir del 14, empezarán a realizarse mítines relámpago de proselitismo en diferentes colonias populares”, puesto que “la contestación al pliego petitorio, no es contestación, sino sólo desvirtuación de la opinión pública”.¹⁹ Un agente que sigue la creación de las brigadas anota que los estudiantes se han propuesto integrar “comisiones políticas por todos los rumbos de la ciudad”. Estas serían claves “para dar la versión exacta de los sucesos de que fueron víctimas los estudiantes”.²⁰

La construcción de esos días tenía a muchos actores. Por un lado, el discurso periodístico involucraba a jóvenes reporteros que en varias ocasiones recibieron la crítica de los propios estudiantes. Un agente de la DFS anota, en relación a lo sucedido en la conferencia de prensa del CNH del 2 de septiembre en la facultad de medicina de la UNAM. Más allá de los posicionamientos centrales, el agente da cuenta de una de las tantas interpelaciones de los jóvenes a la prensa:

Casi como punto culminante, Pereyó dijo: voy a hacer una pregunta a los periodistas. Les voy a pedir que respondan si sus jefes les ordenan que trasquiversen (sic) la información, coreando todo el público presente a esta pregunta. “Se paró indignado Jaime Reyes Estrada reportero de Últimas noticias de *Excélsior* y gritó: ‘Excélsior y Últimas noticias no trasquiversa la información’. Entonces Marcelino dijo que era cierto, que Reyes Estrada de *Excélsior* era uno de los pocos periodistas honestos, pidiendo un aplauso para él.

La *asamblea* le tributó un aplauso prolongado.

Entonces preguntó Marcelino Pereyó, si había ahí algún representante de *El Sol* o de *El Heraldo*. Chiflaron a *El Sol*, pero levantó el dedo Magaña, de *El Heraldo*, y dijo que la dirección del periódico determina el sentido de la nota, y que ellos le preguntaban por qué la cambiaban. También fue aplaudido.²¹

Lo que era más difícil de ver, era el nacimiento coordinado de nuevas voces; como escribió Carlos Monsiváis, esa “producción industrial de artículos” que servía de colchón narrativo a la voz oficial. Además de las tergiversaciones, la prensa en general fue el escenario del nacimiento de red de “analistas sesudos y seriamente comprometidos” con la política nacional.²² El papel de las oficinas de gobernación en la creación y encargo de estas

¹⁹ AGN DFS 11-4-68, Legajo 26, p. 116 a y b, 6 de agosto.

²⁰ AGN DFS 11-4-68, Legajo 26, p. 4-7, 6 de agosto.

²¹ AGN DFS 11-4-68, Legajo 37, p. 66, 2 de septiembre.

²² Julio Scherer y Carlos Monsiváis, *Tiempo de saber. Prensa y poder en México*, Aguilar, 2003, pp. 32-33.

columnas –que luego serían también libros– era evidente.²³ Me gustaría llamar la atención en este punto, para establecer criterios sobre cómo interpretar la proliferación de narradores oficiales. Sin duda, mucho de este nacimiento está ligado al desafío estudiantil y a los temores de que logaran imponer sus interpretaciones. Pero Mejías, al menos, da cuenta del debate en torno al proyecto narrativo gubernamental, en momentos en que no existía el desafío estudiantil. Sin embargo, como momento de máxima emoción colectiva, antes que trauma, sin dudas el año de 1968 y el enfrentamiento estudiantil, erotizaría al máximo a la escritura oficial.

Muestra de la ferviente actividad oficial, el 21 de julio nacía la columna semanal Granero político, firmada con el seudónimo de Sembrador, pero supuestamente escrita por Mario Moya Palencia -en ese entonces director de la oficina de Radio y Televisión-.²⁴ Moya Palencia fue, según Beatriz Paredes, un mexicano “de la estirpe de los políticos ilustrados”. Para ella, “escuchar una alocución del licenciado Moya Palencia siempre dejaba alguna huella”. Aunque la voz del obituario tiende a exagerar las virtudes, Paredes reconocería que la capacidad de tejer un “discurso memorable”, o de ejercer la “pluma ágil”, devenía en él de un largo vínculo con la literatura. Su caso, por ello, ilustra la relación compleja de la literatura y la política. Varios años después, introduciendo una novela propia, Moya Palencia recordaría que a pesar de su larga carrera, su primera ocupación remunerada había sido, y por muchos años, el periodismo.

... La vocación de escribir la había sentido aún antes, en la escuela secundaria, cuando los maestros de literatura española nos exigían redactar composiciones de todo género y hasta organizaban concursos para descubrir a los noveles escritores. En uno de esos certámenes de cuento corto, celebrado si mal no recuerdo en 1947, en que los alumnos de la secundaria Colegio México participábamos junto con los de la preparatoria del Francés Morelos, sufrí mi primera decepción como literato, pues el gran día en que el jurado de maestros anunció solemnemente los pseudónimos de los alumnos ganadores de los tres primeros premios, resultó no sólo que ninguno de ellos era aquél con el que yo había presentado mi esperanzada colaboración, sino que al irse abriendo los sobres galardonados, los tres -¡sí, los tres en fila!- pertenecían a... Carlos Fuentes Macías...²⁵

²³ El gobierno plasmaba sus ideas y ataques, como escribió Sergio Aguayo, “desde el anonimato de columnas redactadas en gobernación condenaban a los estudiantes...”. Aguayo, 1968. *Los archivos de la violencia*, 2008, p. 11.

²⁴ Rodríguez Munguía, *op. cit.*, p. 162. En 1968, Moya Palencia era director de radio, televisión y cinematografía, dependiente del Secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez.

²⁵ Mario Moya Palencia, prólogo de *El México de Egerton: 1831-1842*, 1991, p. 9.

Según su memoria, la pasión literaria de los primeros años, pasó de los “cuentos y artículos en periódicos escolares” a los “reportajes, entrevistas, pequeñas obras de ficción, editoriales, artículos de fondo para la prensa profesional”. Como pocos escritores y periodistas, Moya Palencia había pasado por un gran número de los diarios de la época - Voz, Ferronales, Novedades, El Sol de México, El Nacional, Excélsior- antes de llegar al primer círculo del poder. Lo que le costaría contar era que, en cierto sentido, una parte de su trabajo de gobierno también había consistido en darle de comer a los mimeógrafos. Lo que llama la atención es que Moya Palencia nos provea de una metáfora de la delgada línea existente entre la trayectoria del artista y la del funcionario: “suelo ubicar en broma ese concurso de hace más de cuarenta años, como el momento en que Carlos Fuentes me había *empujado a la carrera política*”.

En esa línea, por supuesto, también se encuentran las instituciones de formación, y su capacidad para significar un horizonte de expectativas profesionales para los jóvenes de una generación. Estas profesiones, en el ejercicio de las oficinas del Estado adquirían prácticas difusas, pero sin duda, absorbían las competencias y las virtudes personales. Por ello, no asombra que la construcción de la voz oficial de aquellos días, estuviera impregnada de la conciencia de los dilemas de representación del pasado y el presente. Ese era un de los escenarios en los que Moya Palencia decía sentirse más cómodo. En el mismo texto, confesaba como una de sus “frustraciones”, el “no haber podido concluir la carrera de maestro en historia”. El pragmatismo lo había llevado a la abogacía, y de algún modo, se sintió completando “como autodidacta aquella carrera interrumpida por la necesidad...”.

Ficción histórica y literaria -pariente consanguínea del mito... El amasijo formado por lo que fue o pudo ser y lo que nadie puede probar que no fue, y por las explicaciones racionales, y las que no parecen serlo es de tal manera espeso, que yo mismo ya no puedo -ni quiero- separarlo. Un caso de ficción, sí, pero también de confusión...²⁶

El breve cuadro de Moya Palencia, de ambiciones y proyectos literarios, nos invita a imaginarnos algunas características culturales de los hombres que habitaron ese territorio inexpugnable que suelen ser las oficinas de gobernación. La trayectoria de Moya Palencia, entre la literatura, el periodismo y las carreras inconclusas, sintoniza con la poderosa necesidad de elevar a la calidad de arte algunas de las estrategias institucionales. Pero

²⁶ Moya Palencia, *idem*.

también da una idea de la multiplicidad de registros que deberían ser elaborados, que en los casos que analizamos pasan por la opinión, el artículo de fondo, la novela, la crónica, el libro de historia, etcétera, como había imaginado Mejías.

Cómo sea, para la dimensión que estudiamos en el presente capítulo, nuestro desafío es fundar un sitio de análisis sobre lo narrativo y considerarlo como un fenómeno de época que supera las tareas de una oficina en particular, pero que es fruto de la escritura en las oficinas. Y nuestro análisis es, en este contexto, sólo un recorte que puede apreciarse, por ejemplo, desde los dividendos de la industria editorial. Recordemos que muchos estudios dieron cuenta de los éxitos editoriales oficiales: como que el libro de Manuel Urrutia se repartía entre todos los burócratas; que *¡El móndrigo!* se editaba “por cientos de miles” y se enviaba “por correo o era regalado en las concentraciones del PRI”;²⁷ el de Blanco Moheno, era uno de los que encabezaba las ventas de esos años; tal como ocurría con el trabajo de Luis Spota. En este contexto, aunque el perfil de Moya Palencia no alcanza para definir el bosque de narradores de ese momento, vale para complementar las descripciones de Mejías.²⁸

¿Una literatura oficial?

En el presente capítulo se analiza un conjunto de textos oficiales, todos ellos escritos durante y después de los acontecimientos políticos de 1968. No pretendemos relevar a la historiografía oficial en su conjunto, un bosque de materiales, documentos, monografías, guías, series, revistas, memorias, anuarios, estudios, libros de texto, que multiplicados en el interior de los gobiernos (en algunos casos, para distribución masiva) hacen monstruoso el cuerpo del discurso oficial.²⁹ Sólo analizaré de entre ella, un grupo de textos que expresan la *versión oficial* de 1968. Es decir, algunos textos que fueron resultado de la iniciativa de

²⁷ Gonzalo Martré, *op cit.* 1986, p. 45.

²⁸ El trabajo de Rodríguez Munguía podría ser lustrativo para una descripción de esos “hombres de paja” o “desdoblados” de la voz oficial, *op. cit.*, pp. 129, 135, 164, 204, 226-227, 272.

²⁹ Esta idea me da la vasta recopilación de Rosa María Fernández de Zamora -a propósito de un problema planteado por Pablo González Casanova en 1965, acerca de la carencia de medios de información de la sociedad civil en comparación con la potencia argumental de la administración pública-. Cfr. Fernández de Zamora, *Las publicaciones oficiales de México: guía de publicaciones periódicas y seriadas, 1937-1970*, 1977.

explicar la solución oficial para el movimiento estudiantil. Estos textos tuvieron claros destinatarios, vieron la luz entre 1969 y 1972, estuvieron dirigidos y contruidos según la compleja clasificación de la sociedad mexicana de esos años. Constituyen una unidad en la medida que comparten objetivos y explicaciones comunes, aunque con planteos narrativos tácticos para diferentes públicos.

Uno de estos libros es *Trampa en Tlatelolco, síntesis de una felonía contra México*, el intento del Ejército Mexicano de construir su propia versión. Su autor fue el general Manuel Urrutia Castro. El segundo texto es del periodista Roberto Blanco Moheno, que escribió a pedido del secretario de gobernación, Luis Echeverría Álvarez: *Tlatelolco, historia de una infamia*. Y otros dos documentos que, pese a su carácter anónimo, pertenecen a la producción literaria de la Secretaría de Gobernación, especialmente a las direcciones de Radio y Televisión, y Federal de Seguridad. Me refiero a los libros *Nuevo movimiento estudiantil*, de un ex profeso inverosímil Antonio Caminante, y el anónimo *¡El móndrigo! Bitácora del Consejo Nacional de Huelga*.³⁰

A diferencia de otros documentos que han quedado en los archivos de gobierno -como *Apuntes de Tlatelolco* y los papeles policiales, de los que se hablará en el capítulo siguiente-, éstos afectaron al imaginario inmediato de 1968; mientras que los segundos empezaron a hacerlo treinta años después, y sobre una comunidad muy reducida. Al considerarlos como parte de la voz oficial, no deseo dirimir en la discusión sobre el género de la propaganda, pensando que otros textos, que podrían considerarse incluso la expresión genuina del derecho de los ciudadanos de expresarse en apoyo al gobierno, sean

³⁰ El libro de Urrutia está contruido con documentación del ejército, fue editado y distribuido por la SEDENA, por lo que no cuesta trabajo considerarlo como parte del campo narrativo oficial. En los archivos de la SEDENA en el AGN hay numerosos registros de remisiones que muestran el alcance de su distribución (zonas, campos y hospitales militares, embajadas, secciones del PRI) AGN SEDENA Caja 9 Exp. 26 y Caja 10. Sobre *¡El Móndrigo!* he escrito un texto mostrando el uso de la documentación de la DFS, y en el sentido que advirtió Gonzalo Martré, de que “fue escrito obviamente utilizando los informes de la dirección Federal de Seguridad”, y otras corporaciones policiales, ya que “de otro modo no se explica cómo el supuesto líder puede desde un principio proporcionar listas tan completas [...]”, PabloTasso, “El Móndrigo y la literatura del poder”, 2010, y Gonzalo Martré, *El 68 en la novela mexicana*, 1985, pp. 146-147. En el caso de Blanco Moheno, más allá de su clara adhesión al gobierno –expresada desde un inicio del libro: “pretendo ejercer alguna influencia sobre los ciudadanos que van a votar”– se ha encontrado su correspondencia al secretario de Gobernación, especialmente indicándole que “ya terminé *Tlatelolco*”, en Rodríguez Munguía, *op. cit.*, 2007, p. 408. El caso de *Nuevo movimiento estudiantil*, de Antonio Caminante, es el más complejo, pues no existen elementos –más allá de los ejes argumentales y su carácter de anónimo– para asegurar que fue escrito en las oficinas de gobierno. En este caso, el lector deberá confiar en mi intuición.

abiertamente distintos o similares. Lo que deseo es algo más problemático: intentar una lectura de conjunto de estos materiales para encontrar una visión diferente a la versión oficial, pero en el interior mismo del relato gubernamental de esos años.

Esto quiere decir, tomar distancia de los argumentos fundamentales de aquellos gobiernos sobre la disidencia social (surgidos de la apuesta propagandística de la versión oficial), y hacer una lectura de la naturaleza de las ideas de aquel grupo en el poder, sus funcionarios, su visión de la sociedad, del futuro, de los conflictos, y especialmente, las ideas formadas de aquella coyuntura. Sobre todo, vislumbrar en aquellas ideas expresadas a través del camuflaje de guerra de los libros, a través de las libertades literarias que permitía el ocultamiento del autor, y sus efectos de ficcionalización, etcétera. La opinión de fondo del momento político que de otro modo no se podría expresar. Este es el contrato más difícil de estas páginas con el lector: considerar que estos momentos del discurso oficial nos permiten a hacer lecturas sobre este momento histórico que fue el año de 1968.

El primer problema que debemos abordar es entonces, el de la existencia intencionada de un conjunto de relatos que, al menos en un momento específico de la historia contemporánea, se constituyó en la forma de hablar de aquello para aquel grupo de funcionarios. Y más allá de si esto puede circunscribirse a ese episodio, lo que debe considerarse inicialmente es el carácter oficial de estos proyectos narrativos. Pero ante todo, la variedad de estos proyectos en términos morfológicos, temporales, propositivos, e incluso, diferentes por la oficina de procedencia (ver cuadro).

La naturaleza de este choque, el enfrentamiento en torno a términos (como el de autonomía), el modo en que al fin se dio el diálogo (desde los medios –en manos del gobierno- desde las paredes, las marchas como respuesta callejera, y en las esquinas –en manos de estudiantes-), la forma en que se disolvió (con la masacre y la detención masiva de los líderes del Consejo General de Huelga el 2 de octubre), constituyeron un escenario que el gobierno sólo pudo enfrentar con la propaganda de guerra.

Una consideración del momento tiene que ver con que es indudable que el movimiento estudiantil tuvo éxito en la forma en que entabló un *diálogo político* con el grupo en el poder. Más allá de que no se constituyera formalmente como un diálogo público, el movimiento estudiantil logró debatir los símbolos del grupo en el poder: interpeló, obtuvo

respuestas, fue interpelado y a su manera, respondió. En ese ir y venir de discursos, interpretaciones, frases, dibujos y marchas, el movimiento obtuvo reconocimiento de la sociedad y produjo una recodificación del escenario. Pese a que el gobierno monopolizaba con sus interpretaciones los principales medios de comunicación existentes, la voz estudiantil no podía ser fácilmente refutada. Aunque al gobierno se le escapan algunas publicaciones, que junto con los volantes hacen de voz marginal en el conflicto, los espacios de difusión estudiantiles son pocos, y sin embargo, la fuerza de sus argumentos será fuerte. Tras el 2 de octubre, lo que había empezado como una batalla en las esquinas, se trasladará por unos meses al campo editorial.

Primera etapa de la historiografía oficial de 1968

Libro	¡El móndrigo! <i>Bitácora del Consejo Nacional de Huelga</i>	Trampa en Tlatelolco, <i>síntesis de una felonía contra México</i>	Tlatelolco, Historia de una infamia	Nuevo Movimiento Estudiantil	La Plaza	Apuntes de Tlatelolco*
Autor	Anónimo	Manuel Urrutia Castro	Roberto Blanco Moheno	Anónimo	Luis Spota	Autores varios
Dependencia de gobierno encargada	DFS	Ejército	Apoyo de Gobernación	Posiblemente Gobernación	Posiblemente con apoyo de Gobernación	PGR
Fecha	s/f	1969	1969	s/f	1972	1968
Editorial	Alba Roja	s/d	Diana	Doxa	Joaquín Mortíz	-
Público	Estudiantes y miembros del partido	Funcionarios públicos y miembros del partido	Lectores de periódicos	Estudiantes universitarios	General	General
Tipo de propaganda**	Negra	Gris	Gris	Negra	Gris	Blanca
Nro. de ediciones	Al menos 4	1	Más de 10	1	Más 6	Inédito
Género literario	Novela	Crónica	Memorias	Ensayo	Novela	Informe

* No fue concluido ni editado.

** Esta denominación corresponde a la propuesta de Phillip Agee, agente de la Central de Inteligencia Americana en la ciudad de México en 1968, que dividía “la propaganda oficial en tres categorías generales: blanco, gris y negro”: La blanca, “la que se reconoce abiertamente como procedentes del gobierno”; la gris, la “aparentemente atribuida a las personas u organizaciones” que no se relacionan directamente con el gobierno; y la negra, que es “anónima, o se atribuye a una fuente que no existe, o es material falso”. Agee, *Inside the company*, 1975, p. 71.

Una novela popular

¡*El móndrigo!* es el más conocido de los libelos gubernamentales de esos años. Fue escrito y editado por personal de gobernación. Salió sin el nombre de sus verdaderos autores y sin un pie de imprenta para localizar a sus editores. Se editó tres veces. Y tiene al menos tres reimpresiones, la mayoría de éstas, de la última y definitiva. La segunda edición amplía el prólogo y corrige algunas erratas; mientras que la tercera, aunque se seguirá indicando que es la segunda edición, cambia todas las fotografías, tanto de la tapa como del interior.³¹ La fotografía de la tapa de la primera edición (un cuerpo yacente) y el prólogo, explicarían al lector la ausencia de datos del autor y las irregularidades de la edición:

A pocas horas del combate en la Plaza de las Tres Culturas y edificios circundantes en Tlatelolco la trágica noche del 2 de octubre de 1968, después que los ambulantes casi habían acabado de levantar muertos y heridos, y que la policía había capturado a reales y supuestos franco tiradores, unos vecinos descubrieron semi agazapado el cadáver de un joven en el pasillo del tercer piso del edificio “Chihuahua”...

En busca de identificación le hallaron bajo la cintura y fuertemente sujeto con el cintillo, un pequeño portafolios mal cerrado que contenía un legajo manchado de sangre fresca...

Resultó ser el “diario íntimo” en que anotaba meticulosa y ampliamente los sucesos más salientes del Movimiento Estudiantil, del que debió ser uno de sus líderes. Estaba escrito a máquina, salvo la última hoja, con anotaciones a mano, en desorden, segundos antes de iniciarse la batalla.

El texto presenta una descripción ajustada de algunas reuniones del Consejo General de Huelga que la DFS tenía documentadas. Tiene un sinfín de alusiones y retratos de personajes políticos, intelectuales y estudiantiles de la oposición. Es evidente que el carácter del texto requiere ciertas prevenciones propias del análisis literario.³² Los personajes poseen nombres de personas identificables y puede decirse que ellos son, en la argumentación del texto, los sujetos que adoban el retrato del héroe estudiantil... con sus *cobardías*, *complacencias* y *errores tácticos* que sirvieron para sabotear el movimiento estudiantil,

³¹ Juan Miguel de Mora cree que la tercera edición –que él llama, la segunda– es de 1972. Cfr. Mora, 1973, p. 98.

³² Los particulares ficcionales del texto, podría decirse desde el análisis literario, representan a particulares reales, aunque ninguno es el otro. Véase Antonio Garrido Domínguez (comp.), *Teorías de la Ficción Literaria*, 1984, pp. 66-91.

según la advertencia del prólogo. El personaje, según su lenguaje, un “acelerado”,³³ y constituye uno de los retratos más elaborados del gobierno.

Sus páginas reflejan su cambiante estado de ánimo [...]. Hay días que derrocha optimismo y cree tener asido ya el poder, que es su obsesión, para establecer el régimen socialista; y en otras, lo ve muy lejano a causa de errores de táctica, y complacencias y cobardías de algunos influyentes miembros del CNH tal vez a sueldo del gobierno para sabotear la revuelta estudiantil. Estuvo en la “línea dura” todo el tiempo y fue partidario de la rebelión armada y demás medidas violentas en vez de las inocuas e infantiles “pintas” de camiones y embardados.

¡Murió en la raya!

Por la trascendencia y lo sensacional de sus anotaciones, no hemos vacilado en publicitarlas [...]³⁴

En las librerías de ejemplares usados de la ciudad de México, no obstante, el libro puede encontrarse con bastante facilidad, lo cual da una idea de la profusión con que fue editado.³⁵ Lamentablemente no abundan análisis de este texto, apenas algunas referencias que indican que el libro apareció en 1969, no en las librerías, sino en casas o sobre los parabrisas de los coches.³⁶ Un estudiante vinculado al gobierno en aquellos años asegura que *¡El móndrigo!* y otros dos libros posteriores fueron escritos en la Secretaría de

³³ “Acelerado” era una categoría al interior de la lucha estudiantil, para referirse al ala más radical. El término lo usa Gonzalo Martré, *op. cit.*, p. 145.

³⁴ *¡El Móndrigo!*, pp. 5-6. El nombre de la editorial remite a la obra del colombiano José María Vargas Vila. *Alba Roja*. La historia de Vargas Vila, publicada por primera vez en 1901, parece haber sido elegida no para fundar una editorial sino para caracterizar a la edición de *¡El móndrigo!* Es la historia de unos jóvenes – parricidas, panfletarios, rebeldes y de barricadas– que luchan contra diversas formas de imposición en Colombia. *Alba roja* quiere reflejar el heroísmo de la juventud, y también su caída y tragedia. Gozan de un carácter “inquieto, indefinible e inapaciguable” y viven una “esas repúblicas amorfas, una de esas democracias heteróditas” que no eran sino “el espectáculo miserable de una gran mentira, universalmente tolerada”. El escenario que caminan Luis Saavedra y Luciano Miral, los personajes del relato, es el opuesto al de sus espíritus: “la aristocracia de su pueblo, torva y sañuda, ponía la mano sobre el hombro del soñador para decirle: no entrarás”. Toda una acentrada interpretación de México parece latir en la elección oficial del título *Alba roja* como editorial para la novela contra los estudiantes. Aunque en los personajes del colombiano, la juventud es un poder límpido e indomable. “En esa edad en que no se es nada –describía Vargas Vilas a uno de ellos–, él era ya alguien; toda su personalidad moral aparecía ya, sin vértebras, rebelde a las genuflexiones y a la adoración”. Vargas Vila, 1924, p. 10, 28, 29 y 30.

³⁵ Poseo dos versiones que he podido comparar. Una de ellas tiene en su foto de portada un cuerpo desnudo y yacente; el fondo es de un verde intenso. Esta edición tiene un conjunto de erratas que han sido corregidas en la otra versión. La segunda (aunque no puedo establecer a ciencia cierta cuál es la primera, ya que esto no está indicado en las versiones) tiene en la tapa una fotografía diferente: un joven que escapa de tres granaderos. El fondo es verde claro y la fotografía, como la anterior, en blanco y negro. He visto también otra, con la fotografía del cuerpo tendido y tapas de fondo amarillo y rojo.

³⁶ Un periodista asegura que el libro fue depositado en los parabrisas de los coches estacionados en la UNAM, unos meses después de la masacre. Raymundo Riva Palacio, “Estrictamente personal”. *El universal*, enero, 2007.

Gobernación y por las mismas personas. Sergio Romero Ramírez, conocido como *El fish*, responde preguntas de un periodista:

- ¿Quién escribió los libros entonces?
- La secretaría de gobernación, los repartía la DFS y los responsables eran Fernando Gutiérrez Barrios, Miguel Nazar Haro y Luis de la Barreda.
- ¿Pero específicamente quién se encargó de redactarlos?
- Jorge Joseph, que fue alcalde de Acapulco, por instrucciones de Gutiérrez Barrios.³⁷

Romero Ramírez cumplió diferentes propósitos durante y después de los acontecimientos de 1968. La DFS tuvo conocimiento de sus relaciones y crímenes y no es descabellado pensar que, aunque brindó servicios a las autoridades del departamento del Distrito Federal, por ello mismo, tuviera información de lo que sucedía en su interior.

Una lectura rápida permite ver que el libro, a pesar de estar organizado como un diario, posee diferentes partes e intensidades diferentes. Una de ellas se encarga de dar verosimilitud a su mayor ficción, es decir, a aquella que no debería dejar dudas de que se trata de un texto real de un miembro del Consejo Nacional de Huelga. Para ello, Gutiérrez Barrios dispuso la difusión de información precisa sobre algunas asambleas estudiantiles que habían sido reportadas por sus agentes en Ciudad Universitaria. Lo curioso es que esos reportes fueron transcritos de manera casi textual en la novela, lo que no deja dudas sobre el origen de la información. Sólo en un día, el personaje hace su ambicioso reporte con la información que poseía en ese momento la DFS. Transcribiré abajo los informes de la DFS para que el lector compare la similitud de la información.

Julio 30

Hoy hubo muchas asambleas en escuelas y facultades de la C. U.

A las nueve y media hicimos un mitin frente al café central. Hemos de haber sido unos 300, la mayoría de Derecho. Allí estuvimos Adalberto Muñoz Negri, Carlos Sandez, Franco Carreño y un muchacho apodado Darvelio. Luego nos fuimos a hablar con González Tejada a quien informamos que el Ejército y los Granaderos habían asaltado anoche la preparatoria 1 y otras más [...] En el Ala de Humanidades hubo asambleas permanentes en todos los planteles para informar sobre la intervención del ejército y de los granaderos en las prepas 1 y 2; y que habían gran cantidad de heridos e inclusive, se tenía conocimiento de varios muertos. Este tema había que repetirlo sistemáticamente,

³⁷ Álvaro Delgado, “El Fish se confiesa”. Revista *Proceso*, número 1405, 5 de octubre del 2003, p. 22. Gutiérrez Barrios era director de la Federal de Seguridad en 1968. Nazar Haro y De la Barreda fueron colaboradores que luego escalaron en la propia institución durante el gobierno de Luis Echeverría. Es posible que Jorge Joseph hubiera realizado algunos trabajos de transcripción, como veremos más adelante. Pero me inclino a adjudicarle a Gutiérrez Barrios la autoría general. Juan Miguel de Mora en *Tlaltelolco-68*, también afirma que quien lo escribió fue Jorge Joseph.

como gota de agua para hacer conciencia y carburar los ánimos. Se pidió que se reunieran los comités ejecutivos y representantes de los grupos políticos del Ala de Humanidades, para organizar pláticas con los del Ala Técnica, y lograr la unión mediante un “frente único” ante las fuerzas represivas (Desde hace ocho días estamos ya constituidos en Consejo Nacional de Huelga, pues no lo íbamos a dejar al azar y a la improvisación). En Ciencias presidió reunión Marcelino Pereyó [sic] asistido por Gilberto Guevara Niebla. Consiguieron que se votara la huelga permanente y se nombraron las guardias. En Veterinaria, Ciencias Químicas, Ingeniería y Arquitectura los comités ejecutivos decidieron apoyar la huelga [...] En Odontología, a las 9.45, estuvieron Carlos Moyrón y Francisco Colmenares César encabezando a unos veinte de Economía. En el mitin improvisado hablaron Moyrón, Colmenares y Marcia Gutiérrez, lideresa de Odontología. [...] A mediodía, en un mitin en la Explanada al que concurrieron unos quinientos delegados de sociedades de alumnos y partidos políticos de la UNAM, el Rector izó la bandera a media asta en “señal de luto”.³⁸

[...] Romeo González Medrano [sic] gritó que era necesario proceder enérgicamente para protestar por la agresión de que fueron víctimas los estudiantes de las preparatorias, y exhortó a que se aprovechara el momento para iniciar la lucha contra la burguesía. Un grupo comenzó a silbar y hacer alboroto, y ya no pudo concluir.

En un volante se anunció manifestación para mañana miércoles 31 a la que acudirán el Rector, el Consejo, todos los directores y maestros.

Esto se está poniendo bueno.

[...] En la Prepa 5, un grupo de 150 camaradas detuvo en la calzada de Tlalpan varios camiones pintándoles leyendas contra el Ejército y GDO.³⁹

[...] Los de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) [...] hablaron Corona del Rosal [...]. En cambio, Fernando Hernández Zárate, secretario general de la Escuela Superior de Economía mantiene enhiesta la bandera contra la FNET [...]⁴⁰

[...] A las 7.15, los de la secundaria 69 –que ya se nos unió–, quemaron un camión Peralvillo-Viga. Los gendarmes capturaron a cinco compañeros.⁴¹

En contraparte, se verá que el primero de agosto de 1968, varios agentes elaboraron reportes sobre lo que había sucedido el día anterior en diferentes y apartados lugares de Ciudad Universitaria de la UNAM. Es notorio el encadenamiento de ideas y palabras:

En la UNAM se verificaron diferentes asambleas en las escuelas y facultades.- A las 9:30 hrs., frente a las Oficinas de Acción Social se efectuó mitin con asistencia de 250 estudiantes en su mayoría de la Facultad de Derecho, entre los que estaban CARLOS SÁNCHEZ, ADALBERTO MUÑOZ NEGRI, FRANCO CARREÑO Y DARVELIO MÉNDEZ posteriormente un grupo subió a la Torre de la Rectoría para hacerle saber al rector los hechos acaecidos anoche en diversos planteles universitarios.

[...] En el Ala de Humanidades en todos los planteles se efectuaron reuniones en las asambleas permanentes, pidieron que se reúnan los Comités Ejecutivos y representantes de grupos políticos del Ala de Humanidades con el objeto de organizar pláticas con los organismos del Ala Técnica de la CU y en esta forma poder lograr unión y presentar un

³⁸ *¡El Móndrigo!*, pp. 34 y 36.

³⁹ *Ibid.*, p. 37.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 38.

⁴¹ *Ibid.*, p. 39.

frente único.

En la Facultad de Ciencias en la asamblea permanente la reunión la presidieron MARCELINO PEREYO VALLS (sic) y GILBERTO GUEVARA NIEBLA, habiéndose acordado decretar la huelga indefinida, nombrándose guardias permanentes en el plantel.

En la Escuela de Veterinaria se acordó apoyar el movimiento estudiantil por la agresión de que fueron víctimas los preparatorianos, sumándose al paro.

En la misma forma, procedieron los CE de Química, Ingeniería y Arquitectura.⁴²

En Odontología los estudiantes de economía CARLOS MOYRON BETHON y FRANCISCO NATIVIDAD CESAR COLMENARES encabezando a veinte alumnos organizaron mitin, hablando MOYRON BETHON, CÉSAR COLMENARES Y MARCIA GUTIÉRREZ CÁRDENAS.⁴³

A las 12:30 hrs. en la explanada de la Rectoría, se efectuó mitin con asistencia aproximada de 300 estudiantes entre los que estaban la mayoría de los representantes de Comités Ejecutivos de Sociedades de Alumnos y de grupos políticos de la UNAM. El Rector de la UNAM izó el pabellón nacional a media asta en señal de luto y pronunció un discurso. ROMEO GONZÁLEZ MEDRANO trató de hacer uso de la palabra, manifestando que es necesario proceder enérgicamente para protestar por la agresión de que fueron víctimas los estudiantes de las preparatorias pero los reunidos lo abuchearon y no lo dejaron terminar dándose por concluido el acto.

Se repartió volante con el título de “Universitarios de México” en donde manifestaban: La protesta por la invasión a los planteles debe ser organizada. Rechacen a los provocadores. No abandonen la CU. Mañana 31 de julio se llevará a cabo una manifestación de autoridades, maestros y alumnos dentro de CU.⁴⁴

El Srio. Gral. De la Sociedad de Alumnos de la ESE, FERNANDO HERNÁNDEZ ZARATE, continúa en su postura contraria a la FNET.⁴⁵

A las 19:15 hrs., alumnos de la Sec. 69, secuestraron un camión de la Línea Peralvillo-Viga a la que prendieron fuego, resultando algunos asientos quemados y unos vidrios rotos. Se presentaron al lugar elementos de la Policía de Tránsito del D.F., los que detuvieron a los estudiantes JESÚS VÁLDEZ MANCERA, LUIS ISLAS BAUTISTA, JOSE LUIS C. RAMÍREZ, ELADIO GARCÍA MENDOZA, los que fueron puestos a disposición del AMP de Ixtacalco, Lic. JULIO HUMBERTO TRUJILLO, a esta misma delegación fue trasladado el camión incendiado.⁴⁶

Si nos ceñimos al relato ficcional, nuestro personaje tuvo un día intenso pues hizo el trabajo de varias personas. Su reporte de cinco páginas (del que presentamos un extracto), da información de las actividades del día que tenía reportadas la DFS. La transcripción es apenas condimentada con interjecciones o con frases que no podían salir de los informes policiales y que muestran, incluso, cierto temor del novelista de modificar los informes policiales. Estos no son, sin embargo, los únicos elementos que nos llevan a pensar en que

⁴² AGN, galería 1, Archivo de la DFS Expediente 11-4-68 L24 F131, 1 de agosto de 1968. Las mayúsculas pertenecen al original.

⁴³ AGN DFS 11-4-68, Legajo 24, p. 133, 1 de agosto de 1968.

⁴⁴ AGN DFS 11-4-68, Legajo 24, p. 234, 1 de agosto de 1968.

⁴⁵ *Idem.*

⁴⁶ *Idem.*

la novela fue ideada y probablemente corregida y aumentada por Gutiérrez Barrios.⁴⁷ El extracto presentado, indudablemente, parece el fruto de una confección que no ofrece mayor destreza que la idea de utilizar esos informes del espionaje a los estudiantes para volver verosímil el resto del texto. Pero el libro presenta partes que exigían alguien más familiarizado con la escritura y la lectura que lo que podrían haber resultado los colaboradores de Gutiérrez Barrios.

Tras la cuidadosa descripción de estas acciones estudiantiles, el texto se concentra en sus objetivos, entre los que destaca el retrato de sí mismo como hombre político. En medio aparece un fresco de la sociedad de esos años, una serie de bocetos humanos cuyo mayor interés es que hubieran surgido de las oficinas de gobierno. No faltan tampoco algunas inserciones, que por características de su forma y contenido, podrían abrir más interpretaciones.⁴⁸ Acaso lo más importante de relatos como este es que expresan el pensamiento político, no teóricamente, sino desde la visión de un conjunto de practicantes que piensan desde las oficinas de gobierno. Es una forma de pensar que se da al abordar problemas de ética, el éxito o las victorias, y hasta los valores morales. En ese punto, el Móndrigo expresa una de las máximas burocráticas de esos años: “en la vida no hay victorias con ética” puesto que “la moral fue siempre el postre de las victorias”.⁴⁹ Bueno, al menos la frase es pronunciada en aquellos años.

⁴⁷ Son pocas las referencias acerca de este funcionario público, hoy fallecido. Luego de ser Director Federal de Seguridad, fue Secretario de Gobernación, Gobernador, Senador de la República y aspirante a la presidencia de la República. Había estudiado en Francia y, para algunos, era un intelectual de fuste, pervertido por el poder. Cfr. revista *Proceso*, Nro 1002, p. 6. No son de mucha ayuda libros como el de Gregorio Ortega, *Fernando Gutiérrez Barrios, Diálogos con el hombre, el poder y la política*, ya que no logran penetrar en los asuntos que nos interesan, y más bien se concentran en ofrecer un retrato de estadista preocupado por temas internacionales.

⁴⁸ El texto incluye tres ensayos políticos, pp. 67-74, 118-155 y 165-173; y una obra de teatro intercalada que merece un estudio. *¡El Móndrigo!*, pp.159-165.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 86.



Tapa de la primera edición de *¡El móndrigo! Bitácora del Consejo Nacional de Huelga*

El libro de historia

En la jerga de la guerra fría, *¡El móndrigo!* era propaganda negra, por su atribución al campo opositor.⁵⁰ No debe llamar la atención que fuera el libro del general Manuel Urrutia uno de los primeros en encontrar en “la llamada *Bitácora del Consejo Nacional de Huelga* de la Editorial Alba Roja, SCL” una confirmación de la mentalidad estudiantil. Desde *Trampa en Tlatelolco*, el ejército defendía la veracidad del documento de la DFS. Alegaba ante el debate de “si debemos dar crédito” o no al libro, pues que más bien, “no tenemos por qué no dársela hasta en cuanto no sea desmentida o aparezca fidedigna información al

⁵⁰ Había escrito Phillip Agee, agente de la Central de Inteligencia Americana en la ciudad de México en 1968, que “el papel de la CIA en el programa de propaganda” de Estados Unidos estaba “determinado por la división de la propaganda oficial en tres categorías generales: blanco, gris y negro”: La primera era “la que se reconoce abiertamente como procedentes del gobierno: por ejemplo, de la Agencia de Información del país; la propaganda gris es aparentemente atribuida a las personas u organizaciones que no reconocen el gobierno de EE.UU. como la fuente de su material y que producen el material como si se tratara de su propio material; la propaganda negra es anónima, o se atribuye a una fuente que no existe, o es material falso atribuido a una fuente real. La CIA es la única agencia del gobierno autorizada para participar en operaciones de propaganda negra, pero comparte la responsabilidad de la propaganda gris con otros organismos [...]” Agee, *Inside the company*, 1975, p. 71.

respecto”.⁵¹ Aunque no tiene fecha de edición, *Trampa en Tlatelolco* debió ser terminado en 1969. Como cada dependencia política, el ejército tendría que salvar su prestigio con el trabajo de un escritor, y el caso de Urrutia Castro, según sus propias palabras, el que escribe es más bien un historiador.

Su texto es una crónica *documentada* en la que no faltan fotografías, documentos oficiales y recortes de cuantas notas progubernamentales habían aparecido ese año en contra del movimiento estudiantil. Es, en este sentido, un material extraño pues presenta -sin mucho análisis-, los principales argumentos de la versión oficial, no sólo de Tlatelolco, sino de aspectos hoy olvidados, como la discusión sobre la autonomía universitaria o la entrada del ejército a las instalaciones politécnicas.

Su narración espera ser avalada por las “contundentes pruebas” que ha juntado, dice, para desenmascarar la “la torva maniobra de agitadores sin credo y sin bandera que no tuvieron escrúpulos al implicar en sus truculentos planes a una juventud inocente y pura [...]”. Según su propia definición, “durante el trayecto de este libro, cuyo método será la narración sincronizada cronológicamente de los hechos, habremos de probar hasta la saciedad esa sinceridad y esa verdad nuestra”.⁵² Es muy interesante que, pese a la seguridad que tiene de sus pruebas, se plantee como problema, la enorme dificultad de cambiar la percepción social sobre el ejército después de la masacre. “La lucha contra la calumnia” decía, en muchas ocasiones puede volverse “una lucha estéril”, pues ésta suele dejar un “lastre de los infundios que estigmatiza”. Sin embargo, pensaba, “el ejército tiene una trayectoria tan limpia y su comportamiento ha sido tan vertical”, que en este tránsito amargo, “bien podría exclamar lo que el vigoroso bardo jarocho Díaz Mirón expresara”:

Los claros timbres de que estoy ufano
han de salir de la calumnia ilesos.
Hay aves que cruzan el pantano
y no se manchan, mi plumaje es de esos.⁵³

⁵¹ Manuel Urrutia, *op. cit.* p. 37.

⁵² Manuel Urrutia, *op. cit.*, p. 11.

⁵³ *Ibid.*, p. 52.

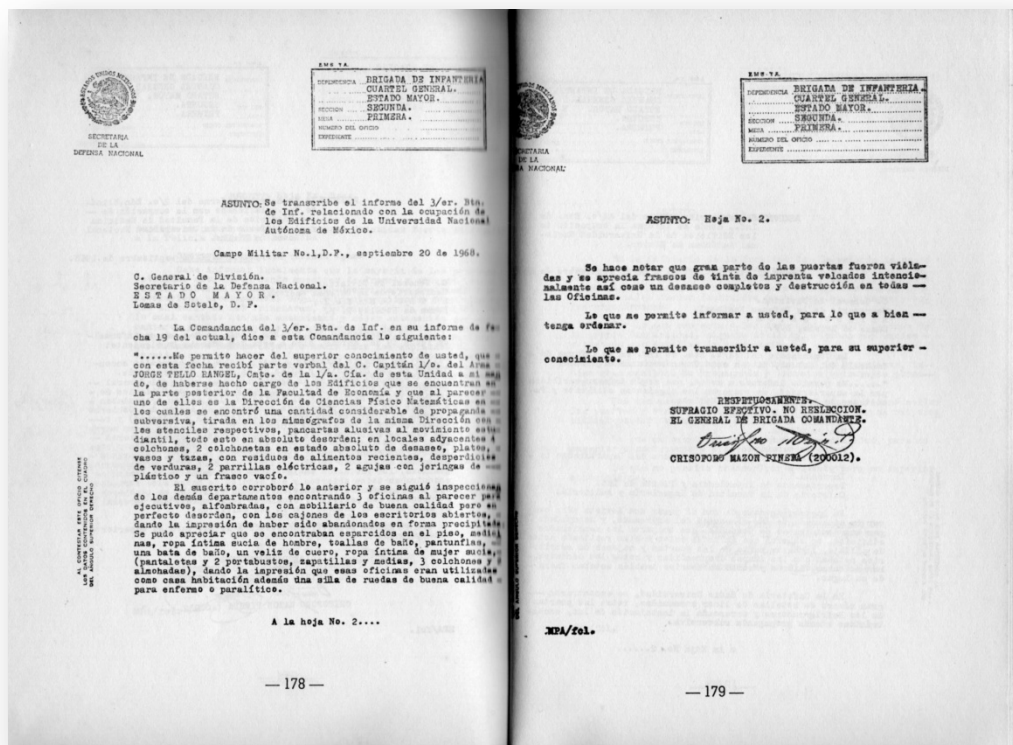
Como muy bien lo grafica la tapa del libro –una representación de la plaza de las Tres Culturas, con un estudiante y un soldado dándose la mano–, Urrutia se ha planteado un proyecto diferente al de *¡El móndrigo!* Como explicando el sentido de la tapa del libro, advierte que no ha sido escrito “para crear abismos entre dos sectores tan importantes como son los estudiantes y los militares”, sino para hacer ver a unos y otros, entre otras cosas, que es indispensable “que México no distraiga sus esfuerzos en andar apaciguando mitotes”.⁵⁴ Urrutia para contener una vieja idea del ejército, como parte principal de la nación: el ejército es en la frase, México. Y México es el que apacigua mitotes.

El libro está dosificado de pruebas, si por ello se entienden las citas periodísticas, las reproducciones de partes militares, documentación de operaciones sin mayor trascendencia, y algunas fotografías que debían ilustrar el vandalismo juvenil (entre ellas, el *graffiti* que con los años sería la improvisada primera placa del actual auditorio Che Guevara). Sus páginas son en este sentido, análogas a las páginas de muchos otros libros periodísticos o históricos, como el de Julio Scherer compilando a García Barragán, que analizaremos en el capítulo siguiente.

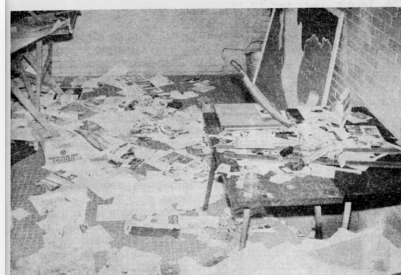


Tapa de *Trampa en Tlatelolco*, de Manuel Urrutia Castro

⁵⁴ *Ibid.*, p. 64.



Manuel Urrutia Castro, *Trampa en Tlatelolco*, pp. 178-179.



Al ser rescatados por el Ejército los agitadores pegaron el grito en el cielo y se inició una sucia campaña que inútilmente trató de desprestigiar a una institución tan seria, tan respetable y tan querida por el pueblo, como es el Instituto Armado



Manuel Urrutia Castro, *Trampa en Tlatelolco*, pp. 188 y 171.

Su primer apartado es una entrevista con Marcelino García Barragán –considerada de “indiscutible importancia histórica”-, que podría servir para un análisis más detallado de las posiciones del militar a lo largo del tiempo. Es en los hechos, el primer intento de García Barragán para enfrentar su descrédito personal por la actuación del ejército en Tlatelolco.⁵⁵ Como se expresa una y otra vez, ambos han concebido el libro como un modo de limpiar la buena reputación de una “institución tan seria y respetable como es el ejército Mexicano”.⁵⁶

El modo de recuperar ese prestigio, en los términos de Urrutia, finalmente no ha cambiado hasta hoy: reproducir un relato de la “actividad cotidiana” del ejército, lo que en realidad eran las acciones en el marco del llamado “Plan DN III”. Así, su cronología no inicia el 22 de julio, sino el “7 de julio”, cuando el Ejército “ayudó a los colonos” de Ciudad Juárez “a desalojar sus casas y rescatar sus pertenencias con motivo de la tormenta que azotó a dicha ciudad [... O cuando] el día 8 al salirse de su cauce el río Bravo.” Pese a la mano tendida de la tapa, Urrutia aclaraba que no serían los estudiantes, sino el ejército, el que “auxiliara a los habitantes” de Ojinaga.⁵⁷

La “cronología del movimiento” de Urrutia se llena así de notas periodísticas y de apoyos al régimen. Va consignando todo aquello que servía de apoyo a la versión del gobierno. Varias páginas se llenan de lo que “la prensa del día 27 comentaba”; o aquello que “por ejemplo, en el Excelsior del 1 de agosto leíamos...” Una prosa casual, llena de menciones de las se extraía como al azar –como “en las páginas de El Sol de México el escritor Francisco Ruiz Colunga, se expresaba”, o como en “un editorial de El Universal”, o a través de “el reportero de Novedades Antonio Lara Barragán...” se informaba...- la cordura y veracidad de postura oficial.⁵⁸ “Casi toda la prensa de esa fecha”, según su interpretación de la antología periodística, había “celebrado la intervención del Ejército”.⁵⁹

⁵⁵ La segunda serían los documentos que llegarían a manos de Julio Scherer, y que analizaré en el capítulo siguiente.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 10 y 11.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 31-32.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 36-67.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 136.

Tras el mensaje de Díaz Ordaz al congreso, presumía Urrutia, se habían catalizado un sinfín de apoyos al presidente. Apoyos de “los sectores más activos del país”, es decir, de “los representantes de los sectores privados”. De diversos modos, “testimoniaron ese apoyo, de manera personal, al Jefe de la Nación”. A todo con los hábitos de las oficinas de inteligencia militar, Urrutia revisa la lista de siglas sociales; y con ello, que la CONCANACO, la CONCAMIN, la CANACINTRA, la Asociación de Banqueros, el presidente de la Cámara de Comercio, “y otros representantes de la iniciativa privada, hicieron declaraciones”. La exposición de septiembre de Díaz Ordaz, según su análisis, había catalizado un aluvión de personas que “acudían a solidarizarse con el señor presidente”.⁶⁰

Entre los recortes y las adhesiones, por supuesto que Urrutia acudía a los hombres de paja, como a Sembrador, como con *¡El móndrigo!*, falsos apoyos. “La columna Granero Político de La Prensa”, es reseñada por su explicación, que “atinadamente” señalaba que “nuestros intelectuales izquierdizantes” sólo buscaban “la represión policiaca”.⁶¹ Cómo toda la versión de esta historiografía, Urrutia compartía el propósito de argumentar que la juventud estudiantil estaba lamentablemente decidida a inmolarse para triunfar.

Un ensayo sobre el futuro estudiantil

El documento titulado *Nuevo movimiento estudiantil*, firmado con el seudónimo de Antonio Caminante, es breve. Apenas unas cincuenta aireadas páginas, bien editadas e ilustradas, sin más datos editoriales que la palabra *Doxa*. El seudónimo hacía obvia referencia a Antonio Machado, popular entre los jóvenes politizados; pero también estaba cargado de la idea de definirle un rumbo a la disidencia estudiantil, *un camino* como tal. Un movimiento. A diferencia de los otros trabajos, este tiene una prosa reposada, quizá derivada de su extensión, y probablemente de la ausencia de pretensiones ficcionales.

A diferencia de los otros, este está dirigido al centro del campo opositor. No es un texto recordado; probablemente no llegó a su objetivo o no tuvo éxito. Según su lectura, los

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 69-70.

⁶¹ *Ibid.*, pp. p. 37, 52 y 130.

jóvenes no podrían estar ajenos a “las guerras y hecatombes” del mundo, a la “crisis del viejo capitalismo de marcado tipo estatal y dictatorial”. Son más bien víctimas de un ideario moderno hecho de “teorías que nada tienen de revolucionarias”, que buscaban el “movimiento por el movimiento mismo”.⁶² Según el texto -dividido en seis partes-, entre los efectos ideológicos de la época, en México se había producido una instalación del discurso marxista, aunque con un predominio de prácticas anarquistas *dislocadas* del propio partido comunista. “El fenómeno no es exclusivo de México”, se escribe, muchos otros partidos comunistas de la región parecerían atravesar “un periodo de intensa confusión y contaminación ideológica”, pero muy alejados de “las concepciones cardinales del marxismo”:

El extinto Marighela en el Brasil, los Tupamaros en Uruguay, diferentes sectas en Argentina. Y otros semejantes grupos de guerrilla urbana en Guatemala, Venezuela o Colombia, se han dislocado de los partidos comunistas, socialistas o simplemente populistas; pero todos han querido ampararse todavía bajo el rubro del marxismo.⁶³

El trabajo habla abiertamente de las teorías de foco como intentos de “hacer creer a los mexicanos” de que ya “no hay otra solución” que “la solución violenta” para “acelerar la marcha de la historia”. Esta “santificación de la violencia”, en el caso mexicano, no conduciría sino a que “salten al primer plano de la vida pública inclinaciones dictatoriales latentes en algunas esferas”.⁶⁴ Con ello interpreto que el gobierno, que no había vivido crisis internas fuertes hasta 1968, le interesó propiciar esa interpretación del posible golpe militar, como lo refiere este Caminante. Ante estos jóvenes, bien cabría la explicación de la solución militar a la inestabilidad política como escenario.

Lo central del texto está al final. Una serena invitación a unirse al gobierno con una “acción renovadora y constructiva”, a formar parte del sistema educativo, tal como ya se mencionó, a entrar a trabajar para el Estado, y en el sector educativo.⁶⁵

⁶² Antonio Caminante, *op. cit.*, p. 11.

⁶³ *Ibid.*, pp. 17-18.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 29.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 45.



Tapa de *Nuevo movimiento estudiantil*, de Antonio Caminante

Un Dante y una nueva Divina Comedia

A propósito del movimiento estudiantil, Sergio Zermeno escribió que todos los movimientos sociales se enfrentan a tres problemas que afectan su cohesión y viabilidad: establecerse una identidad, definir con claridad su adversario y adecuar su lenguaje a un diálogo en el que interviene con su adversario en un contexto específico de interpretación.⁶⁶ Hay algo de este fenómeno del lenguaje que, así como permite la cohesión en torno a un mismo proyecto, también dificulta el análisis. ¿Cuál fue el efecto de aquel grito estudiantil en la voz oficial? ¿Cómo afectó a su costumbre de balizar en solitario el debate político? ¿Verdaderamente “se habría roto así la cárcel de palabras y conceptos en que el gobierno se ha encerrado, todas esas fórmulas en las que nadie cree”, como pensó Octavio Paz?

A juzgar por las alusiones existentes en estos textos, el gobierno de México vislumbraba la encrucijada política estudiantil también como un problema de discurso. Es decir, como una crisis de las fórmulas, en las que probablemente el gobierno se sentía encerrado. También el gobierno advierte la aparición amenazante –si no de creación industrial–, de múltiples voces del campo opositor. Urrutia registra casi con horror que desde el día 28 de julio

⁶⁶ Sergio Zermeno, *México, una democracia utópica: el movimiento estudiantil de 1968*, Cfr. Acápita “Un paréntesis metodológico”, 1978.

“empezaron a circular panfletos”. Todos escritos con una “verborrea incendiaria” que resultaban un material poderosamente “desorientador para algunos grupos”.⁶⁷ En la jerga castrense de Urrutia, la revuelta era una “guerra de ideas”, una “contienda de palabras” que amenazaba con trocar el rumbo de las opiniones del mexicano.⁶⁸ El efecto del movimiento, antes que Tlatelolco, era su capacidad para seducir incluso al “funcionario responsable, a un obrero o a un campesino”, y sacarlo de su hasta entonces actitud “obediente a las instrucciones de la autoridad legalmente constituida”.⁶⁹

Para el militar, no hay dudas que el “feroz combate de palabras” amenazaba con quebrar el consenso social del que gozaba el grupo en el poder. En su carrera por publicar *Trampa en Tlatelolco*, Urrutia le pone palabras a la desesperación del gobierno por la pérdida de credibilidad en lo que era hasta ese momento, su propio espacio. Pues tras la contienda “ya no se sabía quién era de acá y quién era de allá”. ¿Cuál podía ser su sensación real? La voz oficial podía sentirse, como Urrutia, al interior de “una ensalada” de discursos, girando en esa “revoltura que nos cocinaron los enemigos”.⁷⁰

Uno de los efectos más evidentes de los días vertiginosos de 1968 es la pérdida de prestigio de varios actores del gobierno. El nido de esa crisis se localizaba en el cerebro juvenil, terreno fértil para las esperanzas políticas. La principal preocupación de esos días, por lo tanto, era transformar la percepción que estos sectores en proceso de ilustración se habían formado ese año sobre la actuación del gobierno. Una forma de justificar la participación era el de *desmentir*. Blanco Moheno, seguro de la adversidad de su lector, apelaba a “hacer ver a los muchachos la verdad política y social”⁷¹. Igual que aquél, también Urrutia quería “salirle al paso a todas las mentiras” para salvar “el prestigio de un gobierno revolucionario”. Aunque en su caso, sobre todo cuidar el buen nombre “de una institución

⁶⁷ Urrutia, p. 38.

⁶⁸ *Idem*, pp. 10-11. Esta es una preocupación que ya aparecía en el trabajo de José Luis Mejías, cuando pedía que “No olvidemos que: ‘las opiniones de una generación, se transforman en la política de la generación siguiente’”. Mejías, ob. cit. p. 18.

⁶⁹ *Ibid*, p. 11.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 131.

⁷¹ *Ibid.*, pp. 130 y 170.

tan seria y respetable como es el ejército Mexicano”.⁷² Con el objetivo de lograr que una “luz penetre en las zonas aún en penumbra de los fértiles cerebros de las generaciones en fase de crecimiento”.⁷³

En general, existe la idea de que el gobierno de México produjo un silencio sobre el 2 de octubre. Que buscó arrumbar estos episodios en un cajón. Urrutia está convencido de que el gobierno debe hacer frente al desprestigio, o mejor, “de que se deba hacer historia de esa fecha que marcó.”⁷⁴ Incluso reconoce, casi al final de sus esfuerzos, que el campo oficial tiene pocas posibilidades de incidir en su combate y que, justo por ello, sigue necesitando muchos y buenos escritores para esa empresa. Todavía “necesitamos un Dante Alighieri, un autor de una nueva *Divina comedia*, para que se nos relaten con el brillo y esplendor de una bruñida prosa, estos pasajes de la historia”, demanda.⁷⁵

Enfermos, destructores e inmaduros: el retrato del enemigo

Se podría decir que una constante de las políticas autoritarias de esos años es que los gobiernos no hablan francamente de las soluciones que les parecen difíciles de argumentar, y que consideran como decisiones reprochables. Sobre estos episodios muchos gobiernos quieren prohibir el recuerdo, evitar las evocaciones. Por las circunstancias que fueran, el gobierno de México se llamaría al silencio en muchos otros episodios, pero no sería el caso de los acontecimientos de 1968. La voz de los estudiantes mexicanos no sólo había moldeado el debate nacional, sino que también amenazaba con lograr caracterizar al gobierno con este episodio, fuera del país. No defenderse haciendo silencio no parecía una buena opción. Hacer un retrato del enemigo, por otra parte, era una de las tácticas políticas más comunes. Un retrato lo suficientemente inaceptable contribuía a erosionar los efectos de las políticas de los adversarios. Le restaba adhesiones, introducir cambios en el debate, justificar -en último término-, las políticas de represión. Después de 1968, los hombres de

⁷² *Ibid.*, p. 9.

⁷³ *Ibid.*, p. 15.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 11. El texto fue selectamente distribuido por la SEDENA y aún hoy es poco analizado y conocido.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 216.

la política tanto comprendieron la necesidad de un relato, que quisieron que la sociedad interpretara su época política a través del 2 octubre.

Quisieron muy tempranamente que ese momento, que terminó siendo el antes y el después de un modo de entender la relación entre sociedad y poder, produjera una interpretación del escenario internacional, de las fuerzas sociales en conflicto, incluso de la moral del Estado; y que lo hicieran a través de todos los medios. También quisieron que se produjeran acciones políticas a escala personal concretas, como la vocación de encauzar la rebeldía a través del tiempo de *apertura*. Tomar el camino de las aulas y la educación, por ejemplo. Recuperar la obediencia aceptando que los escenarios estaban llenos de peligros. Peligros en la oficina, en las calles, en las manifestaciones públicas, en las universidades, en los partidos políticos, e incluso en las iglesias. Así como lleno de yerros ideológicos y políticos estaban los países vecinos. Es indudable que pese a la desesperación narrativa, esta se va perdiendo lentamente, y el movimiento estudiantil, la solución del 2 de octubre y la sociedad emocionada que seguía los episodios en las calles o en los periódicos, fueron el ambiente que permitieron que aquella élite fijara ciertas posturas sobre el modo de entender las nociones de autoridad, disidencia, libertad, marxismo o revolución, por ejemplo.

Aquel grupo amplio y diverso de funcionarios, de licenciados y generales, quiso codificar con el movimiento estudiantil las situaciones y personajes de su época, para contravenir la ola cultural que implicó a la rebeldía estudiantil. No era una acción desesperada, sino uno de los aprendizajes de la elite estadounidense que había codificado el nuevo escenario cultural europeo de posguerra, así como de su propio aluvión *hippie* que coincidía con el fin de la era Macarthy. Fue sí, la gran operación política de esa generación de priístas. Demostrarse así mismos, que el aparato estatal podía construir, como dice Mejías, unas generaciones obedientes a su estilo. Quizá esto no hubiese sucedido sin el desafío que significó esa generación de jóvenes que en la evolución de los días en parte se armarían y pasarían a la clandestinidad a través de las guerrillas, o que seguirían debatiendo sobre el sistema político y sus prácticas violentas. La potencia narrativa del discurso oficial crecería en los años siguientes, y llegaría a demostrar que se podía justificar la desaparición del enemigo.⁷⁶

⁷⁶ La caracterización de los estudiantes como el enemigo de la patria, será todavía una caracterización

Como fuera, los textos son ricos en visiones del escenario internacional: la revolución cubana, la lucha de los españoles antifranquistas, el Che Guevara y la guerrilla urbana, etcétera, todos aparecen en el fresco de los errores hispanoamericanos.⁷⁷ Todas las experiencias conducen a la fosa de la historia, hacia el destino del *che*, la desmesura y la muerte joven, la monstruosidad y fracaso del pensamiento libertario en los hechos. Van unos ejemplos: el periodista Blanco Moheno creyó que podía utilizar a las figuras locales para mostrar el error y la perversión del levantamiento estudiantil. Eligió a José Revueltas para construir su versión de la naturaleza psíquica del movimiento estudiantil, acorde a las necesidades del gobierno de encontrar aplausos para la solución carcelaria.⁷⁸ También Silvestre Revueltas sufrió el embate de palabras. Miembros de una familia que en aquel momento ya era una expresión del humanismo mexicano, para Blanco Moheno eran un síntoma indubitable de la anormalidad. Fenómenos que debían ser reducidos a través del estigma. Silvestre Revueltas, le parecía “desgraciadamente enfermo mental”.⁷⁹ Y del autor de *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* y profesor respetado de la universidad, un “incapaz en su trágica anormalidad,” que no halló más que “organizar una nueva infamia” propia de su “espíritu desviado y morboso”. Para los estudiantes cabía la disculpa: pobres

paternal, con claroscuros; al fin se trataba de los hijos de miles de familias que veían en ellos a su propio futuro familiar. En la puesta en práctica de estos métodos narrativos sofisticados, los estudiantes del 68 pasaron a ser la representación del límite político, así como de la posibilidad de encontrar un sitio. Sobre el modo de construir el enemigo en esos años ha trabajado Camilo Vicente Ovalle. Cfr. *Una violencia que no quiere decir su nombre. La creación del enemigo político y la desaparición forzada en México, 1970-1980. Elementos para una historia*, 2013.

⁷⁷ Blanco Moheno quería dar una vuelta de tuerca a la visión de Indalecio Prieto que decía que “América no tiene ejemplos en Cuba: sólo se aturde con montañas de palabras y se horroriza con un campo sembrado de cruces y miserias.” Sobre la herida abierta de la masacre estudiantil, el periodista exclama: “¡al contrario! El ejemplo de Cuba ha de salvarnos de los violentos, de los fanáticos, de los asesinos, de los soplones, de los torturadores, de los que venderían a su madre a cambio del poder”. Roberto Blanco Moheno, *Tlatelolco, historia de una infamia*, 1969, p. 160.

⁷⁸ Entre sus muchos blancos latinoamericanos estaba el Che Guevara: “Los comunistas, los pseudocomunistas de nuestra raza indoamericana son, todos, enfermos sociales”, y el Che, el “típico representante de estos progresistas que no son sino enfermos”. También es el caso de Lenin, cuya “extremada actitud de raciocinio, de lógica de inteligencia llevada a sus últimos extremos” le produjo “una consecuencia monstruosa: quiere libertar a los hombres del mañana [...] entonces machaca a los hombres de hoy, a los de carne y hueso y no hechos de sueños, a los que existían el día de ayer pero hoy yacen asesinados”. No falta “Evita Perón, una antigua entretenida,” ni su esposo “Perón, soldado de opereta ladrón y falsario”. Roberto Blanco Moheno, *op. cit.*, pp. 90, 103 y 173.

⁷⁹ *Ibid.*, p.162.

jóvenes sanos y normales, que “llevados de su edad, de su inmadurez, de su exceso de vida” lo siguen en “forma absolutamente inconsciente”.⁸⁰

¡*El móndrigo!*!, hizo los retratos de Demetrio Vallejo y de Lázaro Cárdenas. Contra Cárdenas nada hubiera podido decir Urrutia. Las acusaciones a Vallejo, por supuesto, son realizadas desde la complicidad de la postura revolucionaria: “no actuó como marxista, sino como cualquier burgués político en busca de votos y de los reflectores de la fama capitalista”, dice.⁸¹ No cabía sino la decepción para el “nuevo Lenin de América”, como la del “otrora máximo lucero del comunismo indoamericano”, el ex presidente Lázaro Cárdenas. Parecía hablar Echeverría sobre su propio papel ante la ausencia de quién representara verdaderamente la conciencia revolucionaria de México.⁸²

Urrutia también puso su esfuerzo por hacer un retrato del estudiante, más en abstracto y perverso. Inventa a un “connotado apátrida y truhán”, y le adjudica la siguiente conversación frente a su “círculo de amigos”. La escena, insertada entre la transcripción de los periódicos, se vuelve misteriosa. Resulta que este “enemigo del pueblo”, unos días después de la toma del ejército de Zacatenco, se “mofaba de su actuación” durante el recordado bazukazo. Se trata de un tal Ferrini, que había ido con “la idea” de “volar la puerta en el momento de que fueran a entrar los soldados”. Para ello había ido preparado un “*buti* de botellas molotov”. Se trataba de “matar a algunos” y con eso “encender a la juanada”. De este modo, según sus planes, el ejército entraría “matando a cuanto cristiano se pusiera enfrente”.⁸³

La irresponsabilidad civil de los jóvenes permitía argumentar alrededor de la falta de tutela paternal. Atrapado días después, Ferrini se había librado del ministerio público tras declarar que se “encontraba ahí por casualidad”. Su suerte no puede ser mejor: “se me preguntó qué hacía... y contesté que había asistido al teatro”. Tan simpática era su situación, que lo dejaron libre “con el clásico usted dispense y vuelta a retobar...” Vista la escena en

⁸⁰ *Ibid.*, p. 173. A través de Revueltas, Blanco Moheno destila el odio gubernamental a todos los espacios adversos. En su caso, también con la vieja dirección de “el Fondo de Cultura” donde Revueltas había sido publicado [...] cuando estaba “en manos de la *maffia* de poetisos pseudomarxistas a través de un argentino que manejó millones de pesos con suprema irresponsabilidad”.

⁸¹ *Ibid.*, p. 139.

⁸² *Ibid.*, pp. 141 y 168.

⁸³ Manuel Urrutia, *op. cit.*, pp. 50-51.

perspectiva, se burlaba de sus compañeros que no habían tenido su astucia ni valentía. Le “daba mucha risa” verlos detenidos, con “aspecto lastimoso” y aterrorizados. Ante el ejército y la policía: “la mayoría se había cagado de miedo”.⁸⁴

Urrutia también encuentra en “el doctor Fausto Trejo, profesor de la vocacional 7” una figura para el escándalo”. Aprovechaba de su lugar en las aulas “para darle rienda suelta a su verborrea demagógica”. Decía que había que ver en él, el “ejemplo del clásico maestro-político-agitador” que, desde su púlpito escolar, “empujaba con encendida requisitoria” a esos “mozalbetes irreflexivos para que según el decir de este *mentor* dejarán de ser pusilánimes y cobardes”. Urrutia no ahorra adjetivos en su retrato de esos “seres” de “refinados instintos bestiales”, “tragicómicos actores”, que deben ser “situados en las cámaras letrínicas correspondientes a su grado de perversidad”.⁸⁵ Por oposición, el verdadero estudiante es en realidad una “mansa muchedumbre de jóvenes” que “se encontraba descarreada” y ha sido víctima de los agitadores.⁸⁶

En la novela *¡El móndrigo!*, el retrato abunda en perversiones políticas. Se perfilan las alianzas espurias y un lado pragmático, que enloda a los miembros del consejo y al movimiento todo, que al fin enturbia el futuro de México. Según su interpretación, el movimiento estudiantil actuaba “con la perfección del disco de Newton”. Aunque estuviera “formado por todos los colores del iris”, se veía blanco y puro “al girar vertiginosamente”. El narrador, pegado a los folios de la DFS, festejaba su metáfora: “El símil es inmejorable. ¡Todos los colores en el Movimiento Estudiantil, y a los ojos del mundo a los ojos del mundo es blanco; esto es, limpio, justo, sincero, leal, e impremeditado!” Sin embargo, los verdaderos colores que se beneficiaban del movimiento estudiantil eran:

El rojo estallante, de los trotskistas; el negro mortal de los anarquistas; el morado arzobispal; el azul del PAN; el amarillo oro, de Wall Street; el oliva, de Fidel; el sucio, del Muro; el anaranjado, de Mao (los chinos son amarillos de piel y rojos de ideología, y la mezcla da anaranjado, ¿no?); y hasta el tricolor del PRI, porque los muchachos y los del Instituto Nacional de la juventud están en la huelga y en las guerrillas callejeras, y actúan como si anduvieran con el *Che*.⁸⁷

⁸⁴ *Idem.*

⁸⁵ *Ibid.*, p. 216.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 118.

⁸⁷ *¡El móndrigo!*, *Bitácora del Movimiento estudiantil*. México, Alba Roja, pp. 11-13.

En *Nuevo movimiento estudiantil*, en cambio, en un tono más teórico, quería explicar el escenario en que “la palabra estudiante” se desenvolvía. Las ideas que estaban detrás de la crisis de aceptación, no del PRI, sino, de las instituciones de la época, y que impactaban en los jóvenes. Entrarle a esa confusión subyacente que para unos fuera “sinónimo de héroe” y para otros, de “aventurero o agente de disolución”.⁸⁸ Detrás de sus ideas, no había sino una filosofía extraviada de rebelión: “teorías que nada tienen de revolucionarias ni de nuevas”. Eran las “teorías de la destrucción de todo sistema y todo estado social”. Teorías que se imponían en el cerebro juvenil con la idea de “no dejar piedra sobre piedra de la sociedad injusta”. Pese a la raigambre de los “filósofos de la destrucción”, según este Caminante, el modo en qué los jóvenes mexicanos se apropiaban de esas ideas se traducían en una “drogadicción anarquizante y destructiva”.⁸⁹

Según mi perspectiva, este trabajo es uno de los que mejor se camufla en el lenguaje académico, y en el discurso de los padres de familia más cultos de la ciudad. Menos sibilino que *¡El móndrigo!*, trataba de trastocar el costado idealista de la revuelta estudiantil, para argumentar que los estudiantes sólo alcanzarían en el tiempo un “desorden intrascendente”, sobre todo para su propio futuro. Una prosa lijada de paternalismo cruel: se plantean “empresas inasequibles,” una “revolución soñada, descrita no conforme la razón pura, sino en términos de una ilusión pura”. Y al no poder realizarse esa ilusión “aquí y ahora”, en vez de un “salto a la utopía”, descienden “sin previo examen de conciencia, al terreno de la pasividad”. Allí donde “florece una *dolce vita* apenas disimulada”, decía.

Las frases del libro apuntan a confundir al lector con una parodia de la jerga barroca de las luchas estudiantiles. Así, proponía interpretaciones del espíritu de las adhesiones antigubernamentales, como parte de un “maximalismo metafísico y verbal de una impaciente pequeña burguesía ultraizquierdista”.⁹⁰ En *¡El móndrigo!*, en cambio, el personaje principal es un estudiante tan imaginario como Ferrini, aunque este es un “líder

⁸⁸ La descripción va desde “la personificación de todas las virtudes” al “drogadicto consumado” y “avezado terrorista, entrenado en algún lejano país oriental”. Antonio Caminante, *op. cit.*, pp. 5 y 6.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 11-12. Por supuesto, muchas de estas ideas constituían una de los argumentos políticos del gobierno. El de los filósofos de la destrucción incluso lo había enunciado Díaz Ordaz en su VI Informe de gobierno del 1 de noviembre de 1968, con su famosa frase de “¡Qué grave daño hacen los modernos filósofos de la destrucción, que están en contra de todo y a favor de nada!”

⁹⁰ *Ibid.*, p. 20.

del Consejo Nacional de Huelga”. Ha muerto el 2 de octubre, en el edificio Chihuahua, dejando entre su ropa un “fajo de hojas” que es nada menos que todo un “diario íntimo” donde “anotaba meticulosa y ampliamente los sucesos más salientes del Movimiento Estudiantil”.⁹¹ Su personalidad es incendiaria, y su “lenguaje lo sitúa como acelerado”, dirá Gonzalo Martré. Su ritmo de acciones y escritura reflejan a un joven inagotable: “ordena, dispone” y “posee el don de la ubicuidad”.⁹² Sus frases para los primeros días de agosto confirman el espíritu conspirativo que el gobierno denunciaba, y no duda en festejarlo como si se tratara de un largo y esperado plan: ¡al fin estamos “constituídos en Consejo Nacional de Huelga”! Nada era el fruto del “azar y a la improvisación”.⁹³ Hilvana sueños de una “dictadura obrero-campesina dirigida por los estudiantes”, que sería el resultado de su “soberbio plan”, que no tiene otro objetivo que poner “el país en llamas”.⁹⁴ Es un ejemplo del pragmatismo: “toda transa es buena cuando conduce al triunfo,” sobre todo si se trata de tomar “las riendas del poder”.⁹⁵

Este muchacho que debiera representar a las víctimas del 2 de octubre, aparece siendo el artífice y provocador de todos los embates policiales, la destrucción de la puerta de San Ildefonso, la asonada en el Zócalo, la masacre del 2 de octubre. Como aquel Ferrini que en la fiesta del 16 de septiembre insiste en empujar la puerta y entrar al Palacio Nacional, éste pide “unos muertitos” o “tal vez varias docenas de heridos”, todo sea hecho para sostener al movimiento.⁹⁶ El argumento y la crónica avanzan mostrando paso a paso su carácter conspirativo, que lo lleva de ofensor... a suicida. Le parece que los “muertos son indispensables” para obtener la cohesión y el consenso social sobre el movimiento, hacen de “mezcla, de cemento, o ligazón”. Sin ellos, sin cadáveres en las tapas de los diarios, “¿cómo gritar ¡represión!...?”.⁹⁷ Ante la negación del gobierno de Díaz Ordaz a reprimir, nace el soberbio plan del Móndrigo, justo en los términos en que mejor se avienen a la

⁹¹ *¡El móndrigo!*, pp. 5-6.

⁹² Gonzalo Martré, *op. cit.*, pp. 145-147.

⁹³ *¡El móndrigo!*, p. 34.

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 8, 11 y 50.

⁹⁵ *Ibid.*, pp. 47, 51 y 143.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 142.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 148.

explicación de la DFS y el ejército para el 2 de octubre, en los mismos de la conferencia de prensa del 5 de octubre.

Este plan para Tlatelolco “consistía en esconder en diversos edificios contiguos al Chihuahua a varias columnas de estudiantes y maestros convenientemente armados”. Todo estaba planeado: “cuando el ejército acordone al mitin, a una señal dispararán contra los soldados; y éstos, al contestar, lo harán sobre los estudiantes y gente del pueblo congregados en la plaza”. Según sus cálculos, “la matanza será segura”, y llevaría a una crisis nacional, a la solidaridad de todos los sectores sociales con los estudiantes. Apenas “cuarenta y ocho horas después, el paro general y los desórdenes en todo el país harán caer al gobierno, y el poder pasará a nuestras manos”.⁹⁸

Se eligen nombres para sembrar el rumor de que el movimiento ha sido traicionado por quienes desean acelerar la caída del régimen, y promueven hacer estallar el conflicto unos días antes de las olimpiadas. Se dan pormenores de la anuencia de amigos que son inquilinos en los edificios Chihuahua, Sinaloa, Issste, Molino del Rey, Querétaro, y Dos de Abril”, todos ellos “con ventanas a la Plaza de las Tres Culturas”. Termina la trama, está todo listo “para que nos apostemos y desde allí recibamos a tiros a los soldados”, pero también, “a los que se atraviesen”. Al personaje le “tocó en el Chihuahua con otros quince compañeros”. Y aunque él no es “jefe de grupo”, y existen alteraciones y “circunstancias a última hora, o de conformidad con la táctica a emplearse” que son cambiantes, sabe perfectamente quién “se situará atrás de la iglesia de Tlatelolco para dar la señal de fuego con la luz de la Bengala [...]”.⁹⁹

Cultura política, ideología y adhesión

En estos documentos se presentan algunos fragmentos que pertenecen al campo de las ideas políticas de esos años. Al mismo tiempo que se revelan las obsesiones por caracterizar al enemigo a fin de forzar su rechazo, impedirle adhesiones y justificar las políticas de represión, se producen inesperadas lecturas de la coyuntura, así como preocupaciones por

⁹⁸ *Ibid.*, p. 177.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 181.

las nuevas conductas y los comportamientos masivos. Se esbozarán incluso teorías sobre la acción política, y un pequeño debate sobre cómo dar cauce a la inconformidad social apelando a prácticas concretas para deshinibir la rebeldía. Puesto en boca de *¡El móndrigo!*, una de las grandes preocupaciones de la élite gubernamental es por la cohesión social y las capacidades de reacción del partido en esta crisis. También cómo Mejías, *¡El móndrigo!* esboza sus ideas sobre los mecanismos para obtener el apoyo de las “miles de personas [que] están dispuestas a luchar de nuestro lado”. A pesar de poner este discurso en boca de un estudiante, el autor expone las prácticas necesarias para renovar el apoyo nacional: “aprovechar la ambición de millares de políticos salidos de la pequeña burguesía rural y urbana, que no logran escalar posiciones importantes”;¹⁰⁰ encontrar “hábles métodos de atracción para los políticos postergados, para los escritores hundidos en la estrechez económica, para los intelectuales que pasan más como tales que lo que son”; admitir que “los obreros, los campesinos y los pequeños burgueses” son personas que “tampoco actúan con limpias intenciones”. Incluso partir de la idea de que la “inmensa masa de nuestros amigos y adictos está formada de oportunistas”.

Sin embargo, uno de los problemas es qué hacer con el efecto de las críticas estudiantiles. Qué hacer contra el descrédito en las filas propias, es decir cómo evitar el vaciamiento de la adhesión, en la propia gestualidad de la acción cotidiana. Uno de los espacios de preocupación era la misma burocracia, sobre la que se producirían muchas formas de control, por las vías de la marginación, el despido, o el escarnio.

Político o funcionario que no jale con nosotros, debemos convertirlo en el blanco de un ataque frontal de ferocidad despiadada. Es suficiente que hagamos escarmiento de uno. Basta que se convenzan de que tenemos capacidad de cerrarle el camino a alguien y convertirlo mediante nuestra campaña en un verdadero palo de gallinero que no haya por donde tomarlo, para que los demás se dejen ganar por el miedo.

De manera inquietante, el texto anuncia la necesidad de asediar a través de todos los medios al “pequeño burgués ambicioso”, de arrinconarlo no para que tome partido, sino para que no lo tome por nada. Parecía sencillo gobernar a ese que “tomado por la fiebre de la codicia, del poder, siente una angustia envenenada en cuánto nosotros lo golpeamos con tenacidad”. Así como uno depende de su seguridad económica, otros dependen de su lugar institucional. Por eso, en cuanto un funcionario muestre su ambigüedad, deberían iniciarse

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 82.

mecanismos de señalamiento y coerción:

Hay que inventarle todo. Hay que dejarlo en la miseria moral; hay que vapulearle con todas las armas; que no quede al final sino un miserable guiñapo arrollado y amasado en su propio fango; en ese fango que hayamos fabricado para él.¹⁰¹

Esta línea de interpretación –que considero bastante legítima– implica recuperar estas afirmaciones tanto en su lógica ficcional, tanto como productos del escenario oficial. Nos muestra un 1968 que es también un momento especial de pensar la política, en medio de una crisis de aceptación del régimen. Otro de las preocupaciones que estaban presentes en el *¡El móndrigo!* fueron sobre los efectos que 1968 tendría para los jóvenes, en especial como un detonador del crecimiento de la guerrilla existente. Es el sustrato de su imprecación paternal de criticar la opción estudiantil por un “arrojo insensato, que tan sólo conoce el avance y no conoce la retirada”.¹⁰² El autor podría estar expresando el malestar con la estrategia, ahora sí que incontrolable, del Consejo Nacional de Huelga, que no reconocía el poder real del gobierno.

Al punto que al general Urrutia le parecía necesario ejemplificarlo con la interpelación del conde Priego al Cardenal Cisneros, en *El político*, la novela de Azorín. El primero le pide al segundo “explicaciones sobre el derecho” y la legitimidad “con que se había alzado con el poder y gobernaba”. Luego de escuchar al conde de Priego, transcribe Urrutia, el cardenal lo invitó a uno de los balcones: “Desde allí se veían formados los cañones. Mandó cargarlos el cardenal y pegarles fuego; los estampidos llenaron el aire. Entonces el gran cardenal se volvió hacia su reclamante y dijo: ‘Ésos son los poderes que tengo’”.¹⁰³

Siguiendo al *¡El móndrigo!*, los estudiantes no han sabido ver los cañones del gobierno, un “atrevimiento imprudente que puede llamarse miopía militar”. Posiblemente “el temor a verse privados de territorio”, dice, hace olvidar que “una de las particularidades de la guerra de maniobras es su movilidad, la cual no sólo permite sino exige de las tropas de campaña grandes tránsitos en el avance y en el retroceso”. No contemplaron cosas como “por ejemplo: terreno favorable, formación de combate del enemigo tal, que permita asestarle golpes, un apoyo de la población que excluya la posibilidad de la filtración de la

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 84-86.

¹⁰² *Ibid.*, p. 139-140.

¹⁰³ Rodríguez Manguía, *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder* 2007, p. 45.

información al campo enemigo”, como posiblemente iba a pasar el 2 de octubre en Tlatelolco. “Encontrándose en situación claramente desventajosa”, los estudiantes continuaban combatiendo “por cada ciudad, por cada palmo de tierra y, como resultado, no sólo pierden la ciudad y el territorio, sino que tampoco pueden conservar sus fuerzas”.¹⁰⁴ Esta era una de las razones por las que se entreveía que después de su revuelta, costaría regresar de las posiciones, y la opción sería irse “al monte a la guerrilla y al terrorismo”.¹⁰⁵

Una década después, y enmarcado en el relato sobre las guerrillas, sólo Aguilar Camín pudo brindarle a la voz del vencedor tanto disfraz y frescura al dirigirse al vencido en *La guerra de Galio*. Otra vez la filosofía acudía a explicar las decisiones políticas: “el estado se alimenta de las flores ingenuas que se oponen a su paso, como ha dicho Hegel”. En el escenario de la guerra sucia, la sociedad debía analizarse entre el amor y la violencia: “los hombres quieren ser acariciados o reprimidos”.¹⁰⁶ Los jóvenes radicales que buscaban un México diferente deberían hacerse responsables de querer forzar la marcha de la historia.

El país que tú sueñas y en el que quieres vivir [...] está esperando turno en la historia. Habita alguna franja de nuestro futuro. Es una virgen núbil. Pero no es la madrota que administra el país que vivimos. Tu niña impoluta viene hacia nosotros con lentitud, cavando poco a poco su lugar en nuestras vidas. Tú sueñas que ya está aquí. No, en realidad sabes que está lejos todavía. Pero quieres forzar su parto aunque muera la madre. Y lo que tienes en las manos para apresurar ese parto, no es un quirófano ni un *forceps*, sino un palo con el que golpeas el vientre recién preñado. Conseguirás un aborto.¹⁰⁷

¿Podrían los partidos políticos aprovechar la crisis del PRI? Las voces de los partidos políticos se habían desdibujado en los días del movimiento, y parecían expectantes ante la solución del conflicto. “Los cerebros del PAN, y he procurado guardar la seriedad al escribir esta frase, imaginan un triunfo izquierdista en la capital de la República”, dice; *El móndrigo!*: acaso especulan que a la menor crisis del PRI, antes que el partido comunista, sería el PAN el favorecido. Debían estar seguros de que con tal de “desplazar a los marxistas-leninistas dueños”, si al fin llegaran a sostenerse “momentáneamente del

¹⁰⁴ *Idem.*

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 182.

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 246-247.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 325.

pandero” de la presidencia, los Estados Unidos reaccionarían: “aprovechando la próxima campaña presidencial favorecerán al PAN”.¹⁰⁸

También el *Nuevo movimiento estudiantil* de Antonio Caminante alude a los efectos que tenía la crisis política en el escenario electoral. El diagnóstico era claro en el sentido de que más que una crisis del PRI, lo que se estaba haciendo evidente era una crisis de ofertas simbólicas, y que se expresaba en la juventud urbana y mejor preparada, que anhelaba transformaciones para su propio futuro, pero también como expresión de un sentimiento de época. Claro que en la prosa de estos trabajos, siempre aparecía la mofa y la crítica hiriente que hoy puede verse en los llamados *trolls*.

El PRI, para los estudiantes, es demasiado oficial, excesivamente institucional, en relación directa con “lo establecido”. El PAN les huele mucho a conserva reaccionaria, mal disfrazada con una desabrida palabrería entre cristianizante y liberal. El apacible y anémico socialismo del PPS les dice muy poco... La consecuencia: los estudiantes activos pertenecen sobre todo a los pequeños núcleos que ya en Francia recibieron el nombre clásico de grupúsculos... trotskistas, maoistas, castristas, guevarista... nihilistas y anarquistas naturales, anarquistas por temperamento, aunque no hayan leído un solo folleto de esa tendencia.¹⁰⁹

En la visión oficial, la izquierda mundial que estaba detrás de esta explosión de rebelión, estaba produciendo un aborto tras otro, miles de muertes que se explicaban con una pasión militarmente miope. No hay dudas que el gobierno debe representarse a distancia de aquellos con los que ya no se comparten los proyectos. Para ello se aplica el misma medicina que con los líderes estudiantiles. En representación del campo oficial, Blanco Moheno embiste contra el comunismo en general; los llama enfermos, asesinos, fanáticos y miserables.¹¹⁰ Y declara su aceptación por el gobierno de Franco, que ha hecho de España un territorio de “paz fincada en la injusticia, pero paz” al fin.¹¹¹ En específico, de la revolución cubana, con los que parecía dialogar el régimen, una visión terrible:

El ejemplo de Cuba ha de salvarnos de los violentos, de los fanáticos, de los asesinos, de los

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 246.

¹⁰⁹ *Ibid.*, pp. 7-8.

¹¹⁰ “Los comunistas, los pseudocomunistas de nuestra raza indoamericana son, todos, enfermos sociales”. Y el Che Guevara, el “típico representante de estos *progresistas* que no son sino enfermos”. Quieren “libertar a los hombres del mañana [...] pero hoy yacen asesinados”. Roberto Blanco Moheno, *op. cit.*, pp. 90 y 103.

¹¹¹ El texto dedica casi cien páginas a criticar a los republicanos, considerando que si Franco desapareciera “España caería de nuevo en el caos”. *Ibid.*, p. 22.

soplones, de los torturadores, de los que venderían a su madre a cambio del poder.¹¹²

Los líderes de la revolución argentina, Juan Domingo Perón y Eva Duarte, eran tratados como paladines de la corrupción progermana. Del presidente de Guatemala recién derrocado, Jacobo Arbenz, “una rata que salió huyendo al primer disparo”; etcétera.¹¹³

Cerradas las puertas de las alianzas electorales locales, cerrado el imaginario de la política internacional, a los jóvenes mexicanos había que abrirles una puerta. Esa nueva puerta estaba ligada al indiscutible “el despertar de una nueva etapa en el ritmo ascendente de México”, para ponerlo en las palabras de Urrutia.¹¹⁴ El primero en enunciar las posibilidades que abría el golpe letal al disenso indefinido que expresaban los estudiantes, es Mario Moya Palencia. Amparado en su seudónimo de *Sembrador* responde a Octavio Paz el 15 de noviembre de 1968, inmediatamente después de su renuncia a la embajada en la India. Es curioso escuchar en la voz oficial la metáfora del parteaguas de Tlatelolco, la rememoración de un rito de nacimiento: el parto de una nueva sociedad. Moya Palencia, incómodo con las críticas de Octavio Paz, pedía recuperar el marco interpretativo de *El laberinto de la soledad* para explicar la tarde del 2 de octubre.

No tiene nada de raro que intelectuales pretendidamente izquierdistas y corresponsales calumniadores se unan en sus ataques a México, lo que no nos extraña es el viraje que ha dado Octavio Paz en sus propios ideales sobre los sacrificios pues en la página 186 de su libro *El laberinto de la soledad* sostenía textualmente, como una interpretación de la psicología actual del mexicano: “el sacrificio y la comunión dejan de ser un festón totémico, si es que alguna vez lo fueron realmente, y se convierten en la vía de ingreso a la nueva sociedad”. ¿En qué quedamos, por fin?¹¹⁵

También el *Nuevo movimiento estudiantil* seguía la tesis de que “aun al precio de la sangre”, tras la masacre y la desmovilización estudiantil, “se elevan las oportunidades de la acción democrática” del gobierno.¹¹⁶ El autor presenta en clave lo que considera una acción de gobierno que fuera incluyente de la disidencia estudiantil, ofreciendo un camino para que los sectores opositores puedan “ejercer el sano descontento”. En una asombrosa sintonía con las ideas de Mejías de rescatar la experiencia de la revolución rusa,

¹¹² Roberto Blanco Moheno, *op. cit.*, p. 160.

¹¹³ *Ibid.*, pp. 174-178, 204.

¹¹⁴ Manuel Urrutia, *op. cit.*, p. 11.

¹¹⁵ Citado por Rodríguez Munguía, *op. cit.*, pp. 164-165.

¹¹⁶ Antonio Caminante, *op. cit.*, p. 43.

ofreciéndoles a los intelectuales opositores ocupar el “ancho camino” de la educación, en la continuidad del régimen. La invitación era clara: “Cada estudiante debe tomar el sitio que le indiquen sus ideas y sus sentimientos, y todos juntos desplegar una acción renovadora y constructiva en el campo de la educación [...]”.¹¹⁷

Su argumentación, quizá porque va dirigida a estudiantes, viene acompañada de esta invitación a incorporarse de manera constructiva en las filas del gobierno. Específicamente, de cambiar “el camino de la revolución” por otro: “el camino” de “aprovechar la apertura democrática que ahora se abre (sic)” a través del nuevo gobierno de Luis Echeverría.¹¹⁸

Evidentemente, unos y otros esperaban que estas ideas se asumieran como efecto disciplinador o, en palabras del *¡El móndrigo!*, expresaran que cerrarle un camino a quien enfrentara, no implicaba no dejarle algún resquicio aceptable. En boca de aquél, que ya sabemos proclamaba una dictadura obrero campesina abriendo la puerta del palacio, anotaba la prioridad de hacer que los sectores disconformes vinieran “hacia nuestro campo no como militantes afiliados al Partido (sic) –que a ellos no les conviene ni a nosotros tampoco– sino como servidores”.¹¹⁹ Esta preocupación esencial de “atraer y captar a nuestro campo”, especialmente “al sector de donde” el otro campo “saca sus mejores contingentes”, presenta la pulsión del régimen que caracterizará al gobierno de Luis Echeverría, incluso en el marco de la transformación del sistema educativo.¹²⁰ Podría decirse, es uno de los grandes efectos culturales de 1968.¹²¹

Cosas que pasarían después...

Dijo Heberto Castillo, que al final del gobierno de Luis Echeverría había quedado claro que

¹¹⁷ *Ibid.*, pp. 44-45.

¹¹⁸ *Ibid.*, pp. 43-44.

¹¹⁹ *¡El Móndrigo!*, p. 82. Atribuyo el uso de la palabra Partido al descuido del escritor, que fusionaría sus propias propuestas políticas con la ficción central del texto. En el apartado sobre los libros se mencionan otros segmentos del texto, claramente exógenos al relato principal.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 85.

¹²¹ En este sentido, considero un hecho especial que esta tesis sea defendida en la Universidad Autónoma Metropolitana.

“el gobierno aprendió mucho... mucho más que los grupos de izquierda”.¹²² Uno de esos espacios en que el gobierno había aprendido mucho era el de la narración ordenada y profunda sobre un tema clave. En los años siguientes, su capacidad narrativa se habría vuelto estable, y su residencia, cada vez más artificiosa. Al punto de que en la actualidad sólo se percibe la llamada propaganda blanca, pues viene con el sello oficial, pero casi no existen –salvo en la llamada guerra sucia contra Andrés Manuel López Obrador- debates sobre ella. Pero inmediatamente después de 1968 se pusieron en circulación muchos “libros sin madre, nacidos del viento, sin registro ante la ley, sin derechos de autor, sin una editorial responsable, anónimos”, y con los que el gobierno desestabilizaba las relaciones e interpretaciones que consideraba amenazantes, pues llegaban “a donde debían llegar”, como escribió Julio Scherer.¹²³

Pero como advertí desde el principio de este capítulo, no todos los libros debían ser anónimos para ser útiles al proyecto oficial, como ocurrió en muchas ocasiones. En la historiografía oficial de 1968 no sólo podría decirse esto del libro de Blanco Moheno, sino también de la novela de Luis Spota, *La plaza*. Todos apuntaban al intercambio de roles entre víctimas y victimarios: transformar a los estudiantes en responsables de la masacre; y al ejército en víctimas de una emboscada. La estructura argumental de *La plaza* tenía el objetivo de establecer la ligazón entre la desesperación de las víctimas del 2 de octubre (en el caso de la novela, el personaje es un hombre que pierde a su hija en Tlatelolco) y la decisión de tomar las armas, secuestrar y torturar como alternativa para su malestar contra el grupo en el poder. En cuanto al recorte del 2 de octubre, este libro es absolutamente coincidente con la versión oficial, en tanto lo principal del problema será un eje fundamental de la explicación oficial: la bala primera que incita al ejército.¹²⁴

¹²² Renata Sevilla, *Tlatelolco ocho años después, testimonios de José Revueltas, Heberto Castillo y otros*, 1976, p. 46.

¹²³ Llegaban “al corazón de los conflictos envenenados: la libertad de expresión, la guerrilla, la matanza del 2 de octubre. El lenguaje brutal en que fueron concebidos y escritos acusa un ánimo de linchamiento. Pululan por ahí seres despreciables que deben ser destruidos, transmitía su lenguaje. Los libros se llaman: *El Excelsior* de Scherer; *Danny*, *El sobrino del Tío Sam*, *Biopsia de un cínico*; *El Móndrigo* (sic) y *Qué poca mad. . . era la de José Santos Valdés*”. Julio Scherer, *Prensa y poder en México*, 2003.

¹²⁴ “Repasemos cuáles son los hechos comprobables” pedía el novelista Luis Spota, tras apuntalar la versión de los disparos ofensivos “1. Cuando el mítin está disolviéndose, hay un balazo que abate al jefe de la tropa”, Luis Spota, *La plaza*, 1971, p. 193.

Un libro de Lorenzo de Anda, de 1974, expresaba furia con los que llamaba “los intrigantes”. Los definía como esos que “comen a sus prójimos en salsa de mentira” y “aceite de la calumnia”. Los cientos de jóvenes se habían incorporado a las tareas de hacer política desde el Estado, haciendo uso de las herramientas que circulaban allí, entre ellas la construcción de la opinión, le molestaban a De Anda. Le parecía que esos hombres se habían preparado arduamente, que su ciencia era fina al grado de conocer “la mentalidad de las otras personas”, como “la idiosincrasia de un grupo o de un pueblo”. Su habilidad discursiva estaba dotada de “palabras que actúan en las mentes y en los corazones”. Algunas de ellas, “articuladas lógicamente satisfacen a la mente, pero no al corazón. Otras, llegan a los sentimientos, pero no convencen a la inteligencia”. Según su curioso objeto de análisis, estos grupos lograban, a través de ese “ocultamiento malicioso”, que los relatos llegaran a todos lados, tras la “burda máscara de interés social”.¹²⁵ De Anda y Scherer – mucho después-, hablaban de lo mismo: de uno de los sectores más dinámicos de la opinión pública: el público fantasma.

Unos años después –pese a los desmesurados elogios que le hicieran diversos escritores consagrados de México– Héctor Aguilar Camín haría lo suyo con *La guerra de Galio*.¹²⁶ La violencia estatal de los años setenta sería el escenario para responsabilizar a los disidentes de la fuerza que los asesinaba. Buscaba acelerar el debate sobre el problema de la fuerza de una batalla política. ¿Guerrillas de liberación?, se preguntaba: “Lo único que han liberado sus amigos hasta ahora, es la fuerza que los aniquilará”.¹²⁷ Para este historiador, la violencia de esos años, las víctimas del aparato policial, serían una unidad. Ni bien ni mal, ni buenos ni malos podían discernirse: “el bien trae mal, la maldad arroja buenos frutos”.¹²⁸

¹²⁵ Lorenzo De Anda y de Anda, *La mecánica de la intriga...*, 1974, pp. 17, 41 y 43.

¹²⁶ La lectura que hace Carlos Fuentes, en “La guerra de Galio”, es la de los dos demonios. Fuentes es extraordinariamente coincidente con Caminante al analizar *La guerra de Galio*, y caracterizarla como la historia del “duelo entre las dos élites de México: la oficial y la crítica.” Según Fuentes y Aguilar Camín, ambos responden a las mismas lógicas. Cfr. La reseña en revista *Nexos*, “La guerra de Galio”, 1 de octubre de 1991. <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=268649> [con acceso en 2013].

¹²⁷ Héctor Aguilar Camín, *La guerra de Galio*, p. 469.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 469.

El mensaje es claro: “El país que tú sueñas y en el que quieres vivir... está esperando turno en la historia”.¹²⁹

En los años subsiguientes -que no son parte de esta tesis- se dio un perfeccionamiento del aparato narrativo gubernamental. En gran parte, esto se logró gracias al crecimiento de los medios de comunicación privados, y un gran proceso de formación de capital humano. La historia de la región volvió dispar a estos procesos en el manejo de las élites de la información y la propaganda. En varios países los autoritarismos concluyeron y eso dejó en manos de los medios privados la oportunidad de construir o destruir proyectos políticos. México, en cambio, la supervivencia del partido y su profunda ligazón con las familias de los grandes medios permitiría una renovación de políticas de comunicación que aún están insuficientemente analizadas. No puede decirse que la tiranía sea invisible, pero su residencia artificiosa, sí.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 325.

Capítulo 3

Hacer historia con la voz oficial

Cuando los horizontes se confunden

La novelística oficial sobre 1968 está absolutamente entrelazada con los archivos políticos, y por tanto, proyecta sombras sobre la historiografía política mexicana de esos años. Las novelas se sobreimprimen en los esfuerzos de historiar estos momentos apoyándose en las fuentes oficiales, como fragmentos de la interpretación autoritaria. En este sentido, aun coincidiendo con que “la versión social y testimonial se ha enfrentado, y victoriosamente, a la versión oficial” durante estos años –como sostuvo Carlos Monsiváis–,¹ es necesario remarcar que una y otra comparten un espacio que no está exento de problemas, como los que plantearán los propios trabajos de Monsiváis y Scherer, como veremos más adelante. El presente capítulo intentará plantear algunos de estos, empezando por el problema de que las versiones no sólo se oponen sino que, al hacerlo, construyen algo nuevo que podría llamarse, la polémica del episodio. Y al concentrarse en los mismos aspectos, imprimen sobre ellos sus diferentes horizontes de expectativas: las víctimas, en pos de verdad y justicia; los de los órganos de gobierno, en pos de aprobación y consentimiento para sus prácticas. Estos horizontes finalmente pueden componer el escenario, con sus tramoyas y luces, en donde se recrea la memoria.

Antes de lanzarse a la construcción definitiva de su versión de 1968, esa pequeña red de discursos del campo oficial que se extiende hasta la boca de los funcionarios, las policías habían generado grandes volúmenes de papeles. Informes sobre los operativos, resúmenes para las autoridades superiores, perfiles personales, cronologías, expedientes de fotografías agrupados como ilustración de un momento (la totalidad de los carteles de una marcha, las armas decomisadas en Tlatelolco, las imágenes de las explosiones en el viaducto unos días

¹ Carlos Monsiváis “El 68: las ceremonias del agravio y la memoria”. Julio Scherer y Carlos Monsiváis, *Parte de guerra: Tlatelolco 1968....* [1999] 2002, pp. 152-153.

después de la masacre), declaraciones de los detenidos, etcétera. Esta documentación, como sucedería con la de otros momentos, acabarán siendo materiales para los historiadores, en este caso, desde el año 1998. La construcción de una versión oficial, sus claves de interpretación, ¿tendrían incidencia en estos discursos documentales del hacer burocrático? ¿Cómo analizar el proyecto epistemológico de las fuentes oficiales sin reducir nuestro análisis a la desconfianza y la comprobación? ¿Es posible hacer un análisis de los textos que, tomando al año de 1968 con centro, se apoyan en la documentación de las policías o el ejército?

Este capítulo busca ofrecer una mirada sobre los usos de la documentación de las secretarías de Gobernación y Defensa Nacional, actualmente depositadas en las galerías I y II del Archivo General de la Nación (AGN) en la historiografía mexicana de 1968. En este apartado espero aportar algunas ideas sobre ese delicado abismo existente entre la prosa de operación de un gobierno autoritario y la enunciación pública que busca la aprobación de las acciones gubernamentales. Lo que aquí se presentan son fenómenos propios de la narración de un archivo, que incluye versiones, bocetos, borradores, transformaciones, etcétera, en el marco de una práctica burocrática específica. Y también, intenta ser un análisis sobre las dificultades de hacer historia con estos materiales. Hacia el final trataré de abordar algunos efectos que me parecen importantes. Uno sobre el conflictivo recorte temporal dominante del movimiento estudiantil de 1968, como una de las apuestas oficiales más exitosas. Otro, sobre la primera batalla de Tlatelolco, del 21 al 24 de septiembre. Y el tercero sobre la cultura política que habría dejado el año de 1968; es decir, sobre la naturaleza de este momento como parteaguas político.

Entrando en tema: a diferencia de los textos anteriores, expuestos públicamente a la luz para producir un efecto, los archivos documentales son un objeto privado. Sus efectos son la práctica misma del grupo en el poder. Vistos como un corpus, muchas son sus características internas, pues las lógicas de acumulación del acervo de esos años de la secretaría de gobernación responden a la lógica de una oficina, pero los de la DFS del mismo momento, funcionan como una matriz de campos de datos. En ambos hay muchos formatos, muchas fuentes, usos e intenciones.

El archivo como texto

La historiografía oficial sobre 1968, entrelazada con los archivos históricos mencionados, proyecta sus sombras sobre la historiografía política mexicana, como lo hace sobre la imaginación colectiva. Ideas e imágenes oficiales se anteponen y sobreimprimen en los esfuerzos de historiar estos momentos apoyándose, como fragmentos de la interpretación autoritaria, usando o no la documentación oficial. En este sentido, aun coincidiendo con que “la versión social y testimonial se ha enfrentado, y victoriosamente, a la versión oficial” durante estos años,² es necesario remarcar que una y otra con su tensión construyen un espacio de problemas (como los que plantearán los propios trabajos de Monsiváis y Scherer, como veremos más adelante). Empezando por el problema de que las versiones no sólo se oponen sino que, al hacerlo, construyeron algo que podría llamarse, *la polémica de 1968*. Al concentrarse en los mismos aspectos, imprimieron sobre ellos sus diferentes horizontes de expectativas. Las víctimas, en pos de la justicia y también de la continuidad del movimiento del 68 como bandera de una idea de ciudadanía. Los horizontes de los órganos de gobierno, en pos de aprobación y consentimiento para sus prácticas, y también, en torno a la destrucción de sus adversarios políticos. Ambos horizontes componen las líneas del escenario, allá donde se proyectan la luces de la memoria.

No obstante, no existen grandes dificultades en diferenciar la versión social de la oficial; una y otra constituyen la polémica de 1968; una y otra tropiezan entre sí, contestándose día tras día. Tampoco cuesta advertir esos trabajos que, al interior de la versión social, buscaron utilizar la documentación oficial como apoyo a sus argumentos;³ o la utilizaron para mostrar las incoherencias de la versión oficial.⁴ Lo que nos presenta una dificultad mayor es justamente la versión oficial, sobre todo en lo que implica separar la tarea misma de gobierno durante el propio 1968, con el esfuerzo de proyectar interpretaciones sobre el movimiento estudiantil. Incluso deberían caber preguntas sobre qué tanto los textos que hacen a una y otra pulsión son acaso diferentes. Al menos como para suponer que se pudo

² Carlos Monsiváis “El 68: las ceremonias del agravio y la memoria”. Julio Scherer y Carlos Monsiváis, *Parte de guerra: Tlatelolco 1968....* [1999] 2002, pp. 152-153.

³ Aguayo 1998 o Scherer 1999.

⁴ Montemayor 2001.

producir una historiografía (una voz impostada y creadora de opinión en sentido literal) y a la vez, haber producido un registro de aquellos días, dominado por –por ejemplo- la pulsión de detener las manifestaciones estudiantiles. Es posible que el amplio registro de los archivos, contenga tanto el debate sobre la representación, como los retazos de la construcción de la versión oficial. En este sentido, contener el peso de la interpretación oficial en cada momento. José Sotelo Marbán decía que la lectura de un documento del archivo policial dependía de la cercanía o distancia de la fecha de redacción con la fecha de los hechos referidos. Cuanto mayor distancia entre un hecho y el otro, más dudosa se volvía la información contenida.

A mayor distancia, mayores transformaciones del horizonte de expectativas sobre el uso de la información. Una de estas manifestaciones es la presencia en los archivos de correcciones y camuflajes, identificados por algunos historiadores reconstruyendo procesos de esta época. Sergio Aguayo se planteó algunos problemas de las políticas de la narración oficial, hace ya varios años, pero en referencia a la desaparición de personas a finales de los años setenta. Decía que por razones “que no tengo claras” encontró que en abril de 1979, la DFS “distorsionó deliberadamente información” de sus propios archivos. Quizá para dejar asentada una coartada sobre un grupo de jóvenes de la Liga Comunista 23 de Septiembre, que habían sido detenidos y desaparecidos –tal y como constaban en sus documentos–, presentando relatos de sus supuestas fugas. Dice Aguayo que en casi una decena de expedientes encontró la “manipulación intencionada de la información sobre el destino de las personas detenidas”, Y le adjudica esas modificaciones a la presión y “la exigencia de los familiares” que en ese momento ya habían presentado denuncias, y hecho conocer su caso, específicamente de hechos ocurridos en el Estado de Sinaloa.⁵

Según Aguayo, el director de la DFS, Miguel Nazar Haro “ordenó que se modificaran los expedientes para dar pistas falsas y, de esa manera, librarse de la responsabilidad y cerrar

⁵ Hay que recordar que los familiares de los desaparecidos del país habían llamado a 1979, el *Año de la presentación de los desaparecidos*, lo que era también una reacción a una promesa política. El 5 de julio de 1978, el obispo de Ciudad Juárez, Manuel Talamás Camandari, le envió una carta al Procurador General de la República solicitándole información sobre el grupo de jóvenes desaparecidos en Sinaloa. Y el 18 de octubre de 1978, el grupo de padres de Sinaloa que buscaba a sus hijos, le envió un telegrama a José López Portillo, en el que le pedían que tocara el asunto con el gobernador del Estado, Alfonso Calderón, al que culpaban por las acciones de la policía judicial. Esto tuvo uno de sus momentos más conspicuos en la conferencia de prensa del 24 de enero de 1979, en la que el procurador Oscar Flores Sánchez dio por concluido el problema.

los casos”. La orden se habría ejecutado a través de una cuadrilla de redactores, según Aguayo, que “entre el 14 y el 16 de abril de 1979” habrían corregido los materiales. Al parecer, “hicieron un trabajo muy burdo porque una lectura cuidadosa muestra disparidad evidentes entre la corrección de 1979 y lo escrito en años anteriores”.⁶

Aguayo analiza varios tipos de ajustes, entre ellos, los eufemismos de la ejecución, la “muerte en enfrentamiento” o “por falta de atención médica”, y la piadosa explicación de los “prófugos”.⁷ Unos años después, pero sobre episodios anteriores, José Sotelo —que entonces dirigía el equipo de investigación histórica de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado— cruzó las fechas y lugares de detención provistos por los familiares de los desaparecidos en Guerrero y obtuvo como resultado, el uso sistemático de la palabra *paquete*. En esos documentos, Sotelo encontró que desde el “22 de noviembre de 1973” y por lo menos hasta el “19 de noviembre de 1974”, las personas detenidas ilegalmente por el ejército: “fueron llamadas *paquetes*.” Su relato va mostrando que como esos soldados, van haciendo un uso profuso del eufemismo. Así la prosa de los radiogramas iba dejando constancia de “un paquete herido”,⁸ que se llegan a conclusiones a partir de la “información recibida y confirmada por un paquete archivado”,⁹ o que en algún momento se recibieron a “dos *paquetes*, uno perteneciente al grupo armado que custodiaba Rubén Figueroa Figueroa”.¹⁰

Para responder al problema del uso de las fuentes documentales para hacer historia debemos reconocer —como mencionamos en el capítulo 2—, que el campo oficial fue pionero en el uso de la documentación oficial. La novela de la DFS utilizó la información de sus archivos, tanto como el libro del ejército; ambos ensayaron la ficción, la crónica y delinearon personajes para la historia.¹¹ Ellos nos entregaron sus horizontes, sus técnicas del disfraz y, por supuesto, sus trabajos de selección, reproducción facsimilar, reescrituras. Treinta años después de ese uso, un conjunto de documentos aparecieron analizados por

⁶ Sergio Aguayo, *La charola. Una historia de los servicios de inteligencia de México*, 2001, p. 193.

⁷ *Ibid.*, pp. 193-195.

⁸ Como fue el caso de Gabriel Nario López, detenido el 11 de agosto de 1974.

⁹ Como fueron los planes de operaciones seis y siete de esos días.

¹⁰ José Sotelo, *El ejército mexicano y la guerra sucia en Guerrero*, Anexo II, “Paquetes”, pp. 280, 289 y 316.

¹¹ Es el caso de *¡El Mándrigo!*, y el de Urrutia en *Trampa en Tlatelolco*.

Sergio Aguayo, Julio Scherer y Carlos Monsiváis en 1968, *Los archivos de la violencia y Parte de guerra: Tlatelolco 1968: documentos del general Marcelino García Barragán: los hechos y la historia*. ¿Cuánto pueden distanciarse estos usos de los de su creación?

En el caso del trabajo de Sergio Aguayo, a pesar de producir en una ampliación fundamental para la interpretación de ese momento, al asociar la masacre de Tlatelolco con la represión de los seguidores de Salvador Nava siete años antes en San Luis Potosí –al que llamó el *Tlatelolco potosino* por sus similitudes con lo sucedido en 1968–,¹² no deja de preocupar que su relato deje la sensación de que el 2 de octubre, finalmente, “algo le salió mal al gobierno”.¹³ Pese a que esa noche el gobierno termina con el movimiento estudiantil, tras revistar muchos documentos, Aguayo cree que por alguna razón “la máquina” quedó “fuera de control” y que finalmente, la operación se volvió una “caótica batalla”.¹⁴ Creo que lo que Aguayo considera caótico, no son sino una superposición de documentos, escritos sobre un mismo episodio pero en diferentes momentos, frente a los cambiantes desafíos de las versiones del campo social; documentos realizados por actores diversos, escritos en leves pero distintos contextos de interpretación.

No podría ser igual el relato de un agente de la DFS a su director, que el relato del director – de una organización que había participado en la acción- al presidente y al secretario; no podría ser lo mismo escribir bajo la premisa de la balacera estudiantil, que bajo la de las bengalas del ejército, el 3 de octubre... que una semana después. En cierto sentido, los horizontes de las fuentes oficiales no están sujetos a un régimen distinto de otros discursos históricos. Aunque en este caso, debiera hacerse una hermenéutica histórica que fuera

¹² Sobre todo por el caso de los francotiradores desconocidos, que justificaban las fuerzas del gobierno. También se desarticuló un movimiento en una plaza pública, y el argumento era que “se disparó sobre contingentes del ejército, con el resultado inmediato de la muerte de un sargento”. Sergio Aguayo, *Los archivos de la violencia*, 1998, p. 210.

¹³ *Ibid.*, p. 227.

¹⁴ *Idem.* El uso de las fuentes en una reconstrucción como la del acápite de las páginas 227-231, más allá de lo *caótica* de casi cualquier batalla, sólo puede conducir a la idea de la *desinteligencia*, o a detectar *contradicciones*. Dice Aguayo, antes de abrir una cita, que a cierta hora, el general Marcelino García Barragán “recibe” una petición (p. 228). Lo que nosotros queremos subrayar es que en estos casos hay que pensar en que *dice que recibió*, antes de lanzarse a la reconstrucción de un episodio basándose en una suma de estas narraciones. Si nos abrimos a comprender las perspectivas y los tiempos cruzados de escritura, cuyas preocupaciones tienen variaciones de la mayor importancia en el tiempo, veremos que sólo en algunos casos (como en el caso de los informes de los agentes a los directores, por ejemplo) puede pensarse que se transcribe la percepción de un episodio recién ocurrido.

cercana al funcionamiento de las oficinas de gobierno, puesto que al ser sus registros los que acaban en los archivos, estos tienen su lógica. Sin ésta prevención, costará entender cómo en ellos se expresan los objetivos del rol burocrático, los mandatos inmediatos, los formatos discursivos, las expectativas de corto y mediano plazo, los usos inmediatos de un dato y de una interpretación. Un hecho especial lo constituye el carácter de fuente inaccesible que esta documentación –una característica específica de los autoritarismos-. Con estas particularidades y conflictos, su comprensión es vital para una historia política más completa, que incluya muchos análisis sobre el andamiaje que suponen, desde esos años, los mecanismos de construcción de las percepciones colectivas.

Los archivos no contienen al pensamiento político como tal, como tampoco relatos *objetivos* sobre los acontecimientos, sino que incluyen datos sobre la prácticas mismas del ejercicio de gobierno, y es fundamental que el lector pueda entrar a ellos sin sufrir el llamado *mal de archivo*, que consiste en olvidar que como los productos de las sociedades del pasado, estos poseen principios ya poco visibles, intereses e interpretaciones colectivas situadas en un tiempo que no es el nuestro, que no tiende a homogeneizar la reunión y la mirada del consultor.¹⁵ Acaso esto resulte una prevención insuficiente para quienes avanzan heridos y agraviados, en estos cementerios de papel.¹⁶ Por supuesto, frente a la negación gubernamental de hablar de estos aspectos del pasado, o ante la distorsión planificada, los

¹⁵ Derrida habló de la *dimensión arcóntica*, en la que intervendrían, además las lógicas de la acumulación de los materiales, su consignación, prácticas cuyas reglas de inscripción y uso son sustanciales para una interpretación, pero que también se escapan de la visión fácilmente: “la residencia, el lugar donde residen de modo permanente, marca el paso institucional de lo privado a lo público, lo que no siempre quiere decir de lo secreto a lo no-secreto. Con un estatuto semejante, los documentos, que no siempre son escrituras discursivas, no son guardados y clasificados a título de archivo más que en virtud de una topología privilegiada. Habitan ese lugar particular, ese lugar de elección donde la ley y la singularidad se cruzan en el privilegio. En el cruce de lo topológico y de lo nomológico, del lugar y de la ley, del soporte y de la autoridad, una escena de domiciliación se hace a la vez visible e invisible [...]. Es preciso que el poder arcóntico, que asimismo reúne las funciones de unificación, de identificación, de clasificación, vaya de la mano con lo que llamaremos el poder de consignación. No entendamos por consignación, en el sentido corriente de esta palabra, sólo el hecho de asignar una residencia o de confiar para poner en reserva, en un lugar y sobre un soporte, sino también aquí el acto de consignar reuniendo los signos. No sólo es la consignación tradicional, a saber, la prueba escrita, sino lo que toda *consignatio* comienza por suponer. La consignación tiende a coordinar un solo corpus en un sistema o una sincronía en la que todos los elementos articulan la unidad de una configuración ideal. En un archivo no debe haber una disociación absoluta, una heterogeneidad o un secreto que viniera a separar (*secernere*), compartimentar, de modo absoluto. El principio arcóntico del archivo es también un principio de consignación, es decir, de reunión”. Derrida, *Mal de archivo*, 1996.

¹⁶ La imagen es de Fritz Glockner, *Los cementerios de papel*, 2004.

archivos son una buena parte de la otra historia, como argumentó Monsiváis.¹⁷ Pero al considerarlos así, por lo menos nos debemos advertir algunos problemas fundamentales. El primero, vinculado a cómo los momentos represivos –podemos decir con Agamben, los estados de excepción– van dejando adherencias simbólicas, sobreviviendo a los procesos de democratización, ocultándose, y hasta volviéndose regla.¹⁸ Uno de estas prácticas es la de la versión, cuya expresión historiográfica está en parte en este archivo político –por lo menos del caso analizado–, que nos presentan acaso tantos dilemas de interpretación como pruebas.¹⁹

Recordemos que para Monsiváis era suficiente que una serie de documentos del ejército demostraran las operaciones del ejército, como si el ejército no hubiera hablado nunca de sus acciones.²⁰ Pero es más problemática la visión de Julio Scherer, quién valora los materiales oficiales que analiza, porque se trataría de “una voz disonante del coro oficial”.²¹ Especialmente por el hecho de que, treinta años después, el periodista considera como revelación que el general hubiera confesado que los francotiradores de la tarde del 2 de octubre fueran soldados del Estado Mayor Presidencial.²² Desde ese momento, el texto de

¹⁷ Escribió Carlos Monsiváis en el texto que acompañaba a la divulgación de los documentos de Marcelino Barragán, que “en los análisis del 68 hacía falta conocer, del modo más puntual posible, lo que sucedió el 2 de octubre, lo que equivale a una descripción esencial de la mentalidad que produjo la tragedia. Se sabía lo principal: la provocación desde el edificio chihuahua, el ataque a la multitud indefensa, la larga noche de terror y oprobio. Pero a las evidencias cuantiosas se opuso la mentira coaligada del aparato judicial, de la casi totalidad de los medios, de la maquinaria priísta y de las inhibiciones del temor. Desde hace treinta años, la versión social y testimonial se ha enfrentado, y victoriosamente, a la versión oficial que ya ni siquiera presenta resistencia digna de ese nombre. Pero el testimonio del general Marcelino García Barragán, secretario de defensa del gobierno de Díaz Ordaz, y los documentos de su archivo, integran por fin un panorama coherente. ¿Coherente en qué sentido? En el de las versiones que se complementan. Por fin, así sea de un modo muy ceñido, disponemos de la perspectiva faltante, y corroboramos la visión estudiantil que, sin embargo, peca por insuficiencia. Nunca, ni siquiera después de la toma de Ciudad Universitaria, el Movimiento estudiantil se considera enfrentado al ejército”. Carlos Monsiváis, “El 68: las ceremonias del agravio y la memoria”. Julio Scherer García y Carlos Monsiváis, *op. cit.*, pp. 152-153.

¹⁸ Giorgio Agamben desarrolló este problema en *Homo sacer*, 1988.

¹⁹ El territorio es farragoso, pero deseo que conste que me parece poco admisible que una de las *pruebas* extraídas de un archivo represivo, sea el de la *confusión* de los represores. Aquí hay una tensión entre verdad y justicia que no pueden resolverse por separado.

²⁰ En este sentido, Monsiváis no considera la existencia del material de Urrutia, y podría haber dos razones para que lo haga. Por un lado, porque el material fue de circulación restringida y es posible que nunca hubiera tenido un ejemplar –aunque es improbable que no supiera de su existencia–. También es posible que haya primado en su interpretación el problema de *lo filtrado*, de *lo oculto revelado*, a lo que somos afectos los ciudadanos que vivimos entre autoritarismos.

²¹ Julio Scherer, “prefacio a la nueva edición” en Julio Scherer y Carlos Monsiváis, *op. cit.*, p. 25.

²² *Ibid.*, pp. 77-78.

Carlos Monsiváis y Julio Scherer, con su carga documental sólo analizada por el segundo, y que se suponía venía a trocar los argumentos oficiales sobre la masacre, en realidad revive una discusión que parecía olvidada, la de los disparos *iniciales* como detonantes de la masacre.²³

Carlos Montemayor, en cambio, fue uno de quienes mayor interés mostraron por el aparato represivo mexicano, y necesitó asentar rápidamente el problema de las nuevas versiones de García Barragán, como una narración en la que de algún modo aparecía la preocupación sobre el arte narrativo a secas.²⁴ A diferencia de Scherer, quién confiesa que no ha realizado investigaciones sobre 1968, Montemayor conoce el problema por su trabajo con Carlos Mendoza sobre las cintas videográficas ofrecidas por el ejército sobre la propia masacre. Así, su trabajo consiste en mostrarnos que en la versión militar del 2 de octubre, existen imágenes –por ejemplo, un helicóptero que no sobrevuela Tlatelolco– que pueden “ser cualquiera en no importa qué lugar”.²⁵ Es decir, ausculta la narración pero advirtiendo sus cortes y pegaduras, cuando no la “incorporación defectuosa” de imágenes al servicio del relato oficial.²⁶ Ante las miradas que buscan en los pliegues y detalles del relato oficial, Montemayor encuentra que las versiones tienden a mostrarse “contradictorias, elaboradas artificiosamente, con lagunas”.²⁷ A diferencia de Scherer, que adereza su propio relato con episodios sólo conectados por los personajes, Montemayor se limita a hacer foco en los detalles del relato oficial y, en ese sentido, abre una veta de análisis que no debe cerrarse, pues lo que presenta es un modo de narrar.

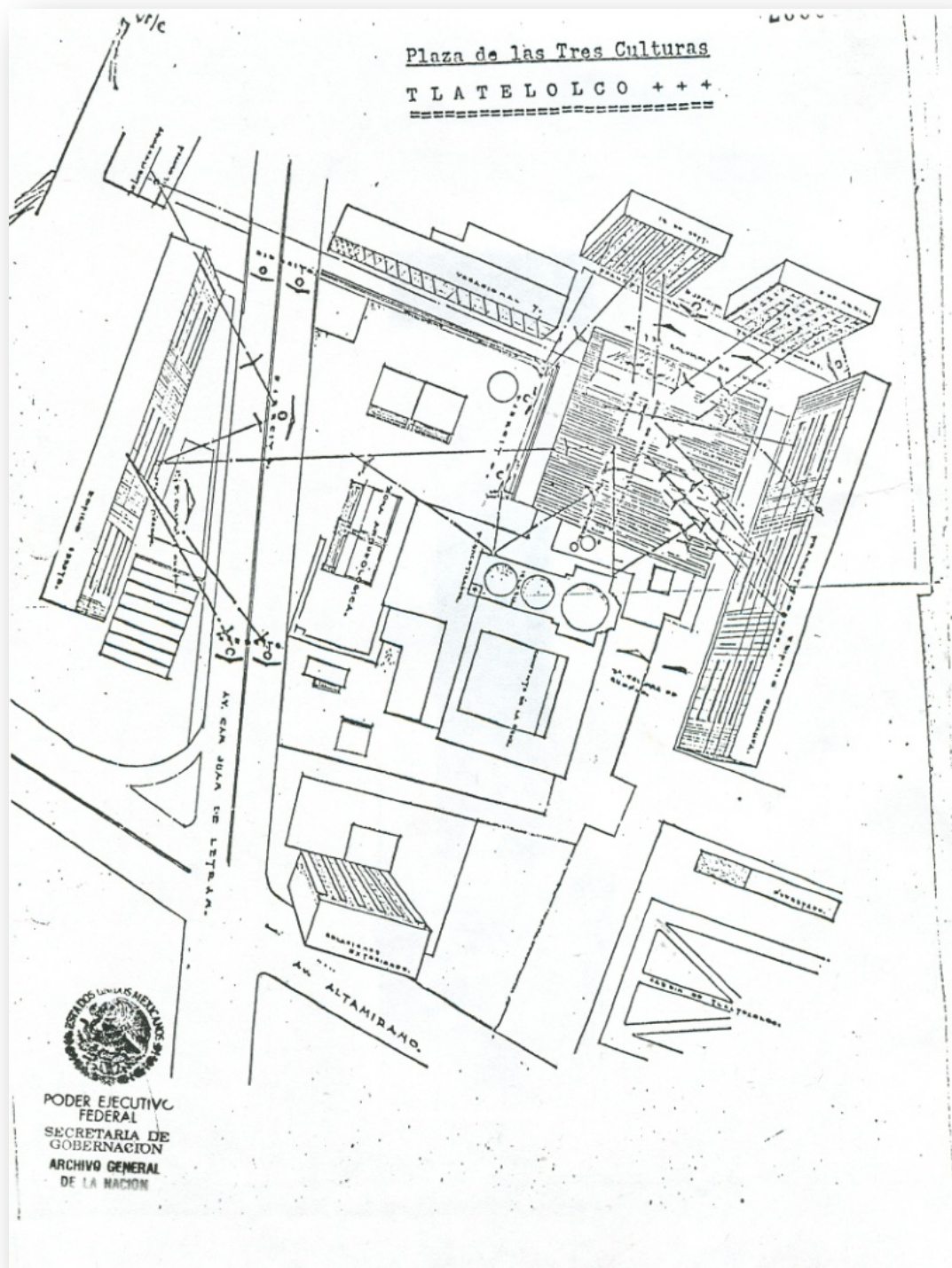
²³ Recordemos que una de las segundas versiones del ejército sobre su participación en la plaza, es la de la herida del general Hernández Toledo.

²⁴ Es importante advertir que el autor no le presta atención al discurso de Scherer y Monsiváis que acompañan los documentos de García Barragán. Carlos Montemayor, *Rehacer la historia, Análisis de los nuevos documentos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*, 2000.

²⁵ *Ibid.*, p. 45.

²⁶ *Ibid.*, pp. 36, 47, 48 y 82.

²⁷ *Ibid.*, p. 87.



APUNTES SOBRE TLATELOLCO

CONTENIDO

Escenario de los acontecimientos

La Plaza de las Tres Culturas;
dibujos ilustrativos, planos,
fotografías.

Cronología de los hechos

Preparativos de la reunión;
organización y presidium.
Inicio del mitin.

Los oradores - la incitación.

La concurrencia: estudiantes, profesores, elementos no estudiantes, mujeres, niños.

La Averiguación

a).- Confesión de los responsables.

b).- El testimonio de asistentes.

ORDEN DE CATEO

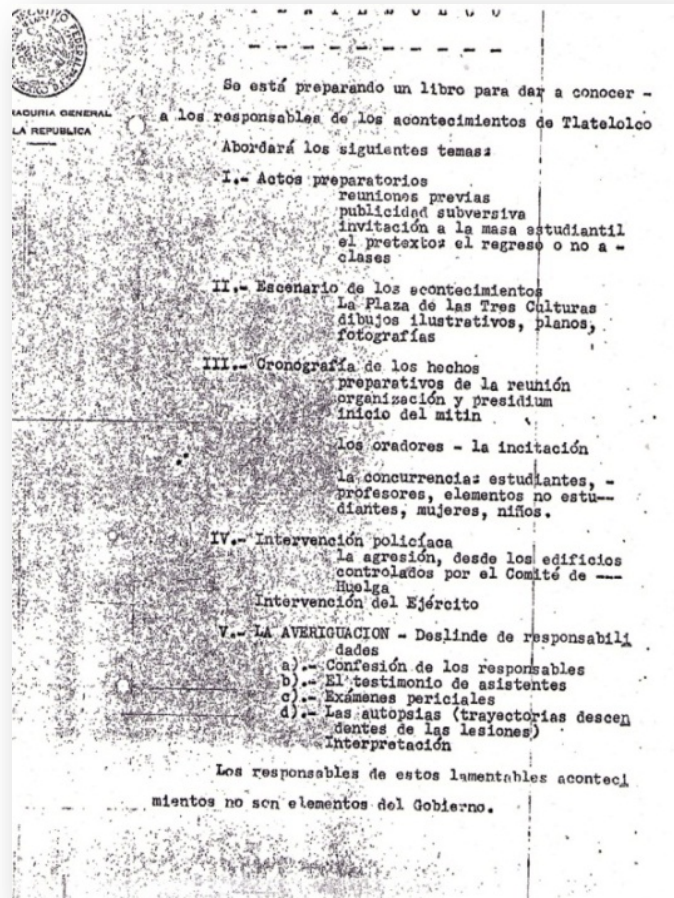
c).- Exámenes periciales

d).- Las autopsias (trayectorias descendentes de las lesiones).
Interpretación.

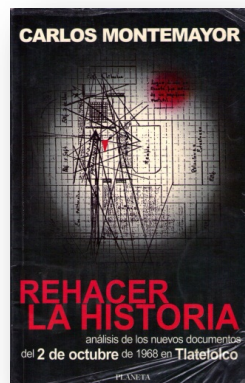
Los responsables de estos lamentables acontecimientos no son elementos del Gobierno.



Índice de *Apuntes de Tlatelolco*.



Índice de *Tlatelolco*.



Tapa de *Rehacer la historia*, de Carlos Montemayor.

Los dibujos ilustrativos de la trampa del 2 de octubre

Estoy convencido de que las sospechas de *Rehacer la historia* se potencian con el análisis de *Apuntes de Tlatelolco* o *Tlatelolco*. Recordemos que la primera edición del libro de Montemayor llevaba en la tapa, el croquis de la plaza de Tlatelolco que estaba entre los documentos publicados por Scherer y Monsiváis; y que este otro texto, un manuscrito de la PGR del que se conocen dos versiones, también se incluían fotografías de la plaza, y sobre todo, croquis similares.²⁹ *Apuntes de Tlatelolco* o *Tlatelolco* es un proyecto de libro preparado con materiales muy diversos que, por supuesto, también buscaba instalar la interpretación del “sangriento zafarrancho”.³⁰

Este documento expresaba la necesidad de enfrentar el problema del señoreo de la versión estudiantil, aceptando incluso que en las calles de la ciudad de México “se conoce tan solo, unilateralmente, el punto de vista del Comité de Huelga”. Por eso la propuesta de este material tenía objetivos análogos a los que ya analizamos: “espigar la verdad”, incluso “reestructurar los sucesos” y así producir una versión del 2 de octubre “mediante dibujos, planos y fotografías de los distintos ángulos de la Plaza.” A sus autores les parecía preciso mostrar “azoteas y relieves [...] ángulos de visibilidad” para que fuera posible afirmar que las víctimas de esa tarde habían recibido disparos “desde lugares altos”.³¹ Según el plan, *Apuntes de Tlatelolco* debía presentar “dibujos ilustrativos, planos, fotografías”, acompañando a otras secciones que nos incluirían la voz de los oradores, la confesión de

²⁹ Kate Doyle considera que este último “un reporte escrito por el Procurador General, Julio Sánchez Vargas, acerca de los eventos de Tlatelolco”. Según su análisis, la información aquí recabada “es de suma importancia” ya que permitiría establecer: “en forma indubitable, la procedencia y la dirección [...]” de los disparos del 2 de octubre. Y a pesar de “que si bien no identifica el responsable, si precisa la ubicación del tirador respecto de la víctima.” Además, en el informe “se incluyen imágenes de la Plaza de las Tres Culturas, con esquemas que muestran los proyectiles de arma de fuego, creados con información incluida en los reportajes de autopsias”, en Doyle, “Los muertos de Tlatelolco”, 1 de octubre de 2006. Existen sin embargo, dos versiones, *Apuntes sobre Tlatelolco* que está menos desarrollado que *Tlatelolco*, que sería una segunda versión -y es el comentado y difundido por Doyle-. El primero en AGN IPS, caja 2865 (50 páginas) y el segundo en 2688-A (130 páginas), respectivamente. *Tlatelolco* puede consultarse electrónicamente en uno de los blogs de The National Security Archives (NSA): http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB201/Document13_final.pdf. [con acceso en 2013]

³⁰ Aunque no fue publicado como parte de la versión oficial, el espíritu del documento es similar a los análisis antes, como *¡El Mándrigo!*, *Trampa en Tlatelolco* y el *Tlatelolco*, de Blanco Moheno, su intención es mostrar que la balacera se inició a las 18:10, cuando “se oyen disparos de ametralladora que parten desde el edificio Chihuahua”, por lo que luego “entra la tropa y desbarata el mitin con unos 200 soldados en acción”. *Tlatelolco*, op. cit., p. 21.

³¹ *Ibid.*, pp. 2-4.

los responsables, las autopsias y, en ellas, las “trayectorias descendentes de las lesiones”. También se proponía publicar “gráficas” del acontecimiento, así como “reproducir las frases” del tono “hostil e injurioso” de los estudiantes, para “ilustrar acerca de la animadversión” que expresaban por el gobierno... Y finalmente, lograr instalar la interpretación general de que “los responsables de estos lamentables acontecimientos no son agentes del gobierno”.³²

Entre sus páginas se encuentra lo esencial de uno de los documentos de García Barragán que llegarían luego a manos de Julio Scherer, y que titulara como “Hechos sobresalientes del problema estudiantil y actuación del ejército para mantener el orden”,³³ titulado en *Tlatelolco* simplemente “Intervención del ejército”.³⁴ Es posible que entre estos papeles que García Barragán mandara a la procuraduría de Sánchez Vargas se incluyera el croquis de los disparos que Scherer publicara entre *Los documentos del Tigre Marcelino*. Si así hubiera sido, en la oficina del procurador se pudo haber reaccionado favorablemente a la idea del *diagrama con disparos*; pero también, haber cuestionado la realización y, sobre todo, su calidad artística. También es posible que la idea de los “gráficos”, como se les llama en el documento, hubiera surgido en otra cabeza del grupo encargado, inicialmente, de una gran versión oficial. Lo interesante es tener juntos estos varios intentos sabiendo que, al fin, ninguno dejaría completamente conformes a las autoridades superiores.

Las versiones de la SEDENA y la PGR no eran completamente coincidentes: la primera presentaba la explicación del general herido, mientras que la segunda le apostaba a las supuestas columnas de seguridad estudiantiles como explicación de la tarde. Por fortuna, ambas coinciden con la necesidad de mostrar el numeroso grupo de francotiradores que habrían hecho los disparos a la plaza. Quizá una de las razones por las que este manuscrito nunca alcanzó a convertirse en un libro, más que por una mezcla de perspectivas y relatos poco resueltos —que en ocasiones afecta a todo borrador—, fuera por el hecho de que contenía, entre otros problemas y contradicciones, las terribles transcripciones del médico forense del Distrito Federal sobre las heridas de fusil en plano horizontal de la gran mayoría

³² *Tlatelolco, op. cit.*, pp. 5-7.

³³ Julio Scherer y Carlos Monsiváis, *op. cit.*, pp. 89-118.

³⁴ *Tlatelolco, op. cit.*, pp. 24-46.

de las víctimas.³⁵

Entre otras cosas, el documento contiene una fotografía aérea de la plaza con el mismo espíritu de los croquis.³⁶ En realidad, estos eran algo más que unos croquis o gráficos de la plaza, pues estaban contruidos para relatar unos minutos, para contar un momento especial de la versión oficial de la tarde 2 de octubre. Por influencia periodística, hoy le llamaríamos a estos diagramas, infográficos, aunque también podrían formar parte del género de los mapas de historia.³⁷ Su importancia se debe a que son una escenificación clara de lo que el gobierno llamó *la balacera* o el *zafarrancho*, o en palabras de Urrutia, *la trampa* de Tlatelolco. La balacera suponía varios aspectos esenciales de la versión oficial: que el ejército había pedido el desalojo de la plaza a través de un megáfono, que había sido atacado con ráfagas de francotiradores apostados en diversos edificios, y que esos disparos —que duraron varias horas— habían producido las víctimas. Los croquis muestran con claridad los esfuerzos de narrar la versión oficial.

Recordemos el análisis de Montemayor, que nos pedía observar “con detenimiento el diagrama” para comprobar que “la única línea que se intersecta con el triángulo negro proviene del techo del templo de Santiago Tlatelolco”, Según Montemayor, “el diagrama resuelve así un aspecto desconcertante [...]”.³⁸ Siento que en este momento, el ciudadano

³⁵ El doctor Miguel Gilbón Maitret, el director del servicio Médico Forense del DF, en donde se realizaron las autopsias, se negó a plegarse a la tesis gubernamental de las heridas por trayectorias descendentes, que hubiera corroborado la idea de que los estudiantes en los edificios habían disparado contra los estudiantes en la plaza. En un informe especial confirmó que la mayoría de las heridas reflejaban no sólo trayectorias horizontales, sino de que además eran de balas expansivas, del tipo de las que sólo usaba el ejército. El 17 de octubre, respondió a la petición especial de información del procurador, “para ampliar la información de carácter de médico legal ya rendida”, en relación a cuáles fueron las trayectorias de los proyectiles en el cuerpo de heridos por arma de fuego. El expresó que “la información puede sintetizarse en las siguientes cifras: Heridas con trayecto descendente y con gran desnivel con respecto al plano de sustentación: 4 / Heridas con trayecto sensiblemente horizontal: 22 / Heridas con trayecto ascendente: 0”. Los documentos pueden consultarse en AGN DFS 11-4-68, Legajo 58, pp. 1 y 77.

³⁶ Este proyecto de libro debería tener fotos y notas periodísticas, dibujos explicativos de la balacera; pero incluye fragmentos históricos sobre Tlatelolco como lugar, una síntesis de las *declaraciones* jurídicas, de las acciones del ejército, un resumen de las autopsias, muchos párrafos tomados de los interrogatorios a los estudiantes, perfiles estudiantiles, listas de heridos y muertos, etcétera, como puede imaginarse de la representación de sus índices. Como se dice en ellos, el documento tiene como premisa demostrar que “los responsables de estos lamentables acontecimientos no son elementos del gobierno.”.

³⁷ Aunque preferiría usar el término mapa-libro, que usa Michel De Certeau para analizar *el mapa-libro de historia* del famoso éxodo de los totomihuacas, en el capítulo “Relatos de espacio”. Cfr, *La invención de lo cotidiano*, 1996, p 133.

³⁸ Carlos Montemayor, *op. cit.*, p. 69. El croquis se publica en la p. 68, con la misma orientación que el texto de Scherer.

que hay en Montemayor se impone con sus propias expectativas sobre el documento, y con ello se pierde el análisis de la perspectiva de sus autores, y también una parte de la escena histórica.³⁹

Sin embargo, queda ya claro que los croquis de estos trabajos no buscan una verdad jurídica, sino que como escenificación del *zafarrancho*, de la *balacera*, van perfeccionando la representación, mejorando el dibujo y la perspectiva de los edificios, rematando los trazos –que representan los disparos, con pequeñas nubecillas – que hacen las veces de la explosión final. El deseo de instalar su versión, prescindiendo de las imágenes que supuestamente había mandado registrar,⁴⁰ puede verse con claridad en estos dibujos. Toda una serie que logra mejorar mucho la graficación de la *balacera* contra el ejército y la población. No se puede afirmar que la versión lograría el consentimiento social a las acciones oficiales, pero sí que logró camuflar la operación misma del ejército en coordinación con otras policías, ya que al lograr que el interés por los primeros disparos no decayera, logra inestabilizar interpretaciones como, por ejemplo, una que se entendiera como *la solución de Tlatelolco*.

Como fuera, estos dibujos tienen una precisión y gracia mayores al que había publicado Scherer con su inmensa flecha que decía ‘paracaidistas’. Si descontamos la fotografía – quizá el intento más tosco–, los dos nuevos bocetos responden por sí mismos a las preocupaciones de Montemayor, demostrando que no se trata de una explicación judicial o histórica, sino de una mejor o peor representación de la versión oficial. Así, se muestra el talento de los nuevos dibujantes en el trazado de la hermosa Plaza de Tlatelolco, con sus edificios ya míticos.

³⁹ Debemos considerar que Montemayor ha trabajado con el documentalista Carlos Mendoza, quien dirigiera los principales documentales sobre el 2 de octubre de 1968. Este último, quien ha compilado las imágenes de ese día, tras un cruce de datos provenientes de los generales Crisóforo Mazón Pineda, José Hernández Toledo y el periodista del diario *El Universal*, Jorge Avilés Randolph, encuentra al hecho confuso y plagado de informaciones “absurdas”. Cuellar, “El cineasta Carlos Mendoza descalifica la historia oficial de lo que pasó en Tlatelolco”, 2003.

⁴⁰ Existen varias versiones e hipótesis sobre filmaciones que habría mandado hacer el entonces Secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez. Una de ellas, a partir de las declaraciones de Servando González, quien aseguró haber filmado ocho horas de aquella tarde, desde el piso 20 del edificio de Relaciones Exteriores. Cuauhtémoc García Pineda, entonces camarógrafo de presidencia, también ha confirmado el hecho, y hay sobre ello una amplia cobertura periodística.

Las versiones oficiales de 1968

Aunque no puede decirse que las representaciones del poder sean algo novedoso, sin embargo nunca como en estos últimos siglos, las organizaciones políticas han dependido tanto de ellas. De permanentes justificaciones, retratos, elogios y estigmatizaciones de lo adverso. Como géneros secundarios quedaron los discursos públicos que había clasificado Aristóteles en deliberativo, judicial y demostrativo. Quizás sea el último –el que concibe las más variadas formas elogio, y que históricamente iba de la oración fúnebre al canto épico-, el que hoy mejor cubije al complejo sistema de referencias que el poder político produce para lograr efectos en el imaginario social, y dirimir sobre la legitimidad de sus políticas o de la oposición. De estas formas veladas de la retórica oficial está plagado el presente político, y como vemos, tuvo un largo periodo de construcción, desde los años sesenta. Es interesante ver, con el gran telón de fondo de los inicios del proyecto de la cultura del consentimiento, cómo funcionó en un momento de crisis específico como el año de 1968; y de este modo ver crecer, errar e inventar modos de penetrar en la subjetividad colectiva, sobre todo, en la letrada –como sería en esos años, la estudiantil-. Sin duda, habrá que abrir muchos más estudios, pues estos trabajos constituyen una de las facetas menos exploradas de lo que suele llamarse la *versión oficial*.

Este texto surgió como un intento por ordenar algunos abordajes en torno a la masacre de Tlatelolco, que yo sentía presas de los horizontes políticos de las fuentes oficiales en que se apoyaban, por ejemplo, documentalmente. Pero el problema fue resistiéndose a una delimitación arqueológica que no explicara otras funciones del Estado moderno, como sus esfuerzos de representar lo público y determinar las interpretaciones políticas de un momento o sobre una cosa. La discusión que deseaba ordenar se me presentó entonces, como un síntoma del hacer oficial; pero no tanto como propaganda *abiertamente* gubernamental; sino como intervención discursiva, por sus veladas formas de insertarse entre las voces cívicas. Era necesario mostrar algunos procedimientos y creaciones gubernamentales en un momento especial, de desobediencias y pérdida de legitimidad, como la que supuso el año de 1968. Tras haber hecho la lectura de algunos trabajos, como los de Aguayo y Montemayor, creo necesario presentar algunas hipótesis sobre las

dinámicas de la voz oficial durante las horas posteriores a la masacre, como un intento por mostrar cómo en este caso, las voces oficiales se manifiestan según su experiencia, imaginación y horizontes. Pruebas de ensayo y error para obtener un texto, moldeándolo en el inestable equilibrio político de esos días. Este será el último cometido del trabajo.

Como se ha demostrado a lo largo de los años, existen pocas dudas acerca de cómo los gobiernos del PRI, pero especialmente los de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría, reprimieron a las organizaciones que amenazaron su poderío. Específicamente en el caso de 1968, se ha mostrado cómo el gobierno persiguió con la policía de la ciudad de México, y luego con el ejército a los jóvenes del movimiento estudiantil hasta lograr darle, en la tarde del 2 de octubre, un golpe final a través de la detención de sus principales líderes. Pero sobre todo, hay muchas referencias de la ferocidad con que el aparato judicial atacó a los detenidos. Este proceso, incluyendo las sentencias, tendría un gran poder disciplinador sobre la generación del 68, aspecto sobre lo que existen pocas exploraciones. Este aspecto es la contracara de la creación opinión oficial, por lo que siempre me lleva a la necesidad de saber más de la escritura oficial.

Los ciudadanos pueden afirmar –como lo hizo Monsiváis– que durante muchos años se enfrentaron a la versión oficial del 2 de octubre de 1968; pero no los historiadores. Éstos se encontrarán, con fuentes oficiales que les presentarán muchas más facetas de la versión oficial. Quiero decir, que puede afirmarse que existe una versión oficial, en tanto existen algunas ideas comunes en el aparato oficial acerca del 2 de octubre; pero que también existen algunas ideas diferentes, versiones diferentes sobre lo sucedido al interior de lo que, con Mejías hemos llamado el grupo en el poder.

Hay muchas maneras de diseccionar este que parece un pequeño problema. Una de ellas, es asignarle un espacio de interpretación al fenómeno arcóntico: las formas en que los documentos son archivados y que se expresan, sobre todo, en dificultades para visualizar los diferentes procesos de producción de los materiales que contiene un archivo. Por ejemplo, como la tipología de documentos (los registros, las síntesis, las listas, los cuadros, los proyectos, las órdenes de operación...), cuyos horizontes de uso son diversos, y que suelen ser muy difíciles de observar. Un lectura superficial de los documentos oficiales no atiende a la naturaleza de la construcción de los documentos: situaciones laborales,

objetivos diferentes, autores situados epistémicamente en escenarios distintos, distancia temporal y física variada de los hechos y espacios involucrados en la narración; todas variaciones prosaicas se pierden en el interés del lector de comprobar sus hipótesis.

Si incorporamos a la documentación oficial como parte del discurso gubernamental, entre las primeras *versiones* de lo sucedido en Tlatelolco -es decir, del momento que los croquis relatan-, estarían las de dos de los agentes que estuvieron en la plaza y que escriben sus reportes de lo que vieron a sus respectivos jefes directos. Se trata de documentación oficial de la DIPS y la DFS que conocemos gracias a la apertura del acervo de estas policías en el AGN entre los años 1998 y 2002, respectivamente.⁴¹ El agente de la DFS reporta a Fernando Gutiérrez Barrios:

A las 18:15 hrs. se anuncia a grandes voces la llegada del Ejército, provocado esto por una luz de bengala lanzada desde la zona de Relaciones Exteriores, seguida de una ráfaga de arma de fuego de la misma dirección. Los líderes estudiantiles instan a no contestar la provocación: Se presentan entonces tropas procedentes del edificio de Relaciones Exteriores, así como la Zona Norte y Oriente de la Plaza, quienes hacían disparos en contra de las personas, contra el tercer piso del “Chihuahua”, recibiendo a su vez disparos del mismo edificio...

El ejército ingresa a la plaza desplazándose desde las posiciones que ocupaban, en una acción de cerco, después de que fue lanzada una luz de bengala seguida de una ráfaga de arma de fuego que procedió de la zona de Relaciones Exteriores, por lo que los que ocupaban la tribuna, instaron a no contestar la provocación con esos disparos y la mencionada luz, organizándose nuevamente las gentes que habían iniciado la fuga, para acto seguido presentarse tropas precedentes de la zona del edificio de Relaciones Exteriores, así como la zona norte y por el oriente, las cuales hacían disparos en contra de las personas, dirigiendo el fuego sobre el tercer piso del edificio Chihuahua, la que servía de tribuna a los oradores, recibiendo contestación de parte de los estudiantes que lo hicieron con diversas direcciones, pues se notó que el fuego que estos hacían, provenía del Edificio Chihuahua, del edificio 2 de Abril que se encuentra al norte y de las partes bajas de los edificios que circundan la explanada de la Plaza de las Tres Culturas, inclusive de la zona cercana al Edificio de la Vocacional 7...

Pudo observarse que el ejército realizó la detención de varios cientos de estudiantes a los que mantenía tendidos en el suelo boca abajo; multitud de heridos y muertos a los que no se permitía ayudar ni identificar; y en forma lenta se permitía la salida de personas que se consideraba no tenían nada que ver con el mitin.⁴²

El otro reporte utiliza términos similares:

El tercer orador... lanzaba duros cargos al señor Presidente de la República a los periodistas, y dijo entre otras cosas “el gobierno del estúpido Díaz Ordaz y del idiota” estaba dirigiendo

⁴¹ Para una explicación sobre la apertura de los archivos de la DIPS y la DFS, véase Raúl Jardón, *El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidenses en 1968*, pp.11-13.

⁴² AGN DFS Exp. 11-4-68, Legajo 44, pp. 255-257.

fuertes expresiones a los estudiantes de México y al pueblo mismo de México, en estos momentos fue lanzado un *cuete de luces verdes y rojas*, que iluminó el cielo sobre la iglesia de Tlatelolco y a esta señal avanzó el ejército rodeando la zona del mitin y al quedar ya dentro frente al edificio del ISSSTE, a donde en el 2do. Piso en el balcón del ambulatorio, se encontraba presidiendo al mitin, los elementos del Consejo Nacional de Huelga, así como maestros y periodistas y fotógrafos nacionales y extranjeros de *una de las ventanas de dicho edificio y de otros edificios circunvecinos se disparó con armas de calibre 22 al parecer por lo que de inmediato los elementos del ejército se pusieron a la defensiva y tomaron posiciones de combate y se entabló un duelo a tiros entre los dos bandos... eran menos de las 18 horas, 20 minutos*.⁴³

Los dos agentes han estado en Tlatelolco, identificaron las bengalas, las ráfagas de ametralladora –de diferentes lugares– y los disparos desde el edificio Chihuahua, en absoluta coincidencia con la que Monsiváis llamaría la *versión social*.⁴⁴

Sin embargo, si somos cronológicos con el discurso oficial, la primera autoridad en hablar sobre lo que había sucedido fue el general García Barragán, que a diferencia de los agentes de la DFS que estaban acostumbrados a cubrir reuniones políticas, tuvo un papel protagónico al imaginar el cerco, utilizar a la bengala para iluminar el terreno y reducir el cerco hasta lograr la redada. Cuando el general, que se ocupaba de realizar las detenciones con su tropa, hizo sus apresuradas declaraciones dijo aquello de que registraran los periodistas de que su objetivo era estar a unas cuadas de la plaza, protegiendo el Casco de Santo Tomás, y que “el ejército había intervenido en Tlatelolco a petición de la policía y para sofocar un tiroteo entre dos grupos de estudiantes”.⁴⁵

El periódico Excélsior del día 3 de octubre da cuenta de cómo se vio la escena en la redacción. Nos dicen que “de pronto, tres luces de bengala aparecieron en el cielo”. Caían lentamente, tanto que “los manifestantes dirigieron, casi automáticamente, sus miradas hacia arriba”:

Y cuando comenzaron a preguntar de qué se trataría, se escuchó el avance de los soldados. El paso veloz de éstos, fue delatado por el golpeteo de los tacones de sus botas.

⁴³ DIPS 1459. Los subrayados, salvo indicación, pertenecen al original.

⁴⁴ Por lo menos es coincidente con lo que escribió Raúl Álvarez Garín, que sostuvo que “en estos momentos fue lanzado un cuete de luces verdes y rojas, que iluminó el cielo sobre la iglesia de Tlatelolco y a esta señal avanzó el ejército rodeando la zona del mitin”, *La estela de Tlatelolco: una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de 68*, p. 87. También es coincidente con lo presentado en *Tlatelolco, la masacre del 68*, documental del Canal Seis de Julio y *La Jornada*, México, 2003.

⁴⁵ Diario *El día*, 3 de octubre de 1968, en Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México*, Tomo I., 1998, p. 387. Por esta declaración, es que García Barragán haría malabares muchos años después.

Luego se inició la balacera...⁴⁶

Unos trescientos tanques, unidades de asalto, yips y transportes militares tenían rodeada la zona, desde Insurgentes a Reforma, hasta Nonoalco y Manuel González. No permitían salir ni entrar a nadie, salvo rigurosa identificación.

Los generales Crisóforo Masón Pineda y José Hernández Toledo dirigen la maniobra, seguidos del general Mendiola Cerecero, subjefe de la policía metropolitana.

Casi todos los detenidos fueron golpeados con culatas y pistolas. También con los puños.⁴⁷

Uno de los que más había escrito sobre el movimiento estudiantil ese año era Fernando Gutiérrez Barrios. El jefe de la DFS envió una docena de informes al Secretario de Gobernación y al presidente esos meses, y sería el que propondría una mejor explicación sobre el ingreso del ejército. Así que escribió, como todos ellos, en los apuros del trajín:

Como a las 18.15 horas irrumpió en este lugar el ejército. El general José Hernández Toledo, comandante del batallón de fusileros paracaidistas, a través de un megáfono, exhortó a los manifestantes a que se dispersaran, siendo recibido por una descarga desde varios edificios, tocándolo una bala que lo hirió en el pecho, suscitándose a partir de ese momento una balacera entre estudiantes contra el ejército y la policía y granaderos resultando varios heridos, así como muertos.⁴⁸

Es muy probable que en un exceso de teatralidad periodística, un fotógrafo caminó las pocas cuadras existentes entre la DFS y el diario *Excélsior*, para tomarle a Gutiérrez Barrios la placa que se agregaría a último momento en la edición del 3 de octubre. Así se asentaría el momento en que “El jefe de la DFS recibe el informe de un oficial militar” con la noticia de que “el Gral. José Hernández Toledo fue herido de dos balazos cuando marchaba al frente de la tropa”.⁴⁹

Como se ve, la diferencia entre el escrito de Gutiérrez Barrios y el de su propio agente en la plaza de Tlatelolco es fundamental, pues le permitirá al Secretario de Gobernación tener un texto que le permitirá obviar de su relato a las incómodas bengalas.⁵⁰ A partir de allí, la versión oficial incluiría, pese a contradecir muchas lógicas, que Hernández Toledo habría

⁴⁶ *Ibid.*, p. 388.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 390.

⁴⁸ DFS 11-4-68, Legajo 44, p. 253.

⁴⁹ Diario *Excélsior*, 3 de octubre de 1968.

⁵⁰ No comparto la opinión de Raúl Jardón, cuando compara “los informes originalmente redactados por los agentes de la DFS y los elaborados como parte del informe diario de Gutiérrez Barrios”. Sobre todo porque a pesar de que sean “relativamente pocos los cambios que hay entre uno y otro documento” no se trata, como en el caso que analizamos, de que sean sólo “cambios hechos sobre todo para sintetizar.” Jardón, ob. cit, p. 16.

sido el primer herido de la tarde.⁵¹

La versión de la DFS sería rápidamente adoptada por toda la secretaría. Ya en un llamativo *Resumen de los acontecimientos en la plaza de las 3 Culturas*, que varios días después se escribiría en la DIPS, la entrada de Hernández Toledo en la historia nacional se llena de detalles. Aunque aún no se resuelven los modos de hilvanar las primeras declaraciones de García Barragán con la idea de Gutiérrez Barrios. Ahí se enuncia que justo “a las 18 horas iba a hacer uso de la palabra un miembro del Consejo General de Huelga, cuando se inició a las 18:10, una balacera en el edificio Chihuahua, precisamente en el tercer piso” donde se encontraban los líderes del Consejo de Huelga. Sin embargo, el esfuerzo del redactor de la DIPS no menciona el megáfono, sino que declara la “aparición” del ejército en la plaza y una “confusión de la tropa” por ver caer a su líder:

Cómo en esos momentos hacía su aparición el Ejército en la Plaza de las 3 Culturas, para impedir la realización de la Manifestación al Casco de Santo Tomás, hubo una confusión provocada por los disparos de arma de fuego que partían del edificio Chihuahua uno de los cuales hirió al Gral. Hernández Toledo, Comandante del Batallón de Paracaidistas, quien en unión de cuatro oficiales iba a enfrentarse con los organizadores del mitin para indicarles la prohibición de la manifestación. Al ver caer al comandante de la corporación y algunos oficiales, los Soldados y Oficiales que lo acompañaban empezaron a atacar a quienes consideraban sus enemigos que disparaban desde los pisos del edificio “Chihuahua”. Los tanques del Ejército tomaron posiciones de combate en la Plaza de las 3 Culturas y dirigieron sus ametralladoras al edificio citado. Sin que se haya logrado saber a quién dio la orden de hacer fuego, los soldados abrieron fuego de ametralladoras desde los tanques, cubriendo todos los pisos con sus proyectiles.

Después de hacer una serie de investigaciones en el lugar de los hechos y de hablar con agentes de la Policía Federal que fueron comisionados para aprehender a los miembros del Consejo de Huelga, se logró aclarar el origen de los hechos: un grupo de agentes de la Policía Judicial Federal y de la Dirección Federal de Seguridad, recibió órdenes de aprehender a los líderes del Consejo Nacional de Huelga y aprovecharon el mitin de ayer para identificarlos y detenerlos en el 3er piso del edificio Chihuahua en donde estaban presidiendo el acto.

Cubrieron los elevadores con agentes federales para impedir la fuga de las personas citadas y

⁵¹ Carlos Mendoza releó las declaraciones de los funcionarios en las horas siguientes, algunos de los que relatan la herida de Hernández Toledo –incluyendo al general mismo–, y concluye que parece que todos “estuvieran tratando de repetir con notables errores un libreto”. Mendoza analizó diversas versiones del 3 de octubre: la nota del reportero del periódico *El universal*, Jorge Avilés Randolph; la declaración del propio Hernández Toledo, ofrecida al ministerio público el 3 de octubre por la noche en el Hospital Central Militar; las declaraciones de “los agentes 283, 413, 419 y 549”. Mendoza corrobora que ninguno de los policías, “testigos privilegiados y aparentemente ajenos a los pormenores del operativo militar” en Tlatelolco, “dan cuenta de la supuesta agresión contra el general Hernández Toledo”. Y, en contraste, la versión ante el ministerio público del general “de ser exacta” suponía que “Hernández Toledo estaría apercibiendo con su magnavoz a los manifestantes, pero de espaldas a ellos”. Pues, “de lo contrario no estaría exponiendo su hemitórax derecho a quienes lo cazaban desde el edificio 2 de Abril”. Mireya Cuellar, “El cineasta Carlos Mendoza descalifica la historia oficial de lo que pasó en Tlatelolco”, diario *La Jornada*, México, 22 de junio de 2003.

a las 19.10 iban a detenerlos en ese lugar, para lo cual y encontrando resistencia, tuvieron que disparar sus armas al aire para amedrentarlos. Coincidieron estos balazos con la llegada de las tropas a la Plaza de las 3 Culturas y con la herida del comandante de las mismas, Gral. Hernández Toledo, lo que provocó la confusión entre los soldados y el ataque al edificio, concentrando el fuego en el 3er piso donde estaban los agentes de la Policía Federal, periodistas, fotógrafos y líderes del Consejo de Huelga. Como consecuencia de esta confusión, resultaron heridos 5 Agentes de la DFS y 4 de la Judicial Federal, así como fotógrafos y periodistas [...]⁵²

Como sabemos, la idea del general herido permitía trocar la redada estudiantil, y el acto mismo de aterrorizar a la disidencia política, en *batalla*, en *traición*, en *trampa*.

Posiblemente, con el tiempo se pueda demostrar que ésta idea provenía del Ejército. Así, la idea de la confusión sería desechada tras la vuelta de tuerca del proceso indagatorio hacia la propuesta de las columnas de seguridad de los supuestos acelerados como el *móndrigo* y Ferrini.⁵³ Con estas ideas, la extraordinaria toma de declaraciones de los detenidos, la conferencia de prensa del día 5 de octubre, los croquis y algunas imágenes, el general Marcelino Barragán se preparó para explicar nuevamente lo que había pasado, esta vez en la televisión.⁵⁴

Lo que interesa de estas versiones diferentes, es su misma evolución. Este es al fin, uno de los pocos intercambios discursivos entre el gobierno y el campo estudiantil, compuesto de una dinámica hecha de la ampliación del conocimiento sobre los hechos de Tlatelolco, y la transformación de la versión oficial ante cada ampliación. Por ejemplo, en la ausencia de las bengalas en el discurso de las primeras horas, y su incorporación en *¡El móndrigo!* Y la posterior creación –ante el conocimiento de las bengalas– de las *columnas de seguridad* con el objetivo de obtener una *balacera*. Acaso este es el gran teatro que el año de 1968 deja a la política mexicana: como las fuerzas sociales gastan sus horas en la destrucción sistemática de las palabras oficiales... y también, cómo el campo gubernamental desarrolló una poderosa fuerza del campo oficial de recrear una y otra vez sus palabras y fuentes.

⁵² DIPS 1459-A, Exp. 16, p. 2.

⁵³ Quien quiera recuperar las tesis de las columnas de seguridad puede hacerlo desde los textos de Blanco Moheno, Urrutia y *¡El móndrigo!* ya citados.

⁵⁴ A las oficinas de gobernación también llegó el “primer anteproyecto elaborado por el general Marcelino Barragán” para hacer “la explicación en Televisión”. Se seleccionarían las “escenas [que] armonizan muy bien con el guión”. Por ejemplo, las “escenas filmadas de los soldados heridos”, “una maqueta de toda la zona y una foto aérea, que servirán para hacer más claras las explicaciones del oficial”. La explicación iba a parecer una entrevista –el entrevistador “podría ser Saldaña” y podría ir “formulando preguntas, incluso con cierto aire de dudas–” Cfr. DIPS 1459 Exp. 15, 16 y 1.

La fotografía oficial de 1968: fascinación, identificación y estigma

Las movilizaciones estudiantiles del año de 1968 superaron todos los esquemas de control oficial. Los estudiantes dominaban algunos barrios de la ciudad, pero más importante que eso, era evidente que sus interpretaciones del conflicto se imponían también en los espacios más adversos y cercanos al propio campo oficial: los periódicos y las oficinas de gobierno. Y no sólo por el enorme ingenio que se expresaba en volantes y carteles, sino también porque sus manifestaciones pusieron en evidencia la crisis de representación del partido oficial al interior mismo de su campo. Aun cuando ninguna otra fuerza pudiera capitalizar en el tiempo esta manifestación de descontento, el efecto más inaceptable del movimiento estudiantil era la fragmentación misma de las opiniones al interior del partido. Este descontento no era propiedad de un sector, ni era aislable a la juventud, sino que se había trasladado a las oficinas de gobierno. Y por ello, el ensañamiento del PRI en hacer comprender, a través de *¡El móndrigo!* cuáles eran las claves de interpretación del disenso y la desobediencia, empezando por sus propias filas.

Al interior de las oficinas de gobierno había sobradas muestras de adhesión. Este es para mí uno de los fenómenos que puede verse con claridad en la fotografía oficial de 1968. Le llamo así no por llevar a las últimas consecuencias mi argumento, sino porque en los últimos años éstas se han mezclado con la gran cantidad de fotografías del movimiento estudiantil, algunas tomas provenientes de los archivos de las policías, y creo que es conveniente distinguir estos trabajos. Sobre todo porque la fotografía –uno de los instrumentos de representación centrales del siglo pasado– tuvo usos policíacos que no están lo suficientemente visibilizados.⁵⁵

Como se sabe, 1968 fue una expresión urbana masiva, una visibilización de la crisis de los partidos políticos instituidos. Como los fotógrafos de los diarios y revistas, los que trabajaban en las oficinas políticas también expresaban en sus tomas la sorpresa de estos

⁵⁵ Entre los pocos trabajos sobre la fotografía policial en el caso de 1968 es el de Alberto del Castillo Troncoso, que analiza a Manuel Gutiérrez, uno de los pocos fotógrafos de la DFS que hizo conocer sus materiales. Su análisis no es en tanto material policial, sino en tanto aporte a la memoria histórica del movimiento. Alberto Del Castillo Troncoso. “El 68 narrado en imágenes. La relación entre prensa y poder en México”, 2008; y Rafael Cabrera, “Mariachito, el fotógrafo que retrató el 68 para Luis Echeverría”, 2012.

nuevos actores. Y si se quiere, también constrúan una visión gremial del movimiento de 1968, advirtiéndolo su carácter histórico... haciendo sentir a todos aquellos, la sensación de que a su vez, vivían días históricos. Puede decirse que la fotografía oficial vivirá en el año de 1968 –como muchas de las otras prácticas policíacas– una evolución profunda, ligada a la necesidad de fijarse una serie de parámetros sobre el uso mismo de la fotografía, y por tanto, establecer condiciones para su ejecución.

Durante las manifestaciones de 1968, los fotógrafos parecen confundidos: surgen tomas desde las espaldas de los granaderos, como frente a una insurrección peligrosa; o en dónde la intención del fotógrafo parece estética, un buen cuadro de los edificios históricos que, tarde tras tarde, han estado ahí. Es posible que los jefes políticos desvalorizaran un trabajo, impecable en términos de luz y registro histórico, pero con mantas distantes e ilegibles, sin rostros clave, ni sectores específicos... Desde el punto de vista policíaco, aquellas fotos eran inútiles. Aunque periodísticamente fueran magníficas; y por eso la fotografía policial entraría en franca evolución. Estoy seguro de que no se podía dejar de lado la preocupación policial fundamental, que aun en los fotógrafos, como miembros de las oficinas, consistía en informar de cualquier cosa que permitiera imaginar la forma de detener al movimiento. Desde esta perspectiva –que hoy parece ser una de las claves de interpretación de la fotografía policial de 1968–, nadie tenía el trabajo de fotografiar un episodio histórico.





Fotografías de la colección Manuel Paredes

Es posible que se le hiciera saber a estos nuevos trabajadores del rollo y el revelado, que no habían cumplido con su tarea; que ni siquiera habían aprovechado la posibilidad de colaborar con los agentes que los acompañaban, para los que era indispensable dar un informe pormenorizado de los asistentes reconocibles, de los sectores adherentes, etcétera. En este sentido, en los archivos de la DFS puede verse la preocupación de los agentes por dar cuenta de los grafitis y mantas y carteles estudiantiles, una demanda institucional obvia. Las referencias a un sindicato, un grupo o una brigada, le daban orden a la acumulación de los datos policiales. Por ello, la prosa en las paredes y en las mantas, era esencial. Las tareas de identificación de los agentes, por ejemplo, no sólo se hacen evidentes en los mismos partes policiales, sino que son la principal preocupación de la organización estudiantil. Por ejemplo, según la DFS, ya el 8 de agosto, la preocupación estaba instalada en las reuniones del CNH, y las anotaban los agentes, como el acuerdo de que “solamente el representante de una brigada puede conocer las instrucciones para su acción”, lo que significaba que “no se puede conocer a la persona encargada de girar las órdenes”, y la razón por la que esto se iba a volver una práctica general era “para evitar ser identificados”.⁵⁶

Los documentos del 2 de octubre ya no reflejarían estas preocupaciones, pues se había vuelto un trabajo concienzudo en torno a los participantes, sus organizaciones de referencia, mencionados o presentes, etcétera. Uno de ellos hacía la siguiente descripción de esa tarde:

⁵⁶ AGN DFS 11-4-68, Legajo 26, p. 116 a, b, f.

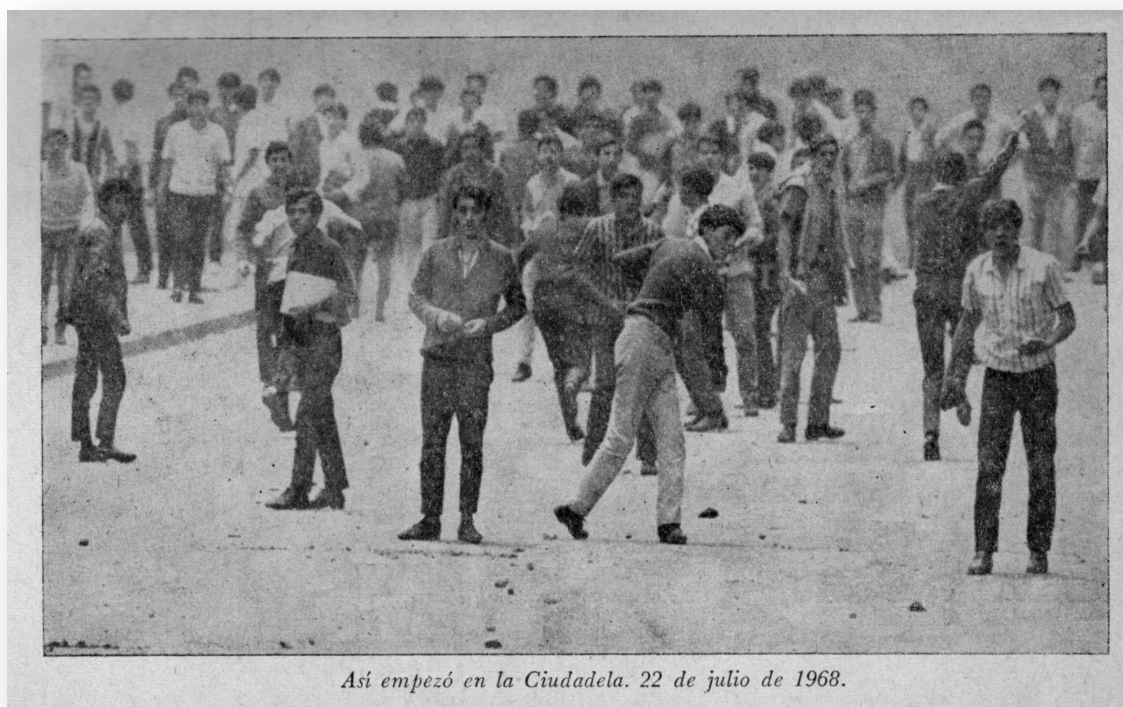
Desde las 16 hs. aproximadamente del día de hoy comenzaron a llegar grupos de estudiantes de las escuelas preparatorias del DF, Vocacionales del Instituto Politécnico Nacional y maestros pertenecientes a la Coalición de enseñanza media y superior, así como varios grupos de estudiantes de la Escuela de Agricultura de Chapingo, Edo. De México para concentrarse en la Plaza de las 3 Culturas de la unidad Tlatelolco. Fue muy notoria la presencia en este mitin de individuos con aspecto de “extranjeros” que al parecer asesoraban a los grupos de jóvenes que ocuparon la tribuna para dirigirse aproximadamente a las 17 hs., a la muchedumbre reunida en este lugar. Asimismo fue notoria la presencia de muchos dirigentes del Partido Comunista de México y de la Central Campesina Independiente que dirigen Ramón Danzós Palomino y Rafael Jacobo García, quienes ordenaron que un grupo de campesinos asistieran a este acto, entre ellos los huicholes que periódicamente llegan a dormir en las oficinas de la CCI, en el Dr. Río de la Loza 6 departamento 32. También se notó la presencia de elementos de la Unión General de Obreros y Campesinos de México, encabezados por los líderes estudiantiles de la Juventud Estudiantil Sindicalista que dirige el señor Audáz Cuauhtémoc Martínez Uriarte y varios grupos de obreros que dijeron pertenecer a la sección Nro. 35 del Sindicato de Petroleros de la República Mexicana; también asistieron los Trabajadores del Partido Obrero Trotskista del Sindicato Mexicano, que dirigen Luciano Galicia, Esperanza Limón y otros líderes de este sindicato; asistieron también los grupos de la Unión Nacional de Mujeres, que dirige Consuelo Martínez Hernández, como dirigente “visible” pero que es manejada por la señora Clementina Batalla viuda de Bassols y entre los grupos de mujeres que acompañaban a Consuelo Hernández, se encontraba Manuel Amaya Rentería, miembro del Comité Nacional de la CCI Frac. Comunista [...]⁵⁷

Un momento de la fijación de los objetivos del fotógrafo se dará durante la marcha del 13 de septiembre, que a diferencia de las de agosto, será fotografiada de cabo a rabo, por Manuel Gutiérrez Paredes a quien “le pidieron, sobre todo, que captara las mantas”.⁵⁸ Los fotógrafos seguirán esta demanda hasta que nuevas tareas les sean solicitadas. En muchas ocasiones, estos fotógrafos ya habían buscado las posiciones elevadas para captar la magnitud de las concentraciones; pero también sucedía que cuando estaban entre la multitud, se aferraban a retratar esas escenas en las que los jóvenes mostraban su desafío al gobierno, esa altivez conmovedora que en nada debía haberle servido a un jefe policial pues, en cierto sentido, estos fotógrafos también estaban retratando la épica del movimiento estudiantil. Como un correlato, cabe pensar que este debate estuvo al interior del gobierno,

⁵⁷ AGN DIPS Galería II, C. 1459.

⁵⁸ Así se advierte en la presentación de la Colección Manuel Gutiérrez Paredes, hoy en los archivos fotográficos de la ISSUE-UNAM. <http://ahunam.wordpress.com/2008/12/04/fondos-sobre-la-revolucion-mexicana/> (con acceso en 2013). La marcha del 13 de septiembre, es observada en esas relaciones, y es en esa perspectiva que hay que ver el trabajo del fotógrafo Manuel Gutiérrez, que desde los balcones de un edificio en la avenida Juárez, registró con cuidado la manifestación sin dejar fuera una manta. Cfr. El propio Archivo ISSUE-UNAM, y algunas referencias en Del Castillo, 2008. En el archivo oficial, muchas de estas tomas están agrupadas bajo el título de “Aspectos parciales de la manifestación estudiantil efectuada el día de la fecha, mostrando mantas y pancartas” en el Exp.11-4-68, Legajo 45 bis, pp. 11 y ss.

tal y cómo se plasma en las diferentes ediciones de *¡El móndrigo!*, en las que las fotografías serían una de las transformaciones sustanciales.



Primera edición de *¡El móndrigo!*, p. 7.

Las fotografías de ¡El móndrigo!

Uno de los cambios más importantes de la primera y la segunda edición de *¡El móndrigo!* son las fotografías. Este caso revela cuánto trabajo de edición y representación se hacía en las oficinas de gobierno. No sólo sería cambiada la imagen de la tapa, sino la mayoría de las fotografías que había en su interior. Es necesario pensar por qué ocurrió esto que convierte a la primera edición en algo muy especial, ya que no fue de ella –sino la de la tercera– de la que se hicieron muchas reimpresiones.⁵⁹ Es evidente que alguien en el

⁵⁹ Se hace una explicación sobre las dificultades para definir ediciones y reimpresiones en la reseña del

gobierno debió considerar que la primera edición contenía varios problemas, entre ellos, el tipo de imágenes que se habían escogido. O que fuera una reflexión al interior de la oficina de gobernación. Y por supuesto que hay cuestiones claras, más allá de algunas fotografías que delataban a quién las había tomado —como aquella que tomaba el mitin del 5 de agosto desde el palacio del gobierno del Distrito Federal. ¿De dónde una ignota editorial del *campo estudiantil* obtenía una toma desde las oficinas del gobierno de la ciudad? En términos gráficos, la primera estaba verdaderamente mal. La edición retrataba dos aspectos que se contradecían con la narración oficial, a la que no le interesaba ni la épica estudiantil, ni su condición de víctima del terrorismo oficial. Al contrario, la condición a desarrollar era la de la derrota, y la de retorno al redil.

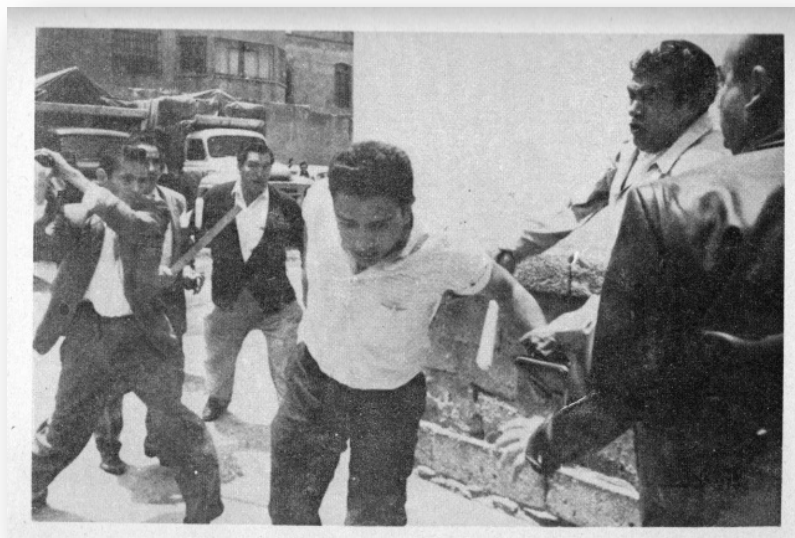


Primera edición de *¡El móndrigo!*, p. 34.

Entre las fotografías de esta primera edición hay una muy especial, probablemente del 21 de septiembre; la antesala de la redada del 2 de octubre. Es una imagen de días extraordinariamente difíciles para la policías y el ejército. Pues sólo por las noches, cuando

los estudiantes regresaban a sus casas, lograban establecer un control de la zona norte de la ciudad. Sin embargo, esta fotografía es interesante porque nos recuerda que sobre todo el ejército había vivido la experiencia de combatir en Tlatelolco contra jóvenes de las preparatorias en Tlatelolco antes de lanzarse a la detención general del 2 de octubre.⁶⁰

Pero regresando a las nuevas ediciones de *¡El móndrigo!*, hay que decir que estas no permiten ya las poses desafiantes de los jóvenes; se presentan en cambio, imágenes de humillación. Es decir, denigrados y acorralados por la policía, no avanzando serenamente por las calles, ni desafiando a las autoridades. Huyendo de un bastón, de algunos de los múltiples puntos de control que el ejército y las policías dispusieran en Tlatelolco. En ellas los jóvenes corren asustados y los agentes, en cambio, parecen esbozar una sonrisa. Esto último parece signar la inquietante foto de tapa de las siguientes ediciones de *¡El móndrigo!* Allí estaba también el fotógrafo oficial.



¡El móndrigo!, segunda edición, p. 49.

⁶⁰ Esa fotografía me llevó a pensar que las batallas del 21 y 22 de septiembre, en el mismo lugar en que se planearía la redada del 2 de octubre, había sido poco estudiada como antecedente de reconocimiento de campo por parte de las fuerzas armadas. Indudablemente, este episodio le permitió al ejército y la policía planificar el 2 de octubre y conocer el espacio en el que intervendría una semana después.



¡El móndrigo!, segunda edición, p. 63.

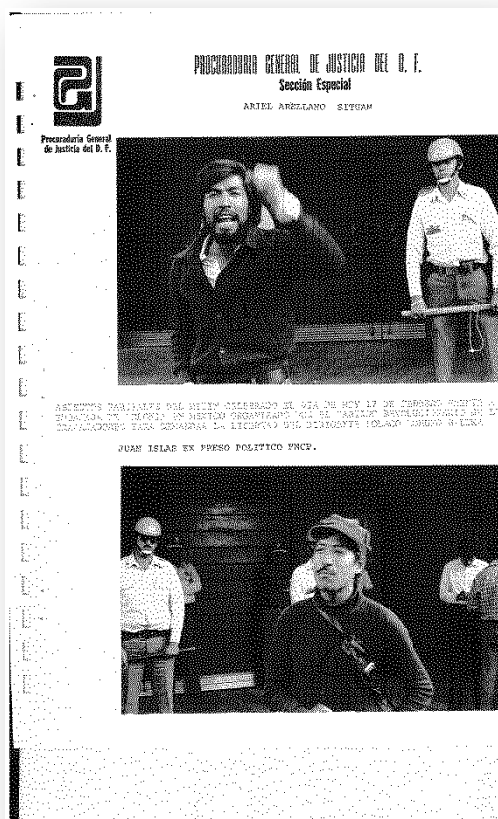
Los propios agentes de la DFS se ven triunfantes en las detenciones. Pero es evidente que el fotógrafo, más que estar retratando la humillación de los jóvenes, está tratando de identificar a aquellos que son rápidamente subidos a una patrulla. Estas fotografías son muy parecidas a las que tomara Manuel Gutiérrez y otros fotógrafos en el edificio Chihuahua el 2 de octubre y que luego publicaran Sanjuana Martínez, Scherer y Monsiváis. En este segundo caso, el fotógrafo también conoce a los hombres que detienen a los jóvenes que, esta vez, para garantizar la toma, detienen a los jóvenes en algún sitio iluminado. Los policías, que no son el objetivo de la cámara, también le sonríen con complicidad al especialista.



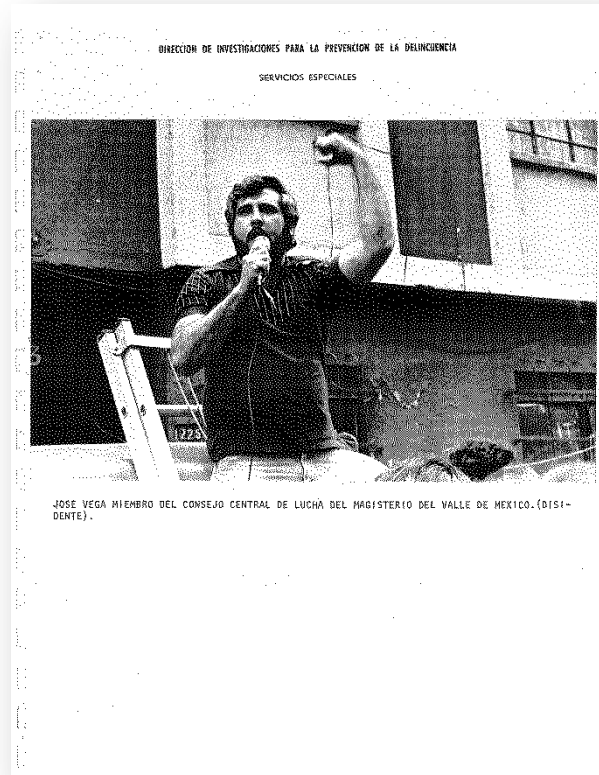
Scherer y Monsiváis, en *Parte de Guerra*, inserción sin número de página.

La preocupación por la identificación se desatará en 1968 y unos años después se transformaría en una práctica dominante entre los fotógrafos policiales. Se irán controlando las pasiones aisladas de los fotógrafos que quieren dejar testimonio de episodios históricos de la vida nacional, para ir profundizando el vínculo entre el arte fotográfico y las necesidades de desarticulación de los enemigos sociales. Así parece verse en las selecciones de fotografías de la Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia y la Procuraduría General de Justicia del DF, encargada de seguir los conflictos sociales, unos años después. Especialmente, se vinculará la tarea de dar con

aquellos que parecían dirigir a las masas movilizadas, a los que tomaban los micrófonos y megáfonos o encabezaban las reuniones. Sería un lento camino de especialización, que suponía el trabajo de oficina, la organización de perfiles, fichas, identificaciones. Los usos de estas identificaciones tendrían en los años siguientes muchos usos.



Ariel Arellano y Juan Islas en la manifestación por la liberación de Edmund Baluka, Dirección Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia. Archivo del Centro de Investigaciones Históricas Rubén Jaramillo Ménez.



José Vega, Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia. Archivo del Centro de Investigaciones Históricas Rubén Jaramillo Ménez.

Unos años después, las fotografías no sólo se utilizaban en las publicaciones oficiales, sino que tienen muchos fines documentales, sobre todo como parte de los trabajos históricos de la identificación. Entre los miles de casos de usos de las fotografías que se encuentran aludidos en las voces de las víctimas del aparato represivo mexicano, vale la de don Domingo Barrientos, detenido en el Campo Militar número 1, en 1971. Detenido en la sierra del en el Estado de Guerrero, Barrientos se asombró de verse retratado entre “un montón de fotografías de guerrilleros” donde buscaban su nombre y figura. Se detuvieron en “mi foto”, que “tenía una flecha marcada”. Entonces, “me preguntaron que si lo conocía”.⁶¹ Las transformaciones que enfrentará el uso de la fotografía son análogas a la evolución del sistema de inteligencia.

⁶¹ Entrevista de Luis Ponce en San Francisco del Tibor, 5 de junio 2003, FEMOSPP.

El archivo oficial de 1968

Otro de los problemas, como dijimos, se encuentran en la naturaleza de las fuentes oficiales, que como vimos con el caso de los dibujos de *Apuntes de Tlatelolco*, no siempre pueden ser leídos como transcripciones de la realidad; ni como la metáfora clásica, el manantial brontante al que acudir con nuestras cubetas de historiador para hacer el cemento de nuestra construcción. Los archivos mismos deben ser tratados como objetos de interpretación. Especialmente los documentos de inteligencia, más que un registro de los procedimientos, son insumos para la toma de decisiones; y siempre que fuera necesario, materiales para la explicación pública. Sus posibilidades como fuentes para la historia, son proporcionales a la capacidad del historiador de lograr que las intenciones primigenias del archivo no echen sombra sobre su análisis. El expediente 11-4-68, que agrupa gran parte del archivo sobre el movimiento estudiantil, representa estos desafíos.

¿Cómo advertir los procesos de escritura de estos documentos y las posibles razones de su organización actual, en los entresijos de la suma de lógicas distintas y a la vez cercanas entre sí, que tanto revelan cómo pueden obturar con sus interpretaciones? Este expediente agrupa en sus legajos escritos de diferente tipo y complejidad, porque entre ellos varían horizontes y objetivos. El hecho de que se encuentren mezclados, también nos presenta el problema que ya planteara Sergio Aguayo, de que son archivos sobre la represión, por tanto están insolublemente ligados a cierto tipo de operaciones. No son las páginas de un funcionario desinteresado que asienta sin velos el resultado de su observación.

Quizá el aspecto que más enturbia la interpretación de los documentos cuando se vuelven archivos, es el volumen. Éste y la contigüidad de la agrupación, tienden a reducir la interpretación al episodio que interesa, haciendo difícil ver los tiempos que se condensan entre la fecha a la que se refieren y la fecha en que se escriben. Esto se amplifica en el caso de un episodio connotado que luego cifra la interpretación de una época, como sucedería con el 2 de octubre de 1968. Así, en este caso, las dificultades son análogas a las posibilidades de interpretación del archivo –sobre todo de éste, que aún rasurado, refleja la magnitud de la operación oficial-. Como riqueza de el análisis historiográfico, tenemos la compañía de otros escritores que, por lo menos, en lo que respecta a los acontecimientos de

1968, aportaron dispares acervos e interpretaciones que abarcan a los archivos. Los usos y los problemas ya planteados, entonces, nos incumben e interpelan a buscar mejores soluciones interpretativas que aquellas que se nos han planteado, y que nos servirán de referencia.

Un primer problema surge de los diferentes usos de la documentación oficial, que, como dijimos a propósito del libro de Urrutia, ya incorporaban la reproducción fotostática intercalada como *prueba*. Lo que 1968 como caso nos representa es que es el Estado el creador de la idea de que el escrito oficial es probatorio, parte de la trama fetiche que funde lo legal con lo real. La advertencia es, en definitiva, sobre el deseo oficial de hacer de sus propios papeles una prueba de lo real nacional. En realidad, una pulsión centenaria. Por ello hemos analizado *Trampa en Tlatelolco*, considerando a Manuel Urrutia como un precursor. Es decir, este es otro espacio simbólico cargado con nociones como la de ley o prueba –con su fuerza de verdad–, que se nos establecen como condición de lectura de la fuente oficial. Algo esencial de la lectura documental queda de lo que nos ha planteado Mejías, una ilusión de lo oficial como verdadero, algo que se adhiere al documento público, que reservado u oculto muchos años, se nos aparecen como revelaciones tan diáfanas como fundamentales. De estas creencias está hecha también la historiografía de 1968.

Por ejemplo, es correcta la apreciación de Raúl Jardón, para el caso de los documentos de la Dirección Federal de Seguridad, de que:

Pese a que los informes de la DFS reflejan el clima anticomunista y el carácter autoritario del régimen lo cual tiende naturalmente a que la información que contienen sea sesgada y poco veraz en muchos casos, es notable que, en general, los reportes que Fernando Gutiérrez Barrios entregaba a los altos funcionarios del régimen sí reflejan en gran medida lo que fue el movimiento estudiantil de 1968.⁶²

Esto es en gran medida porque las funciones de los documentos, examinados según sus propósitos de enunciación, pueden explicar la necesidad de reflejar la naturaleza pro-comunista del movimiento estudiantil, lo que naturalmente se reflejaba en el discursos del amplio arco oficial (el primero en introyectar las interpretaciones oficiales), al que pertenecían los agentes y soldados. Esto tiene trascendencia historiográfica y podría expresarse en los equívocos de tomar el discurso oficial, sin atender a sus propósitos de conocer, detener y estigmatizar. Sólo así se puede concluir que “cualquiera de esos

⁶² Raúl Jardón, *op. cit.*, p. 25.

funcionarios que haya tenido dos dedos de frente” pudo ver en estos documentos “que el movimiento no era ninguna conjura comunista”, y que “no tenía nexos con el extranjero ni buscaba derrocar al gobierno”, como dice Jardón.⁶³

Creo que una lectura como la que Jardón demanda es imposible, pues no estaba entre las expectativas del poder mexicano producir una interpretación de las fuentes ideológicas o políticas del movimiento estudiantil –como lo haría un historiador-; necesitaba hacer lecturas internas. Las tesis de la conjura es, en este sentido, pura representación. Es posible que el discurso oficial haya presionado para que el movimiento estudiantil se sintiera obligado a dar explicaciones en ese tenor, pero eso era la política misma, basada en la inducción de una interpretación sobre sus adversarios para obligarlo a fragmentarse o a romper sus potenciales relaciones. Comprender si se trataba de un movimiento con raíces comunistas o no, no era necesario averiguar, bastaba la propocisión de caracterizar al movimiento como antipatriótico para hacerlo. Parte de la opacidad del fenómeno se encuentra en la imbricación de los horizontes policiales con los historiográficos, que llevan a fundir los propósitos adheridos del argumento oficial con los propios. Así, Jardón considera que:

El gran fracaso, el talón de Aquiles de la DFS, fue no haber dado importancia o no haber conseguido penetrar en los comités de lucha de las escuelas ni haber logrado informar oportunamente y verídicamente sobre las discusiones y decisiones del CNH y la pluralidad de sus integrantes [...] A tal grado llegó ese fracaso que sólo sobre la base de algunos de los dirigentes estudiantiles detenidos el 2 de octubre pudo por fin la DFS elaborar un informe más o menos general y preciso sobre la estructura y funcionamiento del CNH [...]

¿En qué sentido necesitaba la DFS conocer al CNH? ¿Se lo había propuesto? Da la sensación de que buscaba identificar individuos, pero más que nada, establecer vínculos con las organizaciones sociales ya controladas, con las que el CNH estaba estableciendo vínculos. Creo que en esos días, fue más importante comprender las relaciones sociales que podían establecer los estudiantes que dar cuenta de lo que se discutía en las sesiones del CNH, o dar cuenta de su *pluralidad* -como hoy haría un sociólogo-. En este sentido, la identificación empieza con una delimitación de la pertenencia institucional, como expresión de relaciones sociales existentes.⁶⁴ La inconformidad es observada según sus relaciones posibles, lo que

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ Aunque si se trata de personas cuya filiación se conoce, se explicitan los sectores a los que pertenece cada persona, como en el informe del 26 de julio de Gutiérrez Barrios, que indica que entre los que encabezaban la

en lo público puede manifestarse como un hecho consumado. Para el aparato de inteligencia esto aparece como un seguimiento de aquello que tiene un horizonte de despliegue. Pero estos horizontes escapan a la mirada de los actores que, por considerarse adversarios, no pueden ni necesitan analizar el escenario del otro porque están ocupados en construir el suyo. Este es quizá el doble movimiento que permite al aparato de inteligencia, que se sitúa en un espacio de servicio de lo político, tener tareas tan estrechamente vinculadas al sistema de propaganda.

Si no podemos avanzar en la comprensión del funcionamiento del sistema de inteligencia, en general, resultará difícil sopesar los materiales represivos. Un modo de explicarnos estos distintos momentos de la escritura, para el caso de los documentos de la DFS que han sido estudiados, consiste en diferenciar el informe de un agente que transcribe los acontecimientos que ha presenciado o sobre los que ha hecho una pequeña investigación, con las anotaciones de su cuaderno o las palabras de un informante, y que se encuentra dirigido al director de la oficina -en este caso a Fernando Gutiérrez Barrios; de los propios informes de éste. Especialmente porque los objetivos de un informe de un agente estaban orientados por el deseo de identificar planes, organizaciones, individuos sobresalientes, filiaciones, frases, magnitudes, etcétera, para dotar de información a la dirección para la que trabaja. Sin embargo, durante 1968, cada vez que el jefe de inteligencia creyó que podía intervenir en la representación de un fenómeno a favor de la versión oficial, lo hizo. Estas dinámicas se encuentran desdibujadas en el archivo, pero hacen a la naturaleza de órgano narrativo de la máquina política. Es decir, cómo las necesidades de interpretación (información organizada), se mezclan con los de la explicación (interpretación oficial), expresada esta última como postura pública.

Especialmente en este campo, los documentos de inteligencia están demasiado cerca de la toma de decisiones por sus prioridades de controlar a los movimientos sociales. En un segundo momento narrativo, pero en un primer plano de la acción política estaba la necesidad de producir una interpretación sobre ellos, que acababa ligándose al modo en que

manifestación estaban “Rubén Valdespino, miembro del Partido Estudiantil Progresista de la Facultad de Derecho, facción C.N.E.D... se notó la presencia de Saúl Álvarez (sic), ex miembro del P.C.M. y filial de la Liga Espartaco, así como Antonio Morín militante de la Liga Espartaco... [también] iban Gerardo Unzueta Lorenzana y Miguel Leonel Posadas, directivos del Partido Comunista Mexicano”. AGN DFS 11 4 68, Legajo 24, p. 2. Esta era la prosa reiterada de los informes a Gutiérrez Barrios.

aquellos serían cercados verbalmente, como interpretación política de lo que estaba sucediendo. El caso de 1968 permite mostrar que los intereses narrativos de las instituciones no sólo forman parte de lo que hoy comúnmente se considera como su enunciación en el formato propagandístico. Sus efectos duraderos afectan a la lectura que hacen los historiadores, desafiados por los usos institucionales.

Un caso claro del orden para la explicación puede observarse en los legajos 45, 45 bis y 45 bis B del propio expediente 11-4-68. Se trata de casi 400 fotografías de aquellos días. Pero, ¿es un legajo que compila el trabajo de los fotógrafos de la organización? No. Como observará el lector, es el legajo que sigue numéricamente al que contiene los informes del propio 2 de octubre, el 44; pero no se trata sólo de un archivo fotográfico, se trata también de un relato hecho con fotografías y, en algunos casos, con epígrafes. El orden de las fotografías es casi cronológico, pero no retrata al movimiento estudiantil; retrata la *conjura* y legitimidad del régimen en su combate. Tras algunas tomas sobre la marcha del 13 de septiembre, el énfasis se pone en el decomiso de armas en Tlatelolco (tomadas el 6 de octubre), fotografías los detenidos la noche del 2 de octubre, y un registro de las conferencias prensa y apoyos públicos al gobierno.⁶⁵

Legajos como estos, así como otros documentos preparados más allá de la práctica cotidiana del informe de lo relevante del día, nos presentan un uso específico de estas oficinas, más allá del registro, con el espíritu de la explicación. Es difícil saber si este legajo se confeccionó para que fuera usado por la Secretaría de Gobernación durante el proceso judicial, o si fue útil para la creación de otros materiales. No sabemos en qué medida fue elaborado para dar algunas pinceladas a la versión oficial. Sí sabemos, en cambio, que es un objeto preparado, más allá del recorrido narrativo de los otros legajos. Como dijimos, no se trata ni siquiera de una síntesis del “conflicto estudiantil” como lo llamaba Gutiérrez Barrios, se trata de una selección para narrar la traición a México.

Al margen agrego que vale recordar las desconfianzas de F. W. Bierling, un historiador que en el siglo XVIII buceaba entre los documentos de embajadores y funcionarios de la corona,

⁶⁵ AGN DFS Exp. 11-4-68, Legajo 45, 45 bis y 45 bis B. La secuencia es esta: a) las marchas estudiantiles; b) los destrozos y las armas; c) la clase política apoyando al gobierno (hay fotos de todas las tomas de posturas posteriores a la masacre, de las reuniones en la Central de Trabajadores de México, la Cámara de Diputados); c) las conferencias de prensa mismas de Sánchez Vargas; d) la liberación de algunos de los muchos detenidos en el Campo Militar Uno.

a los archivos oficiales. Para Bierling, estos eran papeles abiertamente engañosos. Los informes versaban, escribió, sobre las intenciones de monarcas que no hablaban con franqueza o sobre deliberaciones a las que no habían tenido acceso: lo que el poder “especula que es verdad” o considera necesario consignar según sus criterios, “no siempre lo que es cierto”; aunque casi siempre lo que les es necesario.⁶⁶ Aunque estudioso de las fuentes oficiales, a Bierling le parecía que una narración basada en aquellos documentos podía ser fidedigna en cuanto a fechas y nombres, pero de ningún modo suficiente para narrar íntimamente algún suceso. Pese a sus advertencias, nunca abandonó el uso de los archivos oficiales, ni debemos hacerlo nosotros.

Por el contrario, útiles para todos, los archivos oficiales han sido una herramienta codiciada por su capacidad para brindar información que sería muy difícil de obtener de otros tipos de archivos. Según el tiempo y el asunto, esos documentos son una herramienta estratégica para comprender diferentes aspectos de la vida social, aunque debamos superar algunos dilemas que desde ahí nos acechan. Tejer dilemas sobre los modos de leer el discurso autoritario, nos permite en definitiva, leer historiografías como la de 1968, en las que el campo oficial es parte fundamental.

Cuando el ejército ‘filtra’ su archivo

Pasaran los años y la memoria seguirá recibiendo los ecos de la versión oficial. En 1995, el general Alfonso Corona del Rosal, regente de la ciudad de México durante 1968, publicará el texto *Mis memorias políticas*. En 1996, otro general, Luis Gutiérrez Oropeza, jefe del Estado Mayor Presidencial durante el gobierno de Díaz Ordaz, difundiría *La realidad de los acontecimientos de 1968*. En 1999, publicados por Julio Scherer, aparecerían una serie de documentos del General García Barragán, que evidentemente también constituían una respuesta y un diálogo al interior de la cúpula militar de aquellos años. De repente, la historiografía oficial parecía vivir una nueva primavera. El texto de Gutiérrez Oropeza es prácticamente desconocido. El de Corona del Rosal, tuvo un impacto minúsculo; sobre todo

⁶⁶ Anthony Grafton reseña las preocupaciones de Bierling en *Los orígenes trágicos de la erudición*, 1998, pp. 121-122.

si se compara con el efecto que tendría los de García Barragán, no sólo se publicaba luego de una de las grandes conmemoraciones de la masacre: 30 años.

Fue con la divulgación parcial de los documentos del gral. García Barragán, de manos del prestigioso periodista Julio Scherer García que se reabrió un debate del que esta tesis es parte. Recordemos que las versiones que el ex Secretario de la Defensa Nacional, comentada por Julio Scherer García en el libro *Parte de Guerra*, dirigían sus acusaciones al Estado Mayor Presidencial, es decir, a un órgano militar dependiente de la presidencia, es decir, a Gutiérrez Oropeza. Esta documentación, entregada a Scherer a través de su hijo, el general Javier García Paniagua, Director de la Federal de Seguridad entre los años 1976 y 1978, merece un análisis detallado a la luz de lo expuesto hasta aquí.

En dicha versión, el ejército habría sido atacado por miembros del Estado Mayor Presidencial, apostados en los departamentos de Tlatelolco. La tesis inicial, y que García Barragán sostuvo por años, de que las fuerzas a su cargo habían sido atacadas por estudiantes, es sustituida ahora por una nueva. Esta nueva versión, transcrita y comentada por el periodista, también constituyó un éxito en ventas. Citaré la segunda edición, *Parte de Guerra II, los rostros de 1968*, que por sus fotografías del día 2 de octubre de aquel año, puede considerarse la edición definitiva.

Como muchos libros, *Parte de guerra* puede ser diseccionado de manera diferente a la que sus autores proponen. Desde mi perspectiva, el libro consta de tres partes. Los primeros cuatro textos constituyen introducciones y conforman, junto con el último apartado (*sobre los autores*), el primer grupo: textos periféricos. El segundo grupo lo forman, *El tigre Marcelino* y *Los documentos del general Marcelino García Barragán*. Estos dos capítulos son indisolubles, constituyen en sí mismos un texto autónomo del resto, autonomía que también posee el capítulo de Monsiváis, el último *grupo* de textos. Me detendré sólo en esa extraña comunión que forman *los documentos de García Barragán* y la compleja introducción de Scherer.

Se trata de un conjunto de textos breves separados por asteriscos, que refieren a acontecimientos situados espacial y temporalmente, que no parecen responder a cronotopía alguna. Quiero decir que a mi entender, este texto actualizó el esfuerzo oficial de debatir a 1968 a partir su hipótesis propagandística de los primeros disparos; de debatir a partir de la

balacera contra el ejército. Lo que tenía de nuevo esta declaración era la propuesta de asumir una parte de la responsabilidad para evitar la destrucción de la totalidad de su versión. Aunque el tema es el 2 de octubre de 1968, está claro que el texto de Scherer se propone abordar algunos alrededores históricos de los personajes, que en lo personal me costó comprender y que finalmente atribuí a un trabajoso esfuerzo por darle credibilidad a esos papeles y a los personajes de la *historia*, en especial para el autor y principal estrategia de la operación militar del 2 de octubre.⁶⁷

El segundo de estos apartados, los documentos del militar, contienen por un lado 27 copias facsimilares de documentación de la Defensa Nacional, organizadas cronológicamente desde el 29 de julio al 5 de octubre. Entre ellos, cinco croquis de los lugares en que, entre esos días de 1968, hubo enfrentamientos o marchas en los que estuvieron implicados estudiantes y soldados –uno de los cuales, el referente a la plaza de Tlatelolco, hemos reproducido aquí–. Además se encuentra la transcripción de un documento de casi 30 páginas, titulado “Hechos sobresalientes del problema estudiantil y actuación del ejército para mantener el orden”, que también mencionamos que formaba parte de *Apuntes de Tlatelolco*, el texto compilado por procurador Julio Sánchez Vargas después del 2 de octubre, y que se analizó en el capítulo anterior.

La complejidad que presentan las páginas que anteceden a los documentos, se explican por el gran desprestigio que Scherer debe enfrentar para hacer una presentación de los generales García Barragán y García Paniagua -padre e hijo-; este último, Secretario de

⁶⁷ En síntesis, la cronología se puede entender en estos términos: el primer texto se sitúa en la presidencia de Zedillo, en San Ángel, ciudad de México; el cuarto, en tiempos de Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón; el quinto, inmediatamente después de la masacre, pero en Jalisco; el sexto, *un día, remoto entonces...*; el séptimo, dos cartas en copias facsimilares fechadas en 1975 y 1976; el octavo, 1959, dedicado al asesinato en Morelos, de Jaramillo; el undécimo, el ataque a la UNAM en 1966; el duodécimo, en 1940: cuando García Barragán aún está en el Colegio Militar; el decimotercero, en 1960: García Barragán en Toluca; el decimocuarto: el *año crítico* de 1966; el decimoquinto: 1995: unas líneas a Sayula, por el centenario del nacimiento de García Barragán; el decimosexto, 1976 y 1978; el decimoséptimo, *el pasado 24 de marzo* (1999); el decimoctavo y siguientes, secciones de una entrevista imaginaria de García Barragán sin fecha; el vigesimoprimer, una carta de García Barragán a su hijo en 1978 titulada “La verdad para la historia”; el vigesimosegundo, años después de 1968, una versión de un cruce entre Echeverría y García Barragán, donde el informante es el también oscuro general Francisco Quiroz Hermosillo; el vigesimotercero, unos fragmentos del libro *La herencia*, de Jorge Castañeda Gutman; el vigesimocuarto, una introducción y transcripción de un documento (aparentemente manuscrito) titulado “La Batalla Política Ganada por Cárdenas”, sin fecha pero pasados los acontecimientos de Tlatelolco de 1968, *una mañana...*; el vigesimoquinto, jueves 18 de septiembre de 1969: *el general García Barragán dejó entre sus papeles la historia que sigue...*; el decimosexto y último, fragmentos y comentarios a un libro del general Gutiérrez Oropeza, Jefe del EMP durante la masacre, publicado en 1988.

Gobernación del gobierno de José López Portillo y responsable del último grupo de desaparecidos simpatizantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S). Para volver creíbles a estos dos personajes, Scherer recurre a anécdotas personales y a la exposición de un vínculo cercano entre las familias de los militares y del autor, que es el modo en que aquél transfiere su propio prestigio a los documentos militares que citará parcialmente. Ilustra estos vínculos reseñando atenciones para su esposa e hijos –collarines, un reloj personal y los documentos originales de los que habla el libro–.⁶⁸ Varios textos son, además, recuentos de la vida de los militares, orientados a mostrar sus atributos humanos, de lealtad a la patria y valor y, por supuesto, tienen poco que ver con el movimiento estudiantil.⁶⁹ Pero lo más llamativo es que el texto de Scherer, como mencionamos anteriormente, comenta y reproduce cartas y documentos que no serán ya incluidos en el capítulo siguiente.

Un primer asunto se deriva del hecho de que es el mismo autor el que analiza y menciona documentos que no serán publicados facsimilarmente en el capítulo titulado *Los documentos del general Marcelino García Barragán*; además de que omite mencionar y analizar los documentos que sí se reproducen allí. De esto se deduce que los documentos reproducidos en este libro, no son los únicos que Scherer recibió. Y a su vez, que hubo algunos que prefirió reseñar sin reproducir, como hubo otros que prefirió reproducir sin analizar. En especial, algunos que serían de Gutiérrez Oropeza, el inculpaado por García Barragán y Scherer. Con la particularidad de que al momento de mencionar el maletín en que estaban los documentos, Scherer escribió que, “a la izquierda hojas escritas a máquina y pliegos manuscritos; a la derecha los partes militares del general García Barragán y los informes correspondientes del jefe del Estado Mayor Presidencial, general Gutiérrez Oropeza”.⁷⁰

En el libro no hay reproducciones facsimilares que respondan a la descripción de *pliegos manuscritos*, aunque sí, algunas transcripciones que, se explica, responden a un pliego manuscrito. Pero lo más llamativo es que en el propio texto no se reproduzcan documentos como los aludidos como “los informes correspondientes del jefe del Estado Mayor

⁶⁸ Scherer y Monsiváis, op. cit., pp. 45, 63

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 44, 46-47, 54, 58, 60-63.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 63.

Presidencial, general Gutiérrez Oropeza”, los que seguirían aún inéditos.⁷¹ No puede entenderse que esos informes sean lo escrito como *Comentarios* bajo el título de “La batalla política ganada por Cárdenas”,⁷² ni en la conferencia de prensa imaginaria mencionada,⁷³ ni en la carta a su hijo,⁷⁴ en donde se menciona la conversación supuestamente sostenida, al final de la masacre, entre García Barragán y Gutiérrez Oropeza. Existe la posibilidad de que Scherer, equivocando una proposición, donde escribió los informes correspondientes *del* jefe de Estado Mayor Presidencial, hubiera querido escribir: *sobre el jefe*... Pero me parece una explicación insatisfactoria, especialmente porque tampoco son los únicos documentos mencionados que se encuentran ausentes. Aunque justo estos que afectan a quien, en la nueva versión, sería el responsable directo de la traición al ejército y de la masacre estudiantil, Gutiérrez Oropeza.

En segundo problema tiene que ver con la naturaleza de la versión que proponen sobre lo acontecido en 1968. El texto de Scherer supone una revelación excepcional argumentada, precisamente, en los comentarios finales al texto titulado “La batalla política ganada por Cárdenas”, en la conferencia de prensa imaginaria mencionada y en la carta a su hijo. Esta revelación supone la actualización de la versión del propio García Barragán luego de la masacre (argumentada primero ante la prensa y luego en la mencionada entrevista con Manuel Urrutia). No sorprende que el capítulo llamado *Los documentos del general Marcelino García Barragán*, por separado, no vayan en la misma dirección de la versión preparada por Scherer en el capítulo titulado *El Tigre Marcelino*; ni en los documentos reproducidos, ni en los “Hechos sobresalientes del problema estudiantil y actuación del ejército para mantener el orden”. En ninguno de ellos aparecen rastros de los francotiradores del Estado Mayor Presidencial. Todavía en su *entrevista con Cárdenas*, García Barragán sostiene la vieja versión de las columnas de seguridad, y en “Hechos...”, el impreciso recuento de hallazgos (“gran cantidad de armas, municiones y accesorios, así como propaganda subversiva”), pero ni una sola mención a la comunicación de Gutiérrez

⁷¹ Tampoco se estaría refiriendo el autor al “pequeño libro de Luis Gutiérrez Oropeza”, pues lo reseña al final de su texto como algo que conoció en el momento de su publicación, unos años antes. *Ibid.*, pp. 80-81.

⁷² *Ibid.*, pp. 77-78.

⁷³ *Ibid.*, pp. 64 y 69.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 70.

Oropeza en la que éste le habría confesado que los francotiradores estaban bajo sus órdenes.⁷⁵

¿Por qué entre los documentos de García Barragán no se encuentra ninguna copia, justamente, de lo que constituyó la revelación de esta nueva versión? Es posible conjeturar que la carta no tenga fecha, o su fecha resulte inconveniente, o pueda advertirse con facilidad que ésta es una *carta imaginaria*. Y que con esto nos presente aún más contradicciones de las que advertimos aquí; una de ellas vinculadas a la conversación con el ex presidente Lázaro Cárdenas. Sobre el punto García Barragán anota, en tercera persona, lo que parecería una transcripción del encuentro, que no obstante sólo sitúa “pasados los acontecimientos de Tlatelolco de 1968, una mañana”, y que atribuye al hecho de que “habló el general Cárdenas, al general García Barragán, para que lo invitara a desayunar a su residencia particular”.⁷⁶ Cárdenas le presenta a García Barragán así, los motivos de haberle solicitado la reunión: le pedía su intervención para que Díaz Ordaz liberara a los estudiantes. García Barragán se niega y le cuenta a Cárdenas las razones por las que los estudiantes no deben ser considerados presos políticos, pues ellos “comenzaron los disparos” desde “las azoteas” de los edificios, esperando al ejército “quien contestó el fuego”.⁷⁷

La conversación entre los generales termina con una pregunta de García Barragán: “¿Todavía cree Usted en que son Presos Políticos, los que le prepararon esta trampa al Pueblo y al Ejército para que hubiera *mueritos* y tener está Bandera para seguir su agitación?”.⁷⁸ Pero caben muchas preguntas más. Por ejemplo, la de si es creíble que este militar, reconocido como cardenista, le habría ocultado a Lázaro Cárdenas –en los últimos días de su vida–, lo que sólo le contaría a su hijo que sabía desde el propio 2 de octubre. ¿Le habría entregado a su hijo la carta, o ésta había permanecido entre sus papeles de 1968?

⁷⁵ Scherer y Monsiváis, op. cit., pp. 76 y 144. Es muy interesante que el texto de Scherer logre su punto más significativo basándose en una reseña de una carta familiar –razón o coartada para no ser reproducida, cuando se trata de un libro de reproducciones–. Esa carta, escrita por el *tigre* Marcelino a su hijo, el último jefe de los *tigres* de la DFS, contradice toda la documentación publicada que es, por ello, silenciosamente deslegitimada. Este contrapunto al interior del documento se encuentra en la versión del 2 de octubre en las pp. 70-71, 76 y 140-146.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 73.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 76.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 77.

La entrevista fue entre 1969 y 1970, año de la muerte de Cárdenas, ¿cuándo fue transcrita? ¿Cuándo fueron transcritos los *Comentarios* que se anotan a continuación?⁷⁹ ¿Anotaba García Barragán todas sus entrevistas, como parecen indicar los renglones siguientes, en los que ya no se transcribe el diálogo con Cárdenas, sino con Gutiérrez Oropeza y con Mazón Pineda?⁸⁰ ¿Por qué un señalamiento que lleva a aceptar la deshonestidad de haber sostenido por años una mentira, que llevó a la cárcel a muchos ciudadanos, que negó la posibilidad de juicio a los “verdaderos responsables” de esta masacre, no viene acompañada de las razones de la omisión? ¿Existen entre sus papeles otros borradores? ¿Por qué Scherer no publica justamente esos que transcribe y sí otros sin mayor trascendencia que no analiza? Esto, que parece una demanda moral, no son sino demandas de coherencia a los textos, en el marco de los propios relatos de los narradores.

Cualquier texto, para ser creíble cuando hay dos versiones de un mismo hecho y del propio narrador, necesita que una de ellas sea verdadera y la otra falsa, y que se expongan las razones para semejante contradicción. Podría decirse que basta con que una versión sea superada por la otra, porque el conocimiento de los hechos así lo supone; pero en el caso de García Barragán no se explica que la segunda versión (la que menciona a los francotiradores del EMP) fuera conocida por él desde la noche del 2 de octubre, es decir, mucho antes de elaborar la que hizo pública junto con las declaraciones estudiantiles sacadas bajo tortura y que supuestamente le da a Cárdenas. Es decir, aquella en la que los estudiantes se habían organizado en columnas de seguridad, tal como le informa a Cárdenas, tal como sostuvo ante la prensa, tal como afirma la novela de la DFS, tal como le contó a Urrutia, etcétera.

El texto de Julio Scherer le permite a García Barragán (aunque debiera decirse que le

⁷⁹ Recordemos: “COMENTARIOS: Para mí el Señor General Cárdenas a quien siempre quise con mucho afecto y respeto, y creo que mi afecto estaba bien correspondido, pidió al presidente Echeverría la libertad de los llamados presos políticos, entre los que hay hombres inteligentes, para mí el más valioso Sócrates, como hombre y como intelectual, no conozco a Heberto Castillo, quien no tomó parte activa en el 2 de octubre. Cómo a las 7:30 de la noche me habló el General Mazón, para pedir permiso para registrar los Edificios donde había franco-tiradores, lo autorizé y como a los 15 minutos me habló el General Oropeza. Mi General, me dijo: Tengo varios Oficiales del Estado Mayor Presidencial apostados en algunos Departamentos [...]”

⁸⁰ General Oropeza “como van registrando los cuartos temo que me los vayan a matar, quiere usted ordenar al General Mazón que los respeten [...]”; “Gral. Barragán: en estos momentos hablo con el general Mazón”; Gral. Mazón: sí mi general ya tenemos uno [...]”. *Ibid.*, pp. 77-78.

permite al ejército) sustituir una versión falsa, por otra creíble y afín al esfuerzo del ejército de evadir sus responsabilidades... en vísperas del fin del gobierno priísta, y la apertura de los archivos por la creación de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP), que es el contexto de la publicación de *Parte de Guerra*. Queda claro que a 30 años de 1968 la tesis de la *conjura* ha sido trastocada como interpretación histórica por otra en donde campean la *confusión* y la traición interna.

Si los manuscritos originales que Scherer no ha publicado no tienen mayores elementos para responder a estas preguntas, entonces caben pocas respuestas, entre ellas, que García Barragán escribió la versión después de imaginarla. O que alguien lo hizo en su nombre. Y que esta imaginación no es otra que la de un lector atento e ingenioso de la versión social y testimonial que esos años —en las palabras de Monsiváis—, se había impuesto *victoriosamente*. Si como siento, el libro de Scherer y los documentos de Marcelino siguen teniendo efecto en demasiados corazones legítimamente ansiosos de justicia, este episodio de la historiografía oficial debería llamarse la batalla ganada del general García Barragán.

Las cronologías de 1968

Creo que uno de los grandes efectos del versión oficial es el recorte de tiempo dominante sobre la versión social. Una cronología es un recorte en el que cabe la historia que alguien quiere contar. La mayoría de las que se concibieron sobre 1968 tienen en común que engloban y, en ocasiones, coinciden en un punto, que lo que pasó pasó en al menos 71 días, del 22 de julio al 2 de octubre. Aunque no se trata de un consenso, esta duración es esencial para la representación de la DFS de 1968, como dijimos, el mejor y más estructurado proyecto oficial. Este es el recorte de *¡El móndrigo!*, que inicia y termina su bitácora en ese lapso. Casi lo es el de *Trampa en Tlatelolco*, que también pone fin a su crónica del movimiento estudiantil el 2 de octubre. Urrutia, en cambio, comienza el 3 de julio: al fin que no es el movimiento estudiantil lo que le anima, sino la defensa de las fuerzas armadas.⁸¹ La cronología de García Barragán —la contenida en los famosos “Hechos...” y en *Tlatelolco*—, terminan el 29 de octubre porque lo que se le impone no es una representación

⁸¹ Su cronología va de las páginas 29 a la 200.

de los enemigos —el fuerte del relato de los propagandistas- sino narrar “la intervención del ejército”. Y así incluye las Olimpíadas del 12 al 27, y finaliza con la entrega del edificio del Casco de Santo Tomás del ejército, dos días después.⁸² También Blanco Moheno culmina con *Tlatelolco*. Luis Spota, en cambio, narrará *el después...* no produce cronologías, representa el camino del disenso después de la masacre de Tlatelolco.

Pero quien lleva al extremo la creencia de la cultura internacional de la rebeldía y la revolución marxista es uno de los textos menos conocidos de la historiografía de 1968: *La realidad de los acontecimientos de 1968*, del general Luis Gutiérrez Oropeza. El libro de este general, que sostiene que “en México no había motivos para la suversión”, produce una cronología mundial orientada a mostrar a los jóvenes como un actor social esencial de las políticas del socialismo internacional. Desde este lugar que habrían perdido los campesinos y obreros como sujetos de la historia, los estudiantes parte de un guión internacional: “no fuimos originales, no fuimos autores, fuimos actores, copiamos lo ocurrido en el extranjero”.⁸³ Se trata de una cronología que va del 8 de enero al 25 de diciembre, en la que aparecen noticias estudiantiles de los cinco continentes. El autor consigna, cómo si bastara con recortar un año y unos actores para que todo actúe orgánicamente. Todo tiene que ver con el movimiento estudiantil mexicano: los zengakuren de japon que se oponen a la presencia e inversiones norteamericanas, los estudiantes de la Universidad de Argel que quieren democracia sindical, la huelga de la universidad de Columbia en defensa de Harlem, los tres mil estudiantes en Chile que toman la rectoría de Santiago, los bogotanos que rechazan la entrada de la policía a la Universidad, los cincuenta mil huelguistas universitarios en Turquía, los que piden la libertad del joven presidente de la Federación Universitaria de Perú, los que protestan en la Universidad del Cabo en África contra el nombramiento de un maestro negro, la manifestación en Chicago, el enojo en Jamaica contra la prohibición del gobierno al profesor Walter Rodney, los preparatorianos de Naplouse que demandan la liberación de Palestina, el convulsivo cierre del liceo Tokolin de Togo, la lapidación del ministro Desal por colegiales en India, la huelga del liceo de Ingeniería Civil de Tananarive en Madagascar. Todo “lo anterior pone de manifiesto”, dice Gutiérrez Oropeza, el “plan trazado por la Unión soviética”. Más allá

⁸² Scherer y Monsiváis, *op. cit.*, “Hechos...” p. 146, y en *Tlatelolco*, pp. 25-45.

⁸³ Idem, p. 26.

de mostrarnos con su cronología la tesis de la influencia internacional, es notable que de sus recortes periodísticos él concluya “tanta exactitud”, tanta “sincronización admirable”, “matemática” de un episodio con otro, y con México.⁸⁴ La lectura de Carlos Fuentes, por ejemplo, es representativa de la visión social acerca de los vasos comunicantes de una rebeldía generacional de carácter, digamos, internacional.⁸⁵

Las cronologías del campo opositor han luchado por exceder estos límites explicativos, por momentos absurdos, aunque coinciden en algunos puntos con proposiciones del campo oficial. En general, entre todas las cronologías existe mayor coincidencia con el punto de inicio, pero ninguno cree que aquella deba terminar el 2 de octubre. Eduardo Valle inicia el 22, pero su cronología se pierde con diciembre y el año que se extingue... pero no las acciones.⁸⁶ Elena Poniatowska también inicia el 22, pero concluye el 31 de octubre.⁸⁷ Raúl Álvarez Garín registra los “primeros incidentes” el 22, pero su atención se diluye después del 4 de diciembre, cuando la huelga se levanta.⁸⁸ Ramón Ramírez, cuya cronología se publicaría en 1969, no se detiene hasta el 10 de enero de ese mismo año, como si solo lo detuviera la urgencia de edición.

En los recortes ampliados hay dos tipos de historizaciones. Una de ellas tiende a considerar los sucesos que, desde la perspectiva de la confrontación entre organizaciones civiles y las fuerzas del Estado, resultan similares y permiten la construcción de *los estudiantes* como un actor social de lenta configuración. Para ellas será trascendente la convocatoria de episodios muy variados, como pueden verse en los recuentos del movimiento estudiantil de 1968. Por ejemplo, hay recortes geográficos, que organizan una interpretación a partir de la ciudad de México como espacio político (el movimiento camionero de 1958, la huelga de las escuelas de medicina en 1965, etcétera).⁸⁹ En otros casos, los antecedentes han sido buscados en tanto dar cuenta de la historicidad grupal, poniendo énfasis en demostrar la

⁸⁴ Idem, pp. 24-29

⁸⁵ Fuentes, *Los 68. París, Praga, México*, 2005.

⁸⁶ Eduardo Valle, *1968 El año de la rebelión por la democracia*, 2008, pp. 75-93

⁸⁷ Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, 1969, pp. 275-281.

⁸⁸ Álvarez Garín, *La Estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del Movimiento Estudiantil del 68*, pp. 29-132.

⁸⁹ Raúl Jardón, *op. cit.*, p. 15.

cuestión orgánica en el tiempo. Estos recortes permiten afirmar que “durante la década de 1963 a 1973, el movimiento estudiantil desarrolló un proceso de organización en extremo complejo” que habría permitido, entre otras cosas, recuperar “la memoria social”.⁹⁰

El documento *Que no vuelva a suceder* también buscó una descripción ampliada, como en su momento se intentara en el *El otro movimiento estudiantil*.⁹¹ Algún trabajo seguramente se propndrá pronto un balance que dé cuenta de qué recorte se impuso en la memoria colectiva, y con él qué interpretaciones... Lo que puede decirse -para cerrar con la idea con que iniciamos este apartado-, es que muchos episodios trascendentes se esconden entre los pliegues de un relato hecho de cronotopías.

Tlatelolco en vísperas del desenlace: aprendizajes de septiembre

Hay coincidencias impensadas entre la versión social y la versión oficial. Ninguna tiene demasiado interés en algunas jornadas de esos días, que se han ido quedado en los pliegues de los relatos de por sí frondosos de 1968. Cuando se trata de pensar la lucha democrática, es notable ver en la historiografía del movimiento estudiantil cómo brotan los recuerdos del 27 de agosto o el 13 de septiembre, las llamadas marchas del rector y del silencio. Pero escribiría Sergio Zermeno que al menos resultaba curioso:

el que muchas cronologías hechas por los estudiantes o profesores de la universidad concentren toda su atención, entre los días 20 y 25 de septiembre, en la situación del diálogo y en la renuncia del rector, y olviden completamente la batalla del Casco y los enfrentamientos de Tlatelolco.⁹²

Para ilustrar la brutalidad represiva ahí están el 22 y 30 de julio o el mismo 2 de octubre, pero coincido con Zermeno en que es curioso que lo ocurrido en Tlatelolco haya pasado a un segundo plano. Pero en tanto se atienden otras fechas, también surgen nuevos elementos para entender fenómenos de la revuelta estudiantil, como los acontecimientos de los días

⁹⁰ Eduardo Valle, *op. cit.*, p. 59.

⁹¹ Enrique De la Garza, León Tomás Ejea y Luis Fernando Macías, *El otro movimiento estudiantil*, México, 1986.

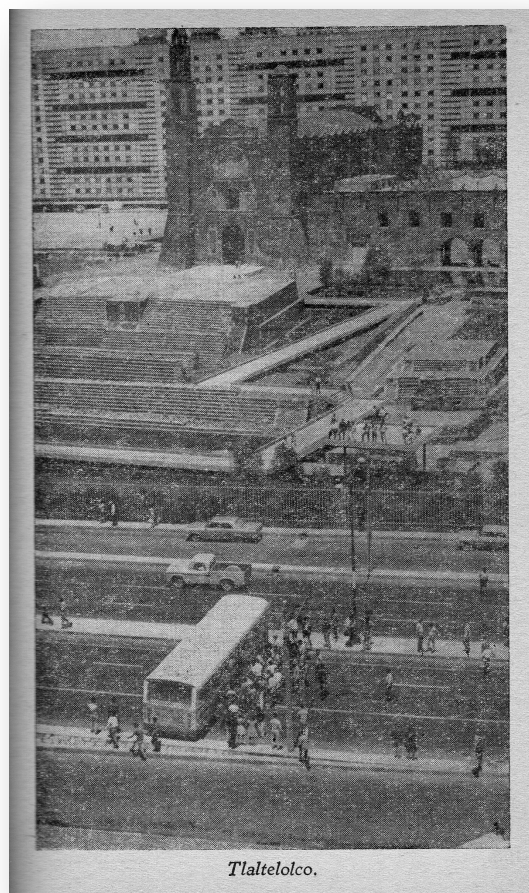
⁹² Sergio Zermeno, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, [1978] 2003, p. 184.

previos al 2 de octubre, que constituyen el momento previo de la solución gubernamental, y en el mismo espacio...⁹³ Aunque con actores algo diferentes.

Veamos algunos elementos en detalle al día 21 de septiembre de 1968 en Tlatelolco. Los reportes de la DFS coinciden con las versiones periodísticas: los granaderos llegaron cerca de las 2 de la tarde a la esquina de Quito e Instituto técnico, y allí “trataron de disolver a los estudiantes” que habían tomado varios camiones “con gases lacrimógenos”. Pero éstos “les arrojaron bombas molotov y piedras logrando que el vehículo policiaco empezara a incendiarse”. Llegados nuevos refuerzos, el siguiente choque dejó a dos granaderos “completamente desnudos y [a] dos estudiantes tirados en el pavimento, al parecer con impacto de arma de fuego”. Cuando los estudiantes se reorganizaron su fuerza fue tal que acabaron “haciendo huir a los granaderos sobre la Av. Instituto Politécnico Nacional”. Unas tres horas después, “dentro del área de Zacatenco los granaderos detuvieron a más de 100 estudiantes”, y aunque más no fuera por el momento, “quedó despejada la zona de estos disturbios”.⁹⁴

⁹³ A Zermeño, por ejemplo, el análisis de estos días, le da elementos para pensar las diferentes configuraciones sociales expresadas en el movimiento estudiantil, y su forma diferente de enfrentar al régimen: así resalta con Jean Meyer sobre la “admirable valentía” de los jóvenes del politécnico, así como repara en el hecho de que “son los estudiantes más jóvenes”, y de “extracción social eminentemente popular” los que “responden más violentamente” a la cerrazón gubernamental, *ibid.*, pp. 183 y 186.

⁹⁴ AGN DFS 11-4-68, Legajo 41, pp. 91-93. Cfr. la crónica de Zermeño, en el apartado *Tlatelolco y el Casco: el punto crítico*, *ibid.*, pp.178-182.



Tlatelolco.

¡El móndrigo!, p. 104

Otro agente redacta su informe unas horas después que el anterior, lo que debe inferirse del rango de su reporte: que contiene información de la noche. Describe que a las siete y quince llegaron aproximadamente mil elementos “de las Policías en general” mientras que “los estudiantes pasaban de mil 500, ya que se sumaron a ellos habitantes de los edificios de la Unidad Tlatelolco”, al frente de la escuela Vocacional 7.⁹⁵

Dos días después, Gutiérrez Barrios presenta las dimensiones de la operación de esos días, en la que participaría el ejército, en coordinación con elementos de la judicial y miembros de la Jefatura de Policía, en la Unidad Zacatenco. De paso explica la cantidad de fuerzas implicadas: en el Casco de Santo Tomás, “ejército y la policía. En la Vocacional 7, intervino únicamente la Jefatura de Policía. En las vocacionales 5 y 2, la DFS, la Judicial

⁹⁵ Este informe está firmado por Guillermo Gutiérrez Coelio, AGN DFS 11-4-68, Legajo 41, pp. 177-178.

Federal y la Policía del Distrito”. El informe que le escribiría al secretario de gobernación, tras enunciar “los principales focos de agitación” del día, subrayaba lo sucedido en la vocacional 7, como el “reducto más importante” de este “prolongado encuentro”. Los estudiantes “se posesionaron no sólo de las azoteas de su escuela, sino de los edificios cercanos a la Unidad Habitacional Tlatelolco”. Allí, “los granaderos no podían disolverlos, porque al tratar de entrar en los dichos edificios, los mismos habitantes los agredían e incluso desde los departamentos estuvieron disparando armas de fuego”. Y aunque “fueron lanzadas muchas granadas de gases lacrimógenos”, recién a la madrugada del día siguiente “pudieron controlarse los desórdenes”. Y eso porque el ejército envió “una unidad blindada, consistente en 10 carros ligeros de combate y 7 transportes con elementos de tropa.”⁹⁶

En cuanto a los efectos, Gutiérrez Barrios produce un relato minucioso sobre la cantidad de “granaderos y agentes muertos, heridos o intoxicados” que quedaban esa madrugada.

En esta zacapela resultó muerto el granadero Julio Adame González, por un balazo en el abdomen. Varios heridos fueron atendidos tanto en la Cruz Roja como en el Hospital Rubén Leñero, entre ellas el granadero Miguel Llamas González, con lesión penetrante en el vientre; el menor de 17 años Carlos Ibarra Mejorada, con herida de arma de fuego; José Trujillo, fotógrafo del Heraldo de México con una pedrada en la cabeza; Guillermo Bustamante Meneses, Agente de los Servicios especiales de la Jefatura de Policía, con una pedrada; Julian Márquez Pérez, granadero, por intoxicación; Isaias David Venegas, de 26 años, policía preventivo con herida de arma de fuego; Francisco Zuazo Cabrera, granadero, debido a pedrada; Jorge Manuel Cervantes Reyes, Agente de Tránsito, con golpes contusos en diferentes partes del cuerpo; Andrés Cornejo Corona, granadero con una pedrada en la pierna; José Luis García Reyes, Sargento Patrullero con pedrada en el abdomen; Isaac Rodríguez Cadena, por pedrada en la mano izquierda; Capitán 1/o de Granaderos Rosendo Loreto Valenzuela Mendiola, con intoxicación por inhalación de gases [...] ⁹⁷

Según algunos datos periodísticos, fue tanta la “desesperación los policías” que “dispararon bombas de gases que fueron a romper gran cantidad de cristales del edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores y que provocaron incendios, sofocados oportunamente por bomberos y vecinos”.⁹⁸ Esta versión no sería la de Gutiérrez Barrios, quien anotaría que habían sido “los estudiantes” los que “arrojaron bombas molotov al edificio de la Secretaría

⁹⁶ AGN DFS 11-4-68, Legajo 41, p. 1 y ss. Un documento americano desclasificado, remarcaba el hecho de que, además, esta fuera “la primera participación conocida de soldados de fuera del área inmediata de la Ciudad de México”: la del Batallón de Infantería Nro. 43, con cuartel en Toluca, Estado de México, de la zona militar 22. Cfr. Sánchez, *Cronología del movimiento estudiantil de 1968*, 2008.

⁹⁷ AGN DFS 11-4-68, Legajo 41 pp. 144-146. Mayúsculas en el original.

⁹⁸ *La voz de México*, citado por Ramón Ramírez [1969], *op. cit.*, p. 340.

de Relaciones Exteriores empezando a incendiarse la planta baja, logrando quemarse una parte mínima del Archivo de Pasaportes y el Salón Plenario”.⁹⁹ Gutiérrez Barrios tenía, como dijimos antes, la obligación de ofrecerle a Luis Echeverría y al gobierno un discurso público.

Del 21 al 24 de septiembre hubo entre Tlatelolco y el casco de Santo Tomás una pelea que amenazaba con la creación de “un nuevo patrón en el movimiento”, escribió Sergio

Aguayo:

Los estudiantes y sus aliados se parapetaban en las escuelas, y en los barrios circundantes se enfrentaban a la policía con piedras, fuego y balas. Se trataba de zonas urbanas rebeldes, que oponían una tenacidad enorme en el centro y norte de la capital...

Ese era el hecho político. El reto que afrontaba el gobierno consistía en encontrar un método para aplastarlos y evitar que el fuego creciera. Lo más probable es que el 24 ó 25 de septiembre, el presidente y su equipo decidieran lanzarse a una solución definitiva...

El lugar y la fecha de ese operativo lo eligieron los mismos estudiantes...¹⁰⁰

Es posible que la decisión viniera junto con el lugar, si tiene razón Aguayo, junto con la elección estudiantil de reunirse en Tlatelolco, el sitio en el que las policías y los militares tuvieron tres días de batalla, y que los universitarios de la UNAM apenas conocían. A partir de estas tardes y los mítines del 24 y el 27, las inmediaciones de Tlatelolco se volverían importantes para los estudiantes, pues creyeron que era posible hacer de “la zona estudiantil de Tlatelolco”, el “centro de operaciones” del consejo.¹⁰¹ Para los estudiantes, Tlatelolco podría haberse configurado como un espacio controlado y de alianza con sectores más populares de la ciudad.¹⁰² Pero para las policías y el ejército, tras varios días de conocer los extraños accesos de cada edificio, la oportunidad de producir una trampa aprovechando lo que ya habían podido ver, que los estudiantes usaban el segundo piso del edificio Chihuahua como presidium. Mientras en el Consejo General de Huelga se pensó que el apoyo de los habitantes del complejo los amparaba, a otros les pareció un lugar perfecto para agarrar al grupo de oradores.

⁹⁹ Gregorio Ortega, *Fernando Gutiérrez Barrios, Diálogos con el hombre, el poder y la política*, 1995.

¹⁰⁰ Sergio Aguayo, *op. cit.*, 1998, pp. 183-184.

¹⁰¹ Sergio Zermeño, *op. cit.*, p. 181.

¹⁰² El estudiante Jaime García Reyes, dice de esa jornada: “una de las batallas más terribles que hayamos tenido contra ellos, y con un saldo positivo para nosotros”. Cfr. Sánchez, *op. cit.* día 21 de septiembre.

Con lo sucedido esos días, Tlatelolco había dado sobradas muestras del grado de malestar que los jóvenes y los vecinos de la zona tenían contra todo lo que representara el orden policiaco militar y, también, que por lo menos allí el giro rebelde podía rebasar a las fuerzas gubernamentales. Pero así como los estudiantes universitarios del sur de la ciudad sentían el cobijo popular, también Tlatelolco se transformó entonces en un sitio militarmente conocido por el ejército y la policía.¹⁰³ Quizá esto haya sido decisivo en la subjetividad que estudiantes, ejército y policías llevaron a Tlatelolco. No resulta tan claro cuál era la emoción de los jóvenes que no habían estado en Tlatelolco los días anteriores; entre los jóvenes de vocacional 7, y de los mismos habitantes de Tlatelolco, el mítin se hacía con las heridas abiertas.

La batalla ganada de García Barragán

Agrego este comentario en un plano diferente, seguro de que al historizar la versión oficial, se perciben los efectos que aquella tiene todavía sobre la versión social y la historiografía política del país. Sobre todo, en aquellos cruces que se produjeron a partir de los 30 años de la masacre, y de la posterior apertura de los archivos de las secretarías de Gobernación y Defensa Nacional, que es el que se puede analizar ahora. En primer lugar, el texto de Scherer y Monsiváis me parece una síntesis de ese momento, pues condensa en las mismas páginas la demanda de verdad y justicia de la sociedad, y la voz oficial... reproduciendo parte de su relato, como hemos visto. Luego de los libros de Aguayo, Montemayor y Jardón, se produjo el informe de la FEMOSPP sobre 1968 y la represión contra los movimientos sociales. Seguramente hay ya análisis sobre las emociones que este momento despertaría en los círculos de la sociedad que le habían demandado soluciones al nuevo gobierno para los crímenes del pasado, en especial los crímenes que surgían de las demandas de memoria del Comité 68, el Comité Eureka, los familiares de desaparecidos y

¹⁰³ Habrá que hacer un análisis de los sitios de reunión preferidos de los miembros del CNH, como La casa del lago, por ejemplo; así como de los diferentes espacios en los que los policías buscaron la detención de los líderes estudiantiles y sus resultados: como el zócalo de la ciudad, donde ya habían planeado una emboscada fallida la madrugada del 27 de agosto y la Ciudad Universitaria, cuya toma fue un fracaso en términos de detener a los líderes significativos.

las recomendaciones de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH).¹⁰⁴ Se trata de un momento importante de revisión de la memoria social sobre 1968 y los años subsiguientes. Hay aquí un nuevo campo de actores e interpretaciones, y el crecimiento de la historiografía de 1968.

El Comité Eureka, una de las organizaciones emblemáticas en la defensa de los derechos humanos, fue un apoyo para los trabajos de la CNDH. En cambio, nunca le tuvo esperanzas a la FEMOSPP; como sí lo harían los miembros del llamado Comité 68.¹⁰⁵ La historiografía de 1968 se vería, con ello, nuevamente afectada por la apertura de los archivos oficiales. Cómo no afectarse, como dijo en ese momento Sergio Aguayo, si se estaba abriendo una especie de *cofre* que atesoraba hechos que podrían usarse para novelar *el realismo mágico de la política mexicana*. La FEMOSPP fue una solución de tangente a la solicitud una comisión de la verdad que habían producido grandes efectos en otros países del mundo y la región. Al frente de ésta se nombraría al abogado Ignacio Carrillo Prieto. Muy rápidamente, éste solicitaría a “las autoridades del Archivo General de la Nación el retiro de los acervos a los que tiene acceso el público de pruebas documentales” de 1968, haciendo, a partir de allí, más difícil el acceso a los archivos represivos, que se suponía, empezaban a abrirse.¹⁰⁶

Por su parte, la reaparición en el escenario de las víctimas de aquellos años, de la mano confirmatoria de los informes de la CNDH y las posibilidades para la lucha por justicia, pero también para la escritura de la historia, provocaría la molestia de diversos actores. En

¹⁰⁴ La CNDH que presidía en ese momento José Luis Soberanes, presentaría dos informes en el año 2001, el “Informe de la Investigación sobre Presuntos Desaparecidos en el Estado de Guerrero durante 1971 a 1974”; y el “Informe Especial sobre las Quejas en Materia de Desapariciones Forzadas Ocurridas en la Década de los 70 y Principios de los 80”. De circulación restringida, esta primera investigación sistemática de la desaparición forzada de mexicanos en el AGN, agrupó datos de documentación sobre los desaparecidos, aunque sin citar la ubicación de éstos.

¹⁰⁵ El 30 de enero de 2002 la primera sala de la Suprema Corte de Justicia de la Nación ordenó a la PGR la integración de la investigación de la masacre de Tlatelolco, la cual le fue remitida a la FEMOSPP al día siguiente. Adicionalmente el 30 de abril de 2002 el Senado aprobó la Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública, que permitió la entrega de archivos de la SEGOB, SEDENA y DFS al AGN para su consulta.

¹⁰⁶ Cfr. Jorge Ramos, “Solicita fiscal retirar archivos del 68 al público”. *El universal*, 16 de agosto de 2002. Esta limitación inadmisble resulta acompañada con los recientes anuncios de reclasificación de los archivos de la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, que expresa, de otro modo, cómo los documentos de la DFS, IPS y SEDENA se transforman en un botín del que para algunos depende el olvido. Este es el encargo que tendría ahora Jorge Nacif Mina, director académico de la Escuela Mexicana de Archivos, en su intervención sobre las cajas de la Secretaría de Gobernación en la galería II, donde se encuentran nuestros *Apuntes de Tlatelolco* o *Tlatelolco*. Gustavo Castillo García, “No vamos a saquear, sino a ordenar los documentos de la DGIPS: Nacif”. *La jornada*, 24 de junio de 2010.

esos días, desde los diarios se producían muchas opiniones. Javier Ibarrolas expresaba los temores de un “festín de quienes han tomado la *guerra sucia* y las *desapariciones forzadas* como una forma de vida”. Para él, el escándalo político no eran las desapariciones documentadas, sino que se hablara “con tanta ligereza” de los crímenes de los gobiernos priistas, de que “Quirós y Acosta Chaparro asesinaron a 146 personas”, y de que “luego tiraron sus cadáveres al mar, que pareciera que ya no hay necesidad de juzgarlos”.¹⁰⁷ Que por un momento parecía que la historia oficial iba a dar un giro contra sí misma. Y que en este cambio del relato nacional, la historia juzgaría a quienes “dieron su vida para construir una nación”. Vaya, pensaba Ibarrolas, “el sofisma es aberrante: los estudiantes construyeron la nación, los soldados la destruyeron”.¹⁰⁸

Una y otra vez se advirtió lo “peligroso” para el futuro, de perseguir judicialmente hechos ocurridos hace 30 años. A Juan Manuel Suárez Mier le parecía inadmisible “el trato de héroes y tenaces luchadores por la democracia que se les da a los líderes del movimiento”. Para él era obvio que colocar en el centro de la memoria nacional a la memoria estudiantil, sentaba “precedentes orwellianos”. La “reapertura de estos dolorosos pasajes” y todos “los juicios que de ella se deriven” sólo estarían agitando en la sociedad el deseo de “seguir rescribiendo” la historia. Suárez Mier pide que se advierta que no le dejaría “nada útil al país” este trastocamiento de “los papeles de héroes y villanos”.¹⁰⁹ Para otros muchos, la posibilidad de juicios, como para el general Luis Garfías Magaña, la “apertura de la caja de Pandora”, merece una alerta, pues “se desenreda la madeja peligrosamente”.¹¹⁰

Pronto fue el mismo Carrillo Prieto quien dijo interpretar al 2 de octubre como una trampa, en sintonía con las ideas de los generales Urrutia y las reinversiones de García Barragán. Dijo que su trabajo era la búsqueda de francotiradores que eran halcones, resultado de la

¹⁰⁷ Ibarrolas, “Festín: segundo acto”, diario *Milenio*, 9 de noviembre de 2002. Cursivas del autor. Los resquemores en seguida impactaron en el gobierno panista, que establecería rápidamente la reserva de México al artículo IX a la convención Interamericana sobre Desaparición Forzada de personas (adoptada en Belém do Pará, Brasil, el 9 de junio 2002 en Asamblea de la OEA) en el momento de su ratificación el 9 de abril de 2002.

¹⁰⁸ *Idem.*

¹⁰⁹ Suárez Mier, “El 68, movimiento democrático”, *El economista*, 23 de agosto, 2002.

¹¹⁰ Jesús Aranda, “Quirós y Acosta no serían los únicos culpables de crímenes en la lucha antiguerrilla: Garfías”, *La jornada*, 7 de noviembre de 2002.

puja en la sucesión presidencial.¹¹¹ En diálogo periodístico lo puso en estos términos:

La trampa provino de los francotiradores que lograron –y para eso se necesita tener cierto poder o autoridad– apostarse en las alturas y en instalaciones del gobierno federal para hacer su obra mortífera que lastimó al Ejército y, en primer lugar, a un grupo importante de la sociedad mexicana [...]

-¿El Ejército atacó a la población civil?

-No atacó a civiles, al contrario, se tiene establecido con toda precisión que existía la instrucción del secretario de la Defensa de que no se disparara, que fueran sin las armas cargadas. El objetivo primordial, del que se desvió todo, era detener a los integrantes del Consejo Nacional de Huelga en el balcón del edificio Chihuahua [...]

1968 es el punto de quiebre, porque el Estado, en una disputa por el poder, se concedió una anomalía tan grave como el uso de la fuerza pública para dirimir, usando de carne de cañón a la ciudadanía, el asunto de la sucesión presidencial.¹¹²

Sin sentido histórico, las interpretaciones del funcionario –como las del propio García Barragán y Scherer–, niegan lo que tratan de explicar al anteponer una intriga improbable como la explicación histórica. Además, las fuentes documentales en los términos oficiales, nos regresan al territorio de la conjura –no importa mucho de quién o con qué propósitos–, que aparece como un nuevo espacio exculpatorio proyectado por la *verdad histórica*, en vísperas de la consignación de un conjunto de averiguaciones previas. Esta es también una de las principales críticas que debe hacerse, desde mi perspectiva, al informe histórico de la FEMOSPP, *Que no vuelva a suceder*, cuando analiza la masacre de 1968. Pues pese a las críticas sobre las fuentes que ese equipo había hecho, especialmente al descifrar los radiogramas militares –como hizo el director del equipo histórico, José Sotelo Marbán–, cuando el documento describe el año de 1968 tropieza con el discurso oficial plasmado en los documentos, que como el texto de García Barragán, quieren exculpar al ejército. Y nos deja otra vez una muestra de lo complejo del uso de la documentación gubernamental sin incorporar los horizontes impregnados en ellos en las plumas, pinceles, lentes y –ahora– portafolios de sus autores.

Así, la exitosa operación militar del 2 de octubre que logró encarcelar a casi la totalidad de los líderes estudiantiles y detener al movimiento al punto de confinarlo a vivir en la historia del año 1968, vuelve a mostrarse gracias a los documentos analizado, como una operación

¹¹¹ Gustavo Castillo García, “Halcones actuaron como francotiradores contra el ejército el 2 de octubre de 1968”. *La Jornada*, 2 de octubre del 2004.

¹¹² Gustavo Castillo García, “Díaz Ordaz usó la matanza para 68 para decidir la sucesión”. *La Jornada*, 10 de marzo de 2005.

imperfecta y con equívocos, que no permiten caracterizar completamente el plan oficial de la tarde, ni la mentalidad de sus actores. Los enormes aportes documentales de ese texto se desdibujan en ese apartado, por la documentación provista o preparada por funcionarios. El relato sobre el 2 de octubre, entendido con los problemas de “La batalla ganada por Cárdenas” hecha por Scherer, termina explicando el vínculo entre el ejército y el Estado Mayor Presidencial con la inestabilidad de los gerundios “contraviniendo, malinterpretando”, en fin, confundiendo,¹¹³ propios de los objetivos mismos de una guerra de palabras.

¹¹³ PGR, *Informe histórico a la sociedad mexicana Qué no vuelva a suceder*, capítulo “3.2.4. Tlatelolco 2 de octubre”, FEMOSPP, 2006.

Epílogo

La masacre de Tlatelolco es el fin del que ha sido llamado por eso, el Movimiento Estudiantil de 1968. Ese año es también el inicio simbólico de una nueva etapa de la historia nacional. Hay una tesis central de la versión social: el año marca el principio del fin del autoritarismo,¹¹⁴ y aquella lucha constituye un momento paradigmático de la moral política del país.¹¹⁵ Es Octavio Paz quien inaugura esa interpretación, que implicaba pensar que el campo social y civil empezaba a establecerle nuevas reglas al aparato gubernamental, sus formas de expresión y acción. Por eso pensó que se había roto “la cárcel de palabras y conceptos en que el gobierno se ha encerrado, todas esas fórmulas en las que nadie cree”.¹¹⁶ Que los símbolos que el gobierno le anteponía al presente, se habían vuelto transparentes. La interpretación de Paz tuvo múltiples adhesiones.¹¹⁷ Y es una discusión que tiene su vigencia, como críticas al optimismo de los que advertieron cambios favorables después de 1968.

En realidad, hay que adjudicarle a los años sesenta, y a las revueltas de esos años, un clima favorable para interpretar aquello que rompía con el discurso oficialista. Carlos Fuentes, que desde París fue lectura obligada para los jóvenes sesentaiocheros, era de los que veía en las barricadas “uno de los grandes virajes de la historia contemporánea”.¹¹⁸ Pero así como Heberto Castillo rápidamente se dio cuenta de que el gobierno aprendía más rápidamente que la sociedad, otros necesitan hoy debatir qué cultura se impuso, quizá no como un nuevo orden moral, qué *ethos* colectivo fue dejando un proceso como éste. Quizá tenga razones

¹¹⁴ Estas son ideas que expresan tanto Octavio Paz, en su *Postdata*, como la historiadora Soledad Loaeza en “México 1968: los orígenes de la transición”. La idea del parteaguas, unas décadas después, se ha vuelto casi la interpretación de los historiadores, como en Aguayo, *La transición en México. Una historia documental 1910–2010*. Cfr. Capítulo “VI. 1968: El parteaguas”.

¹¹⁵ Entre los muchos casos representativos de esta idea, véase Raúl Jardón, *1968 el fuego de la esperanza*, Raúl Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco*, y Eduardo Valle, *1968 El año de la rebelión por la democracia*.

¹¹⁶ Paz, *Posdata*, pp. 250. Paz no creía que el país hubiera cambiado.

¹¹⁷ Esta expresión fue retomada por Gonzalo Martré para su novela sobre 1968, *Los símbolos transparentes*, 1978. También Sergio Aguayo cree que en 1968 “salió a la superficie la esencia del régimen”. Aguayo 2010, p. 145.

¹¹⁸ Carlos Fuentes, *París, la revolución de mayo*, 1968.

Alejandro del Palacio Díaz al preguntarse por “el optimismo” de Raúl Álvarez Garín, quién en sus palabras asegura que 1968 había producido “cambios trascendentes”. Por ejemplo, “en los sectores de clase media educada y entre los profesionistas”. Álvarez Garín, según Del Palacio, cree que se había pasado “del individualismo al aprecio y respeto de los trabajos colectivos; de la celebración cínica del oportunismo al reconocimiento de la solidez de los principios; de la indiferencia al compromiso político, etcétera”.¹¹⁹ El debate sobre el significado y los efectos de 1968 sigue abierto entre quienes trataron de organizar lo pensable, resistiéndose al olvido, apelando al recuerdo.¹²⁰

Viene a cuento contrastar la fascinación de Carlos Fuentes y el horror que siente Raymond Aron sobre ese mismo mayo francés, tal como lo ha expuesto Ariel Rodríguez Kuri. Mientras el primero ve nacer una nueva etapa de libertades, Aron veía que los jóvenes, al jugar en la calle a la revolución, estaban poniendo en peligro la libertad y el futuro de la República.¹²¹ Esto coincide con las advertencias que unos años antes había hecho Pablo González Casanova, ante el debate de la lucha de las armas que se daba en algunas asociaciones comunistas. En su visión, “frente al México organizado del gobierno” había “un México impolítico; que no lucha cívicamente”, que carecía “de instrumentos políticos”.¹²² Piensa que mientras la izquierda no decida “si sigue siendo válida la lucha nacional” existen riesgos de que a las filas de la izquierda le brote “un oportunismo real estructural [...] y como contrapartida un sectarismo”, un sector que esté pensando en “quemar etapas”. Y se amparaba en Marx para dar por muerto al debate en torno a la toma de las armas: “sin el coro campesino, el solo de la revolución proletaria puede volverse canto fúnebre”. En todo caso, advertía, “a quien toca desatar la violencia, demostrar si es incapaz para el desarrollo de la nación y violar la legalidad constitucional es en todo caso a la burguesía”.

¹¹⁹ Alejandro Del Palacio Díaz, 68, *historia que no fue*, 2008, pp. 88-89.

¹²⁰ Nuestro análisis en este punto evade cualquier circunscripción, puesto que supone que también está presente una monumentalidad oficial: en el busto del gral. Corona del Rosal en la glorieta de Insurgentes del DF; en la estatua de Fernando Gutiérrez Barrios en Veracruz; en la escuela secundaria N° 2 Mixta, Gral. Marcelino García Barragán de Tlaquepaque, Jalisco; en la avenida Luis Echeverría de Cuautitlán Izcalli, etcétera.

¹²¹ Sigo aquí una lectura de Ariel Rodríguez Kuri, “El lado oscuro de la luna”, 2008, p. 5, una lectura del año 1968 a partir de una comparación entre las ideas de Carlos Fuentes y Raymond Aron sobre el 68 parisino.

¹²² González Casanova, *op. cit.*, p. 144.

Al no darse la premisa de la revolución, al no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica para el proletariado y el campesinado, ni la revolución violenta ni las guerras de guerrillas son posibles, y que tampoco se van a dar por un pequeño receso económico; que no se van a dar por las luchas internas [...] que los marxistas no deben ver en cualquier algarada, motín, movimiento huelguístico, por importante que sea, el síntoma indiscutible de que ya llegó el tiempo de otra revolución.¹²³

En términos de Rodríguez Kuri, González Casanova es una especie de Aaron antes de la huelga. En cuanto de la cultura política, no es tan fácil encontrar consensos sobre qué fue implantándose después de 1968. Si una conciencia cada día más revolucionaria o un pensamiento cada vez más disciplinado al orden burocrático. Ambas cosas sucedieron. Sin dudas, la guerrilla urbana mexicana encuentra en las luchas estudiantiles su referente simbólico: 1968 es la gota que llena el vaso. En cuanto a la cultura burocrática, no resulta fácil saber de qué modo podían haberse fundido las ideas de *¡El móndrigo!* sobre cómo combatir la deslealtad, por ejemplo, en la segunda y terceras líneas de la burocracia federal y estatales. Se conocen claro, estas formas del espíritu del nuevo héroe de la burocracia que parecen condensarse en algunas frases, a veces burlonas, y que dan cuenta de la fuerza del discurso oficial en los años siguientes.¹²⁴ El hermetismo de aquellas élites hace difícil construir balances sobre el ambiente de las oficinas del Estado en los años siguientes,

¹²³ González Casanova, *op. cit.*, p. 194-197. Hay una discusión que nos excede, pero las palabras de González Casanova tenían varios contextos de lectura y escritura que vale la pena discernir y descifrar. En 1965 ya hay en México una pequeña historia de luchas sindicales, especialmente, por la adquisición de independencia del modelo de administración diseñado por Lázaro Cárdenas. Son luchas contra diversas formas de control, el encarcelamiento y asesinato de dirigentes, la cooptación, etcétera. En los locales del PC se ha empezado a debatir la toma de las armas como recurso inevitable. En 1966 la Asociación Revolucionaria Espartaco, sirve para ilustrar esta discusión frente al orden encabezado del partido único: “O la ARE se convierte en una *Organización* Revolucionaria o la ARE se desintegra” (inclinadas en el original). Es bastante conocida la discusión entre la que estaba la organización dirigida por José Revueltas. “Encauzar a la Nación por el camino democrático e independiente” sostenía la consigna del Partido Comunista Mexicano desde 1960; luchar contra la “fe en la legalidad burguesa”, sostenía el Partido Comunista Bolchevique, en tanto se especificara que “la lucha por las libertades democráticas es sólo un medio en el camino de la revolución”. Sobre esta discusión, véase Paulina Fernández Christlieb, *El espartaquismo en México*, 1978. Por otro lado, el año de 1965 es importante dentro de los procesos de rebelión campesina de la época. En septiembre un grupo de hombres (un maestro rural, un médico, junto a otros campesinos politizados) intentó tomar por asalto un cuartel militar, en Chihuahua y en sí, presenta un modo de revuelta distinta a la que unos años habían encabezado campesinos que habían vivido la revolución, como Rubén Jaramillo.

¹²⁴ Si se toma en serio a Albig, que le interesaban los proverbios, muchas frases podrían servir de síntomas del pensamiento de una burocracia poco afecta a revelar las prácticas de que se avergüenza. A principios de los ochenta, un observador cercano de la política local de esos años, agrupaba algunas de estas frases que resultaban “lugares comunes no escritos de la política mexicana”. Como que el PRI, por ejemplo, “sólo aspiraba a conjugar tres verbos: sumar, sumarse y sumirse”, u otras muy conocidas. Cfr. Sobre este lugar del pensamiento, Albig, “Proverbs and control social”, 1931; y sobre el caso citado: Aguilar Camín, “Manual de política en desuso”, *Milenio*, 15 de enero de 2010.

registrar cambios idiosincráticos, nuevas tipologías de comportamiento, como en lo profesional iba a significar las nuevas tecnologías de la administración, etcétera.

Sergio Aguayo, que escribió una historia de los servicios de inteligencia, ponía énfasis en el “ambiente cerrado y masculino” que caracterizó a los sectores que se hacían cargo de la investigación y de los pedidos secretos del poder político. Este ambiente, de los sectores que se imponían en la calle, podría haberse irradiado en el tiempo. Aguayo veía algunas de las claves del comportamiento deseado en la policía:

Valores tales como la lealtad absoluta y total al jefe inmediato superior y a la institución. Estaban convencidos de lo fundamental que era guardar silencio frente a su mundo externo ante el que se sentían profundamente inseguros. Su tarea era cumplir órdenes sin que importara la legalidad o moralidad de los métodos empleados, sobre los cuáles preferían no enterarse los gobernantes [...] ¹²⁵

Eso evoca muchas implicaciones subjetivas de la compartimentalización de los escenarios cotidianos durante y después de los procesos represivos, especialmente para las sociedades y los actores de ellos.¹²⁶ Y por supuesto, de los efectos de ésta en los modos del actuar político. En algunos aspectos, este trabajo está relacionado con la preocupación de penetrar en los fenómenos que afectan las interpretaciones y posibilidades de pensar el presente, el futuro y el pasado. En este sentido, muchos de los intentos de analizar la política de estos años, que es también el de la lucha por la liberación,¹²⁷ obtuvo finalmente su cuadratura general con la implantación de estados totalitarios, a partir de un periodo variable desde mediados de los años cincuenta hasta principios de los ochenta, en el que, sobre todo, se produce la implantación de prácticas.¹²⁸

¹²⁵ Sergio Aguayo, *op. cit.*, pp. 45.

¹²⁶ Todorov cita a Franz Stangl, vivía entre el calor de su familia adorada y sus labores como comandante en los campos de exterminio. “En las entrevistas explica él mismo su vida en aquella época como una fragmentación que recuerda la imagen del submarino de Fénélon. ‘No podía vivir si no compartimentaba mi pensamiento’”. Tzvetan Todorov, *Frente al límite*, 2004, pp.173-174.

¹²⁷ No olvidemos que existen 30 revoluciones que rodean a la década, de 1945 a 1980 (Indochina, Corea, Cuba, Egipto, Irak, Algeria, Yemen, Libia, Somalia, Etiopía, Camboya, Laos, Guinea Bisseau, Mozambique, Cabo Verde, Santo Tomé, Angola, Afagnistán, Granada, Nicaragua, Guatemala y Chile). Richard Saull considera que este momento es el de “un conflicto social global”. Richard Saull, “El lugar del sur global en la conceptualización de la Guerra Fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico” en Spenser, *Espejos de la Guerra Fría: México, América central y el caribe*, 2004, pp. 36-39.

¹²⁸ Expresado en las dictaduras de 1954 a 1986 en Guatemala, de 1964 a 1985 en Brasil, de 1968 a 1980 en Perú, de 1973 a 1985 en Uruguay, de 1973 a 1990 en Chile, y de 1976 a 1983 en Argentina. Mucho de lo aquí mencionado no puede ser pensado sin esos correlatos del siglo, especialmente los regímenes en Italia de 1922

No obstante que las interpretaciones cruzadas son inevitables, nos asiste la necesidad de comprender de qué modo éstas encontraron formas de alimentarse de las reflexiones filosóficas y teóricas que aquellas experiencias dejaban para las generaciones latinoamericanas. Un ejemplo de estas relaciones lo presenta Pilar Calveiro, haciendo una lectura sobre pensamiento social en la Europa de posguerra en una mirada aguda y afectada, de las prácticas sociales en los procesos represivos locales.¹²⁹ Resulta elemental considerar que la relación entre los acontecimientos y las interpretaciones a ambos lados del siglo y del océano, pueden considerarse confluyentes en la capacidad de observación y teorización de fenómenos que siendo espacial o temporalmente diferenciables, no están exentas de una tipología que los vincula. El trabajo de Calveiro sobre la experiencia argentina es una muestra de aquello que va sucediéndole a una sociedad en estas situaciones, en las que se involucran prácticas y enseñanzas que el proyecto totalitario en la región va dejando como modelo en la sociedad que le sobrevive. Prácticas que de ningún modo se encuentran herméticamente aisladas en alguna década pasada. Es decir, que cuando la autora se pregunta: “¿para qué regresar una vez más sobre el horror, tocarlo, entrar en contacto con él y contaminarse inevitablemente con él?”; y se responde, porque “se me impone”.¹³⁰ También nosotros podríamos decir que regresamos, como lo planteó Bauman, porque estas situaciones del pasado contienen “información fundamental sobre la sociedad a la que pertenecemos”.¹³¹ En este caso, regresamos a un momento trascendente de renovación del discurso gubernamental, de renovación de los modos de entender la política social y la opinión pública. Ojalá valga este esfuerzo para alimentar el debate acerca de la trama mercantil de roles, prácticas y productos para el imaginario social que

a 1943, Rusia de 1924 a 1953, Alemania de 1933 a 1945, y España de 1939 a 1975, que fueron los que tuvieron más orbitancia en los gobiernos occidentales.

¹²⁹ Calveiro, *Desapariciones. Memoria y desmemoria en los campos de concentración argentinos*, 2002. Independientemente de la nutrida bibliografía local del trabajo, hay que destacar que el libro cite a *Los orígenes del totalitarismo* de Arendt, *La personalidad autoritaria* de Adorno, el artículo “Los orígenes del fascismo” de Berlin, *Masa y poder* de Canetti, *Lejos de las alambradas: diario de un prisionero en Siberia* de Dwinger, *Vigilar y castigar* y *Tecnologías del yo* entre otros de Foucault, *La memoria vana* de Finkelkraut, *Totalitarismos* de Hermet, *La invención democrática* de Leforte, *Se questo é un uomo* de Levi, *Fascismo y dictadura* de Poulantzas, *Frente al límite* de Todorov, entre otros.

¹³⁰ *Idem.*

¹³¹ Zigmunt Bauman, *Modernidad y holocausto*, p. 19.

forman parte del presente a partir de una concepción especial de los medios, sus funciones y de la sociedad frente a ellos.

Nos quedan interrogantes sobre lo que le ocurre a la sociedad al recordar cada 1968, y coyunturalmente, lo que le ocurrió a los cuarenta años de la masacre, la última gran rememoración al momento de escribir esto. Y especialmente, porque es en esta conmemoración cuando hace su reentrada la narración oficial de la mano de los textos que hemos mencionado en el último capítulo: de documentos archivados, de análisis del periodismo o de versiones militares cuidadosamente pulidas para la industria editorial. Aunque se trata de una dinámica que sólo puede mirarse a la distancia; la nuestra, está en parte marcada por este debate acerca de los usos de los medios de comunicación para la construcción de una interpretación del presente. Puede decirse que en toda la región se debate acerca de la fuerza de los medios, y por supuesto acerca del problema de la independencia-dependencia de estos con los poderes políticos u económicos. Lo que se presenta con el caso mexicano, es un momento de construcción del aparato recreación de ideas uno de los gobiernos latinoamericanos más cercanos al proyecto de la elite político-militar estadounidense. La lectura que me propuse, de traer un momento acotado del relato gubernamental, tuvo la intención de mostrar funciones, artes e imaginarios implicados en la construcción de una interpretación necesaria. Refleja un momento en el que lo oficial pesa más que lo empresarial, lo que por supuesto hace a la actual constitución de lo mediático. Los medios masivos de comunicación, en manos de familias locales, está constituyéndose, lo que vuelve aún más interesante analizar como sus horizontes políticos van a fundirse en una nueva etapa. Al fin y al cabo, de estas prácticas, tensiones y oficios han devenido el mayor número de interpretaciones dominantes de los hechos sociales del presente.

Desde esta perspectiva, el caso de 1968 representa uno de los problemas más complejos de analizar en los medios de comunicación, que es el vínculo que éstos tienen con lo gubernamental. Este vínculo puede analizarse de muchos modos. Por ejemplo, por el peso que los medios le otorgan a lo político, en detrimento o cómo otra forma de pugnar por su aparente y principal función comercial. Esto, claro, puede entenderse como parte del fenómeno mercantil, que le atribuye a la política un valor y que hace del campo político un espacio de transacción y potencialidad de recursos. Pero también, que la administración de las cosas del Estado ha sido parte esencial en los procesos constitución de las prácticas

comerciales, identificando y creando posibilidades y mercados, lo que incluye al sector de los medios. La segmentación historiográfica de lo oficial, para ser vista en el telón de fondo de la estructura de reproducción de mensajes de una sociedad, insta a interpretar las funciones de los medios en el campo de la política, tanto como a la política en la creación del campo de medios. Los actores de estos grandes espacios adquieren un mayor o un menor peso según cada situación particular. En ciertos países, el poder público ha sido desafiado por los poderes representados en los medios, en general, actores económicos beneficiados o constituidos en administraciones del pasado. Este cambio trascendente dado por la independencia de los medios para con ciertas administraciones es un hecho menor en comparación con la reproducción, apenas remozadas por la renovación técnica, de viejas prácticas. Mientras desde una perspectiva puede afirmarse que todo lo sólido se desvanece, como dijo Marx, parece que desde otra también puede decirse que todo lo artificioso parece haber sobrevivido.

Bibliografía

Archivos

Archivo de la Dirección Federal de Seguridad, México, DF.

Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, México, DF.

Fondo de Investigaciones Políticas y Sociales, México, DF.

Bibliografía

AGAMBEN, GIORGIO. *Homo sacer*. Stanford, Stanford University Press, 1988.

_____. *Estado de excepción*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2007.

AGEE, PHILIP, *Inside the company: CIA diary*. Londres, Penguin Books, 1975.

AGUAYO, SERGIO. *La Charola. Una Historia de los Servicios de Inteligencia de México*. México, Grijalbo, 2001.

_____. *1968. Los archivos de la violencia*. México, Grijalbo-Reforma, 1998.

_____. *La transición en México. Una historia documental 1910–2010*. México, FCE, Colmex, 2010.

AGUILAR CAMÍN, HÉCTOR. *La guerra de Galio*. México, Cal y arena, 1992.

_____. “José Luis Mejías: la profesión y la bajeza”, Nexos 1/11/1981,
<http://www.nexos.com.mx/?p=3938> (consulta enero 2014).

AGUIRRE, EFRÉN. *El Excélsior de Scherer*. México: s/d editorial, 1973.

ALBIG, WILLIAM. “Proverbs and control social”. *Sociology and social research*, núm.15, julio-agosto, 1931.

_____. “The content of radio programs. 1925-1935”. *Social forces*, 16 de marzo, 1938, p. 338.

_____. *Public Opinion*. New York, McGraw-Hill, 1939.

_____. “Two decades of opinion study. 1936-1956”. *Public Opinion Quarterly*, núm. 21, Oxford, Oxford University Press, 1957, pp. 14-22.

- ALMOND, GABRIEL. "The intellectual history of the civic culture concept", en Gabriel Almond y Sidney Verba (eds.). *The civic culture revisited*. Newbury Park, Sage Publications, 1989, pp.1-56.
- ALMOND, GABRIEL Y SIDNEY VERBA. *The civic culture*, Princeton: Princeton University Press, 1963.
- ALLIER MONTAÑO, EUGENIA. "Presentes pasados del 68 mexicano, Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007". *Revista Mexicana de Sociología*, núm.71, abril-junio, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, 2009.
- ÁLVAREZ GARÍN, RAÚL. *La estela de Tlatelolco: una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de 68*. México, Grijalbo, 1998.
- ANKERSMIT, FRANK. *Historical representation*. Stanford, Stanford University Press, 2001.
- ANÓNIMO. *¡El móndrigo! Bitácora del Movimiento estudiantil*. Varias ediciones. México, Alba Roja, s/f.
- ARIÈS, PHILIPPE, *El tiempo de la Historia*. Barcelona, Paidós, 1986.
- BALAM, GILBERTO. *Tlatelolco, reflexiones de un testigo*. México, Costa Amic, 1969.
- BAKER, KEITH MICHAEL (ed.). *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture I, The Political Culture of the Old Regime*. England, Oxford, 1987.
- BARTLETT, FREDERIK C. *Transformation arising for repeated representation: a contribution toward an experimental study of process of conventionalization*. Tesis, St. John College, Cambridge. Cambridge University, 1916.
- _____. "Is thinking merely the action of language mechanism?" *British Journal of Psychology*, núm. 11, 1920, pp. 55-62.
- _____. "The functions of images". *British Journal of Psychology*, núm. 11, 1921, pp. 320-327.
- _____. "Feeling, imaging and thinking". *British Journal of Psychology*, núm. 16, 1925, pp. 16-28.
- _____. "The relevance of visual imagery to the process of thinking". *British Journal of psychology* núm. 18, 1927, pp. 23-19.
- _____. *Psychology and primitive culture*. Cambridge Press, 1923.
- _____. *Remembering, a study in experimental and social psychology*. Cambridge Press, 1932.
- _____. *The problem of noise*. Cambridge Press, 1934.

- _____. *La propaganda política*, FCE, México, 1941.
- _____. *Thinking*. Allen & Unwin, 1958.
- BARTRA, ARMANDO. *Guerrero bronco. Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande*. México, Sinfiltro, 1996.
- BASURTO, JORGE. *La clase obrera en la historia de México. Del avalacamachismo al alemanismo (1940-1952)*, 2004.
- BAUMAN, ZYGMUNT. *Modernidad y holocausto*. Madrid, Sequitur, 2006.
- BERNAYS, EDWARD. *Crystallizing Public Opinion*. Social Science, [1923], 2004.
- _____. *Propaganda*. Createspace, [1928], 2010.
- BLANCO MOHENO, ROBERTO. *Tlatelolco, historia de una infamia*. México, Diana, 1969.
- CABRERA, RAFAEL. “Mariachito, el fotógrafo que retrató el 68 para Luis Echeverría”. *Revista Emeequis*, 24 de septiembre, 2012, pp. 10-15.
- CAMINANTE, ANTONIO. *Nuevo movimiento estudiantil*. México, Doxa, s/f.
- CAMPOS LEMUS, SÓCRATES AMADO Y JUAN SÁNCHEZ MENDOZA. *68: tiempo de hablar*. México, Sansores y Aljure, 1998.
- CALVEIRO, PILAR. *Desapariciones. Memoria y desmemoria en los campos de concentración argentinos*. México, Taurus, 2002.
- CASTELLS, MANUEL. *Communication power*. New York, Oxford, 2009.
- CHILDS, HARWOOD LAWRENCE. *Politics and people, the order of self-government in America*. Columbus, 1930 [1898].
- _____. *Guide to the study of public opinion*. Detroit, Gale Research Co, 1934.
- _____. *Propaganda and dictatorship; a collection papers*. Childs, Harwood Lawrence *et al.* (ed.). Princeton, Princeton University Press, 1936.
- _____. *A nazi primer, official handbook for schooling the Hitler youth*. Princeton, Princeton University Press, 1938.
- _____. *An introduction to public opinion*. Princeton, Princeton University Press, 1940.
- CHOMSKY, NOAM Y EDWARD HERMAN. *Manufacturing consent: the Political Economy of Mass Media*. New York, Pantheon Books, 1988.

- CORONA DEL ROSAL, ALFONSO. *Mis memorias políticas*, México, Grijalbo, 1995.
- COSÍO VILLEGAS, DANIEL. *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974.
- CUELLAR, MIREYA. “El cineasta Carlos Mendoza descalifica la historia oficial de lo que pasó en Tlatelolco”. *La Jornada*, 22 de junio. México, 2003.
- DE ANDA Y DE ANDA, LORENZO. *La mecánica de la intriga. El mexicano, la política y los valores*. México, Costa Amic, 1974.
- DARNTON, ROBERT. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- DE CERTEAU, MICHEL. *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana y Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1996.
- DE LA GARZA, ENRIQUE; LEÓN TOMÁS EJEY Y LUIS FERNANDO MACÍAS. *El Otro movimiento estudiantil*. México, Extemporáneos, 1986.
- DEL CASTILLO TRONCOSO, ALBERTO. “El 68 narrado en imágenes. La relación entre prensa y poder en México”. *La jornada*, 21 de julio y el 2 de octubre. México, 2008.
- _____. “La frontera imaginaria. Usos y manipulaciones de la fotografía en la investigación histórica en México”. *Revista Cuicuilco*, núm. 14, septiembre-diciembre. México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2007, pp. 193-215.
- DEL PALACIO DÍAZ, ALEJANDRO. *68, historia que no fue*. México, CEID, 2008.
- DERRIDA, JACQUES. *Mal de archivo: una impresión freudiana*. Madrid, Trotta, 1997.
- DOYLE, KATE. “Los muertos de Tlatelolco”, 1 de octubre 2006, The National Security Archives. <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB201/index2.htm> / [con acceso en 2013].
- DUBY, GEORGES. *L'histoire et ses methodes*. París, Encyclopedie e la Pléiade, 1967.
- DUHALDE, EDUARDO LUIS. *La masacre de Trelew*. Buenos Aires, Ediciones del Norte, 1984.
- DURANDIN, GUY. *La información, la desinformación y la realidad*. México, Paidós, 1990.
- FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, PAULINA. *El espartaquismo en México*, México, El Caballito, 1978.
- FERNÁNDEZ DE ZAMORA, ROSA MARÍA. *Las publicaciones oficiales de México: guía de publicaciones periódicas y seriadas, 1937-1970*. México, UNAM, 1977.
- FEBVRE, LUCIEN. *Combates por la historia*. Barcelona, Ariel, 1975.

- FERRER, EULALIO. *Enfoques sobre publicidad, un tema de nuestro tiempo*. México, Diana, 1964.
- _____. *De la guerra de clases a la guerra de frases, de la propaganda a la publicidad*. Madrid, Aguilar, 1992.
- FORMISANO, RONALD P. "The Concept of Political Culture", en *Journal of Interdisciplinary History*, xxxi: 3 (winter), pp. 393-426, 2001.
- FUENTES, CARLOS. París, la revolución de mayo, México, Era, 1968.
- _____. *Los 68. París, Praga, México*, Random House-Mondadori, México, 2005.
- _____. "La guerra de Galio", Nexos, 1 de octubre de 1991 [Web en línea]
<http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=268649> [con acceso en 2013].
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, ANTONIO (comp.). *Teorías de la Ficción Literaria*, Buenos Aires, Arco libros, 1984.
- GRAFTON. ANTHONY. *Los orígenes trágicos de la erudición*, México, FCE, 1998.
- GONZALEZ CASANOVA, PABLO. *La democracia en México*, México, Era, 1965.
- GUTIÉRREZ OROPEZA, LUIS. *La realidad de los acontecimientos de 1968*. Edición de autor, 1968.
- HALBWACHS, MAURICE. *On collective memory*, [1941] 1993, USA, The Heritage of Sociology, The University of Chicago Press.
- JARDÓN, RAÚL. *1968 el fuego de la esperanza*. México, Siglo XXI editores, 1998.
- _____. *El espionaje contra el movimiento estudiantil. Los documentos de la Dirección Federal de Seguridad y las agencias de inteligencia estadounidenses en 1968*. México, Itaca, 2003.
- JIMÉNEZ, HÉCTOR. *El 68 y sus rutas de interpretación: una crítica historiográfica*, México, UAM-A, Tesis de maestría en historiografía, 2011.
- KOSELLECK, REINHART. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- LE GOFF, JACQUES; PIERRE NORA. *Hacer la historia*. Barcelona, Laia, 1985.
- LOAEZA, SOLEDAD. "México 1968: los orígenes de la transición". *Foro Internacional*, XXX, núm. 1, julio-septiembre, 1989.
- LINDAU, JUAN D. *Los tecnócratas y la elite gobernante mexicana*. México, Joaquín Mortiz, 1993.
- LIPPMANN, WALTER. *The phantom public*. New York, The Macmillan Company, 1927.

- _____. *A cold war: A Study in US. Foreign policy*. New York, Harper and Brothers, 1947.
- MARIN, LOUIS. *Le portrait du roi*. París, Editions de Minuit, 1981.
- MARTÍNEZ DE LA ROCCA, SALVADOR. *Estado, educación y hegemonía en México 1920-1956*, México, Línea, Universidad Autónoma de Guerrero y Universidad Autónoma de Zacatecas, 1983.
- MARTRÉ, GONZALO. *Los símbolos transparentes*. México, Editorial V Siglos, 1978.
- _____. *El 68 en la novela mexicana*. Veracruz, Universidad veracruzana, 1985.
- MEAD, G. H. *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires, Paidós, 1968.
- MEJÍAS, JOSÉ LUIS. *Métodos de publicidad política*. México, edición de autor, 1963.
- _____. *El nuevo rostro de la revolución*. México, Trillas, 1969.
- _____. *¿A dónde vamos? Siete entrevistas reveladoras, (Jesús Reyes Heróles, Fidel Velázquez, Robert Kennedy, Heriberto Jara, Amado Sócrates Campus Lemus, Alfredo Navarrete, José Thiago)*. México, Cintra, 1972.
- _____. *Los EUA contra la política exterior de Luis Echeverría. Habla con rudeza el líder del senado yanqui Mike Mansfield*. México, Profesionales mexicanos unidos, 1975.
- MELOSSI, DARÍO. *El estado del control social*, México, Siglo XXI, 1992.
- MILLER, MARK CRISPIN. "Introduction". *Propaganda* de Edward Bernays. New York, Ig Publishing, 2004.
- MONTEMAYOR, CARLOS. *Rehacer la historia. Análisis de los nuevos documentos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*. México, Planeta, 2000.
- MORLEY, JEFFERSON. *Our Man in Mexico. Winston Scott and the hidden history of the CIA*. Laurence: Universidad de Kansas, 2008.
- MOYA PALENCIA, MARIO. *El México de Egerton: 1831-1842*, México, Porrúa, 1991.
- MURARO, HERIBERTO. *Invasión cultural, economía y comunicación*, Buenos Aires, Legasa, 1987.
- OLIVERA, LUIS. *Impresos sueltos del movimiento estudiantil mexicano, 1968*. México, UNAM, 1992.
- ORTEGA, GREGORIO. *Fernando Gutiérrez Barrios, Diálogos con el hombre, el poder y la política*. México, Planeta, 1995

- PAZ, OCTAVIO. *El laberinto de la Soledad / Postdata / Vuelta al laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- PEÑA M., LUIS JORGE. *Lecumberri-68. Huelga de hambre por la libertad*, México, Janis, 1988.
- PONIATOWSKA, ELENA. *La noche de Tlatelolco*. México, Era, 1969.
- POZAS HORCASITAS, RICARDO. “La democracia fallida: la batalla de Carlos A. Madrazo por cambiar al PRI” en *Revista Mexicana de Sociología*, 70. México: El Colegio de México, 2008.
- PROCURADURÍA GENERAL DE LA REPÚBLICA. *Informe Histórico a la Sociedad Mexicana, Qué no vuelva a suceder*, Informe de la Comisión de Esclarecimiento Histórico de la FEMOSPP. México, DF. 2006.
- RAMÍREZ, RAMÓN. *El movimiento estudiantil de México (julio/diciembre de 1968)*. 2 vols. México, Era, 1998.
- REYES TAYABAS, JORGE. “Estudio sobre los artículos 145 y 145 bis del Código Penal”, noviembre de 1968.
- RICOEUR, PAUL. *La memoria, la historia y el olvido*, Madrid, Trotta, 2003.
- RIZO, MARTA Y TANIUS KARAM. “Eulalio Ferrer y sus aportaciones a la comunicología mexicana”. *Texto Abierto*, núm. 4, Universidad Iberoamericana de León, 2005, pp. 153-173.
- RODRÍGUEZ KURI, ARIEL. “El lado oscuro de la luna. El momento conservador en 1968”. Erika Pani, *Conservadurismos y derechas en la historia de México*. México, Conaculta, 2007.
- RODRÍGUEZ MUNGUÍA, JACINTO. *La otra guerra secreta Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*. México, Grijalbo, 2007.
- ROMANO, VICENTE. *La intoxicación lingüística. El uso perverso de la lengua*. Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2007.
- ROSA, ALBERTO E IGNACIO BRESCÓ. “F. C. Bartlett, una antropología desde la psicología experimental”. *Revista de antropología Iberoamericana*, noviembre-diciembre. Madrid, Ed. Electrónica, 2005.
- SÁNCHEZ, CONSUELO. “México del 68. Cronología de la revuelta estudiantil”, Nodo 50, 2008.
[Web en línea] <http://www.nodo50.org/Mexico-del-68-Cronologia-de-la.html>.

- SCHERER GARCÍA, JULIO Y CARLOS MONSIVÁIS. *Parte de guerra: Tlatelolco 1968: documentos del general Marcelino García Barragán: los hechos y la historia*. México, Nuevo Siglo y Aguilar, 2002 [1999].
- SCHERER GARCÍA, JULIO. *Tiempo de saber. Prensa y poder en México*. México, Aguilar, 2003.
- _____. *Los patriotas. De Tlatelolco a la guerra sucia*. México, Nuevo Siglo y Aguilar, 2004.
- SEVILLA, RENATA. *Tlatelolco ocho años después, testimonios de José Revueltas, Heberto Castillo y otros*. México, Duda, 1976.
- SIERRA GUZMÁN, JOSÉ LUIS. *El enemigo interno: contrainsurgencia y fuerzas armadas en México*. México, Centro de Estudios Estratégicos de América del Norte, Universidad Iberoamericana, Plaza y Valdéz, 2003.
- SMITH, PETER. *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*. México, El colegio de México, 1981.
- SPENSER, DANIELA (comp.). *Espejos de la Guerra Fría: México, América central y el caribe*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores México y CIESAS, 2004.
- SPOTA, LUIS. *La plaza*, México, Joaquín Mortíz, 1972.
- STONOR SAUNDERS, FRANCES. *La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid, Debate, 2001.
- SOTELO MARBÁN, JOSÉ. *El ejército mexicano y la guerra sucia en Guerrero*, Informe a la oficina del fiscal, inédito. Anexo en AFFIDAVIT a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, caso Rosendo Radilla Pacheco, 2002.
- TASSO, PABLO. "El Mándrigo y la literatura del poder". En CARLOS HUAMÁN Y FRANCISCO XAVIER SOLÉ (coords). *Imaginaturas en el tiempo. Los héroes en la ficción de la historia*. México, CYALC, UNAM - UAEM, 2010, pp. 131-141.
- TODOROV, TZVETAN. *Frente al Límite*, México, Editorial Siglo 21, 2004.
- URRUTIA CASTRO, MANUEL. *Trampa en Tlatelolco. Síntesis de una felonía contra México*. México, DF, 1969.
- VALLE, EDUARDO. 1968 *El año de la rebelión por la democracia*. México, Océano, 2008.
- VARGAS VILA, JOSÉ MARÍA. *Alba Roja, París*. Provenza, Ramón Sopena, 1918.

- VICENTE OVALLE, CAMILO. *Una violencia que no quiere decir su nombre. La creación del enemigo político y la desaparición forzada en México, 1979-1980. Elementos para una historia*, Tesis de maestría en historia, UNAM, 2013.
- VOLPI, JORGE. *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México, Era, 1998.
- WRIGTH MILLS, CHARLES. *White Collar, the American middle class*. New York, Oxford University Press, 1951.
- _____. *Poder, política, pueblo*. México, FCE, 1964.
- ZEMELMAN, HUGO. *Horizontes de la razón*. Barcelona, Antrhopos Editorial. 3 vols. 1992-2011.
- ZERMEÑO GARCÍA GRANADOS, SERGIO. *México: una democracia utópica: el movimiento estudiantil del 68*. México, Siglo XXI, 1978.

Siglas

AGN	Archivo General de la Nación
ACNR	Asociación Cívica Nacional Revolucionaria
AGR	Alianza Revolucionaria Guerrerense Pro Gustavo Díaz Ordaz
ACNR	Asociación Cívica Nacional Revolucionaria
ACG	Asociación Cívica Guerrerense
CIDH	Corte Interamericana de Derechos Humanos
CNDH	Comisión Nacional de Derechos Humanos
LC23S	Liga Comunista 23 de Septiembre
PGR	Procuraduría General de la República
FEMOSPP	Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado
FPP	Federación de Partidos del Pueblo
DFS	Dirección Federal de Seguridad
DIPS	Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales
CNH	Consejo Nacional de Huelga
PCM	Partido Comunista Mexicano
PPS	Partido Popular Socialista
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PAN	Partido Acción Nacional
PAOM	Partido Agrario Obrero Morelense
SEGOB	Secretaría de Gobernación
TIAR	Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca
OEA	Organización de Estados Americanos
ORIT	Organización Regional Interamericana del Trabajo
SEDENA	Secretaría de Defensa Nacional
UAS	Universidad Autónoma de Sinaloa
UGOCM	Unión General de Obreros y Campesinos de México
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México